

PRESENTACION

Esta edición española de la vida del Padre Andrés Coindre quiere ser, ante todo, un homenaje filial al Fundador de nuestro Instituto en el segundo centenario de su nacimiento, efemérides que celebraremos a lo largo de todo el año.

Ofrecemos este trabajo con todo cariño a los hermanos que se expresan en la hermosa lengua de Cervantes. Volver a la gracia de la fundación es, sobre todo, entrar en comunión con el que fue elegido por el Espíritu para comunicarnos tal gracia.

Esta edición es fruto de la colaboración de varios hermanos de la provincia de España y de la secretaría de la Casa General. Para todos ellos, la expresión de la más sincera gratitud.

Que este volumen nos sirva para descubrir, amar e imitar la fe ardiente de nuestro Fundador, Padre Andrés Coindre.

*Hno. Jean-Charles Daigneault, s,c,
Superior General*

APROBACION

de Monseñor Fulbert Petit Obispo del Puy (Haute-Loire), Francia
El 15 de junio de 1888

*Al muy reverendo Hno, Norbert, Superior General de los Hermanos del Sagrado Corazón,
en Paradis*

Muy reverendo Hermano:

El manuscrito que usted me ha presentado para aprobar está destinado a intensificar en los miembros de su Instituto en la práctica de sus deberes de estado recordándoles las miras elevadas y las eminentes virtudes de vuestro Fundador.

Al escribir esta vida del P. Andrés Coindre ha obedecido usted a una imperiosa necesidad de su corazón al mismo tiempo que al deseo de rendir legítimo homenaje a un sacerdote de elevado valor intelectual, gran carácter y sólida virtud cuyo recuerdo no podía permanecer en el olvido. Aplaudo esta idea y apruebo la expresión de ese sentimiento filial.

La lectura de este volumen es, por su naturaleza, de gran estímulo para los Hermanos del Sagrado Corazón en el cumplimiento de una misión sublime, delicada y difícil. Su trabajo envuelve múltiples obligaciones e impone diario sacrificio. A los múltiples conocimientos que demanda la ciencia pedagógica, deben unir la más rendida abnegación. No deben estar por debajo de ningún otro educador laico en instrucción y deben esforzarse en ser superiores por la santidad de su vida. Nada les evocará mejor esas exigencias de su vocación que el recuerdo del hombre de Dios que presidió los inicios de vuestra gran obra.

Andrés Coindre forma parte del grupo de valientes y eminentes sacerdotes que fueron llamados a las más altas dignidades de la Iglesia y que ejercieron, mediante sus trabajos apostólicos a principio del siglo, grandísima influencia y cooperaron enormemente a despertar la fe en nuestra generosa Francia. Entre ellos, Andrés Coindre era uno de los más capacitados. Se distinguía, entre todos, por sus brillantes facultades, por su infatigable actividad, por el ardor de su celo, por la fuerza de su elocuencia.

Usted recuerda detalles interesantes de las misiones numerosas en que participó, especialmente en la diócesis de Lyon bajo la dirección del P. Mioland y en la diócesis del Puy, como superior de los Misioneros del Sagrado Corazón que él había organizado. Tanto las misiones como los retiros dados en el Velay por los Misioneros del Sagrado Corazón produjeron una profunda impresión que todavía perdura. Era el orador indiscutible, obligado, en las grandes circunstancias; su palabra entusiasmaba hasta el punto de dominar las masas, haciendo que sus contemporáneos le llamaran el "segundo Bridaine".

La obra de las misiones, ni absorbía toda su actividad ni cubría su celo. A la par que evangelizaba las muchedumbres fundaba "providencias", "refugios", con el fin de atender a la infancia abandonada; y para desterrar la ignorancia, origen de tantas desgracias, fundaba dos institutos dedicados a la enseñanza.

Cuando varios Misioneros del Sagrado Corazón fueron destinados al frente de parroquias importantes de la diócesis, donde han dejado vivos recuerdos, el P. Coindre tuvo que separarse de sus colaboradores y fijar su residencia en Blois donde fue nombrado superior del seminario mayor. Ahí vino a encontrarle la muerte, prematuramente, ya que tan sólo contaba 39 años, en un momento en que, gozando de la plenitud de sus facultades y madurez de su talento, se vislumbraba una carrera fecunda para prestar grandes servicios a la Iglesia.

Una vida tan corta, sin embargo, había sido vivida en plenitud. Por otra parte,

vive todavía en sus dos familias religiosas, cada día más florecientes, que lo veneran como a un padre y que, siempre fieles a su espíritu y carisma, se consagran, en Francia y fuera de ella, con tanto éxito como abnegación, a la educación de la juventud.

Recibid, mi muy reverendo Hermano, con mis votos para el creciente progreso de vuestro Instituto y la santificación de todos sus miembros, mi más paternal bendición.

✠ *FULBERT*
Obispo del Puy-en-Velay
A 15 de junio de 1888

**CARTA DEL ARZOBISPO DE BURDEOS,
CARDENAL FERNANDO DONNET
*El 3 de abril de 1880***

Mi querido Hermano:

Le agradezco haberme comunicado la próxima publicación de la vida del P. Andrés Coindre. Esta noticia me alegra más de lo que usted puede imaginarse pues desde hace mucho tiempo esperaba que un escritor de buena voluntad y talento se encargara de revivir la memoria de vuestro Fundador, uno de los hombres más idóneos para atraer las miradas de la posteridad.

De antemano, mi amado Hermano del Sagrado Corazón, bendigo al historiador y a su obra, convencido de que la figura que una mano filial habrá pintado con confianza y amor, será fiel reproducción de quien debe perpetuar la memoria.

Desde el punto de vista de sus fundaciones, nada tengo que decir del P. Andrés Coindre; el autor narrará el origen y rápido progreso de sus familias religiosas, consagradas a la enseñanza de la juventud de ambos sexos con obras en franca prosperidad; también dará a conocer su vida íntima y la acción poderosa que ejerció en las almas que le rodearon; al santo sacerdote que fue en las manos de Dios gran obrero apostólico. A mi, último superviviente de una falange que el P. Coindre entusiasmó con su palabra y edificó con sus ejemplos, me corresponde evocar el recuerdo inolvidable que conservo de su apostolado y del brillo de sus virtudes.

El P. Coindre, al terminar su etapa de seminario, fue nombrado coadjutor de Bourg y, tres años más tarde, los vicarios generales del Cardenal Fesch lo llamaron a Lyon. Viendo en él especial talento oratorio y una pronunciada atracción por las misiones, le insinuaron se asociara a los antiguos compañeros del P. Rauzan que habían quedado en los Cartujos de Lyon cuando ese célebre predicador se retiró a París donde, más tarde, fundara los Misioneros de Francia. En ese ambiente, el P. Andrés Coindre se reveló súbitamente como hombre adecuado para el puesto asignado que, por otra parte, respondía a sus gustos e inclinaciones. Después de Bridaine, jamás había resonado en los templos palabra más vibrante que la suya. Todo cuanto impacta y arrastra al auditorio se hallaba en sus discursos que podían parangonarse con los de los más célebres predicadores: solidez de pensamiento, brillantez en la forma, perfección oratoria, emoción comunicativa. Si alguien se hubiera preocupado por recopilarlos se admiraría de su contenido; pero, ¿quién podría imaginarse la sonoridad de su voz, la autoridad y distinción del gesto, la pasión oratoria y la vibración del alma que centuplicaban la fuerza del orador?

El P. Andrés Coindre, si bien escribió poco, había meditado mucho. Su celo y su piedad eran dos fuentes inagotables de donde manaba la elocuencia que brotaba a chorros para la conversión de las almas. A una distancia de sesenta años, todavía oigo su voz de trueno que derrumbaba al pecador y lo conducía al pie del tribunal de la Penitencia, como también contemplo al ardoroso misionero convertirse en manso cordero en medio de sus hermanos de misión, o de sus inferiores, dando a todos, ejemplo de humildad y de igualdad de carácter.

Jamás he olvidado al P. Coindre con quien compartí sus trabajos en la diócesis de Lyon, después del Concordato, que abarcaba tres departamentos. Teníamos por superiores, en la antigua casa de los Cartujos, al P. de La Croix d'Azolette y al P. Mioland, ya fallecidos, el primero como arzobispo de Auch y el segundo como arzobispo de Toulouse. Con vuestro Fundador nos hemos vuelto a encontrar algo más tarde en las diócesis de Tours, de Blois y de Orléans al fundar la sociedad de las Misioneros de San Martín y evangelizar el centro de Francia. Proclamo siempre y en todo lugar que el P. Coindre se nos mostró como sacerdote

de gran virtud y como uno de los misioneros más completos de su época.

Para terminar, os copio un extracto de la carta que Monseñor Villecour, antiguo sufragáneo mío en La Rochelle y fallecido en Roma, miembro del Sacro Colegio, dirigió al P. Coindre cuando había regresado a Fourvière para tomar un breve descanso. Así le decía:

"Has ganado los corazones de Cher y de la Loira como antaño los de Saint-Etienne, Tarare, Pont-de-Vaux, has hecho mucho bien en todas partes y has estado muy oportuno al tomar algún descanso en tu diócesis natal, gastado en el cuerpo, pero rico según el espíritu, de los despojos que has arrebatado al infierno. Termino, mi querido y muy amado-hermano, pidiéndote presentes al P. Donnet la expresión de mis mejores deseos ya que me han dicho que está en estos días a la cabecera del lecho de su madre en la parroquia de San Francisco de Lyon. Mañana, todos ofreceremos la Santa Misa a su intención".

Recibe, mi querido Hermano, la seguridad de mis más profundos y afectuosos sentimientos.

✠ *Fernando, Cardenal Donnet*
Arzobispo de Burdeos

CARTA
de Monseñor L. A. Nogret
Antiguo Obispo de Saint-Claude
El 11 de octubre de 1880

Poligny

Muy querido Hermano:

Seria feliz de poderle enviar algunos datos sobre vuestro venerado Fundador, el P. Andrés Coindre, pero no conozco ninguno que le permita completar su biografía.

Me recuerdo muy bien que, en 1824, yo era joven y sacerdote desde el año 1822. Cumplía la misión de coadjutor de Saint-Martin, en la iglesia metropolitana de Tours, en la cual el P. Donnet, superior de las misiones diocesanas, me ocupaba de tiempo en tiempo, sin que formase parte de su congregación, únicamente como auxiliar para incrementar el número de misioneros necesarios para el cumplimiento de su apostólica empresa.

Lo que jamás podré olvidar es que el P. Coindre ejercía su apostolado con real éxito, dotado como estaba de eminente piedad, notorio celo y de una rara facilidad oratoria. Tuvo la suerte de atraer al redil de la Iglesia innumerables almas que se habían alejado.

Si, como espero, edita su interesante biografía, le solicito un ejemplar para refrescar mi memoria con los hechos, relatos, edificantes que acompañan a su vida hermosa y santa.

Recibe, mi querido Hermano, la seguridad de mis sentimientos más afectuosos.

✠ L. A. Nogret
Antiguo Obispo de Saint-Claude

PREFACIO

En la época en que apareció el P. Andrés Coindre ejerciendo el ministerio sacerdotal, poco tiempo después de la Revolución, la Iglesia trataba de restaurar la vivencia de la fe casi extinguida en Francia. Debía roturar de nuevo un suelo donde tan sólo germinaban la indiferencia, el desprecio de las cosas santas y, con frecuencia, los vicios que son su secuela.

Entre los hombres suscitados por Dios para trabajar con ardor en la destrucción del imperio del mal y regenerar Francia, se hallaba el santo sacerdote a cuyo recuerdo dedicamos esta biografía.

Tiempo ha que debiera haberse escrito esta vida tan llena a los ojos de Dios y de los hombres. Bajo todo punto de vista, es una pena que haya permanecido en el olvido este celoso, elocuente e incansable evangelizador, sin pagar a su memoria el justo tributo de gratitud, de admiración y de elogios a tantos títulos merecidos.

Sin duda alguna, en los años que siguieron a su muerte, hubiera sido fácil encontrar muchos e interesantes detalles acerca de la vida de este infatigable misionero de pueblos y ciudades. Aquellos que mantuvieron trato íntimo y frecuente con él en las épocas en que fue alumno, seminarista y misionero, ¡qué interesantes informes nos hubieran suministrado! ¿Por qué uno de sus coetáneos, compañero de fatigas, no asumió la dulce obligación de narrar sus virtudes y enumerar sus múltiples actividades apostólicas? ¡Cuántos rasgos edificantes, y hasta heroicos, hubiera evocado!

Los años han pasado, los testigos han desaparecido y con ellos bajaron a la tumba muchos hechos que hubieran podido transmitirnos. Es verdad que, dentro y fuera de las congregaciones por él fundadas, se había expresado el deseo de ver escrita la vida de este hombre que hizo tanto bien, sobre todo en las diócesis de Lyon y del Puy. Pero, ese deseo, por legítimo que fuera, no se convirtió en realidad y, "como nunca es tarde cuando la dicha es buena", nos ha parecido oportuno iniciar un trabajo que ofrecerá, todavía, mucho interés a laicos, religiosos y sacerdotes y sacará a la luz pública una existencia totalmente consagrada al anuncio de la Palabra Divina.

Cumpliendo con un deber de piedad filial, ojalá podamos contemplar hechas realidad para nuestro venerado Fundador estas palabras de los Libros Sagrados: "La memoria del justo se verá acompañada de alabanzas. Su recuerdo no se borrará entre los hombres y su nombre será exaltado de generación en generación" (Pr 10, 7; Si 39, 13).

En la esperanza de que el Señor bendiga nuestros pobres esfuerzos, hemos puesto manos a la obra. ¿Con qué material contamos para realizar la empresa? Con material de primera calidad: búsquedas concienzudas casi siempre coronadas de éxito, entre archivos parroquiales, diocesanos, de las congregaciones por él fundadas y apuntes varios, dejados por algunos de sus hijos espirituales. Además, prelados, eclesiásticos distinguidos y antiguos compañeros y auxiliares del P. Coindre, etc., nos han suministrado un estupendo material informativo y documental.

Que estas páginas, escritas con el sincero deseo de glorificar a Dios en sus santos amigos, tengan la virtud de extender el conocimiento de un benemérito sacerdote cuya vida fue copiosa en abnegación y en méritos y de acrecentar en los corazones de cuantos las leyeren el amor a Jesucristo y a las almas. Inspiren, también, por igual, a sus familias religiosas estima de su santa vocación y perpetúen, entre ellas, el espíritu de fe, de celo y de abnegación que, con el ejemplo de sus virtudes, se esforzó en legarnos como preciosa herencia.

1 NACIMIENTO INFANCIA PRIMEROS ESTUDIOS

Andrés Coindre nació en Lyon, Francia, el 26 de febrero de 1787. Su padre, Vicente, radicado en esa ciudad pertenecía a una familia oriunda del Delfinado. Su madre se llamaba María Mifflet. Pertenecían a la parroquia de Saint-Nizier.

Dos días después de su nacimiento, el 28 de febrero, Andrés Coindre fue bautizado en su parroquia por el P. Lernoix, benemérito sacerdote que cayera víctima de la Revolución bajo el puñal de los asesinos en 1792. Tuvo por padrino al Sr. Andrés Moine, pariente de la familia y natural de La Guillotiére y por madrina a su tía materna, la Sra. Francisca Mifflet casada con el Sr. Déduit.

Tras el nacimiento de Andrés, los esposos Coindre-Mifflet tuvieron tres vástagos más: dos hijas llamadas Marta María y Juana María y otro hijo, Francisco Vicente, de quien hablaremos en alguna oportunidad a lo largo de esta biografía. La hermana Juana María murió siendo de corta edad.

Don Vicente Coindre era sastre de profesión según consta en el acta de bautismo de Andrés; más tarde, negociante de sal al por mayor. Este comercio le permitió hacer algunos ahorros como comprobaremos más adelante. Excelente cristiano, supo con su ejemplo y sus consejos, inculcar en el corazón de su prole las vivencias cristianas que hicieron de sus dos varones, abnegados sacerdotes.

Por su parte, la Sra. Coindre se ocupaba de los quehaceres domésticos y del cuidado de la familia. En todo momento, extendió su maternal solicitud a sus hijos, concedora del consejo del libro de los Proverbios: "Instruye bien a tu hijo y será tu descanso y las delicias de tu alma" (29, 17).

Alentada por estas palabras de la sabiduría, jamás perdió de vista a Andrés. Temía hicieran mella en él, dado su carácter vehemente, los estragos y peligros que conlleva el trato con algunos compañeros de su edad abandonados en medio de los desórdenes revolucionarios o pertenecientes a familias que se habían adherido al cisma. A pesar de las dificultades inherentes a toda época de agitación y de caos, esta madre valerosa, profundamente cristiana, supo preservarse y preservar a los suyos del contagio del cisma ocasionado por la Constitución civil del clero. Muchas familias, incluso respetables, estaban comprometidas en lo que entonces se llamaba pomposamente la religión nacional. La Sra. Coindre, merced a su gran sentido común y vivencia de sus creencias, intuyó el peligro y mantuvo a su hijo Andrés alejado de cuanto resultara nocivo a su fe o a su inocencia.

Le enseñó personalmente el catecismo y las oraciones cuando nadie osaba hablar de Dios ni de religión, por el temor a ser delatado. Era obligado hacerlo en secreto; la más mínima sospecha, una indiscreción por parte del niño, hubieran bastado para proporcionarle toda clase de fastidios e incluso la cárcel. Tales casos, en Lyon, en esa época, no eran raros y hasta se quemaban los libros que contuvieran la palabra Dios o trataran de otra religión que no fuera la del Ser supremo. ¡Pobre de aquél a quien se le hubiera encontrado en casa un crucifijo o cualquier otro objeto piadoso!

Sin embargo, los católicos de verdad seguían reuniéndose con frecuencia en lugares clandestinos. Imitando a los primitivos tiempos de la Iglesia, los fieles se agrupaban en esos lugares o en casas particulares. En esas reuniones, "uno de los presentes, notorio por su piedad y talento, reemplazaba al sacerdote en la oración, en el anuncio de la Palabra o para aconsejar prudencia, tan necesaria en aquellos años. Allí, todos reavivaban su fe; sus corazones se envalentonaban con la oración comunitaria y la Palabra oída, Cuando ya habían elevado al cielo sus súplicas: ¡Perseverancia para los confesores de la fe! ¡Valentía para los mártires! ¡Paz y salvación para la Iglesia! "cada cual se retiraba armado con la fuerza y la esperanza de Aquel que calma las tempestades y que pudo, con su voluntad,

paralizar maquinaciones persecutorias" (P. Durieux).

El joven Coindre poseía un natural vivo, fogoso, pero conservaba el corazón recto, bueno e inclinado al bien. Con sus padres, se mostró siempre deferente. Dios permitió que atravesara sano y salvo los peligros en que su virtud hubiera podido naufragar en aquellos sus primeros años. La Divina Providencia, que lo tenía destinado para el servicio de la Iglesia y el bien de las almas, veló constantemente sobre él desde lo alto del cielo.

Al cumplir los ocho años, sus padres lo inscribieron en las clases que impartía, no lejos de la casa paterna, un maestro de quien no conservamos el nombre. Las escuelas no abundaban. Quienes afirman hoy que la Revolución había creado entonces la verdadera instrucción popular, les es forzoso admitir que tan sólo había amontonado ruinas. Más tarde, al hacerse Bonaparte cargo del poder se constata que la generación que crecía tenía "costumbres salvajes y bárbaras que presagiaban un pueblo feroz" (Discurso de Portalis al Cuerpo Legislativo, 15 germinal, año X). Creemos que el joven Andrés Coindre cursó sus estudios primarios con alguno de los muchos sacerdotes clandestinos que, al negarse a prestar juramento constitucional, habían abandonado sus parroquias evitando la persecución y la muerte. Ganaban el sustento diario educando a la juventud, camuflados en el seno de las grandes ciudades.

Carecemos de detalles acerca de su primera comunión. A pesar de que cuando llegó a esa edad ya se había calmado la violencia de la Revolución, todavía los sacerdotes ejercían su ministerio en secreto bajo pena de arresto. Se presume que Andrés Coindre, al igual que otros compañeros de su edad, recibió por vez primera a su Dios en lugar oculto y de manos de alguno de esos sacerdotes que exponían su vida por el bien espiritual de las almas.

Una circunstancia que para otro hubiera podido ser nefasta, sirvió para darle a conocer la vocación sacerdotal. La casa paterna se hallaba en las proximidades de un pequeño hotel. Para llegar a cualquiera de los dos lugares, era forzoso franquear una misma puerta y atravesar un patio común. Es notorio que la vecindad de tales centros no ofrece, por lo general, motivos de edificación para nadie y menos para los niños. Sin embargo, al hotel mencionado concurrían gentes honradas y honestas, principalmente eclesiásticos y llevaba por nombre "Hotel San Carlos".

Por su ser vivo e inteligente y su carácter despierto y sincero, llamó la atención de algunos de esos apóstoles evadidos de la masacre revolucionaria. Gozaban conversando con él siempre que lo encontraban. Y respondía a sus preguntas con tal aplomo que sus interlocutores quedaban admirados; vistas tan hermosas disposiciones en un muchacho de su condición, de conducta intachable, decidieron sugerirle la idea del sacerdocio. Idea temeraria en momentos en que los sacerdotes permanecerán fuera de la ley; pero magnífica, ideal, para un carácter noble como el de Andrés. En muchas almas más germinó tan noble pensamiento y proporcionó a la Iglesia esa pléyade de intrépidos eclesiásticos que, a principios del siglo XIX, renovaron el culto y restauraron las ruinas acumuladas por el Terror, en todos los rincones de la geografía de Francia. Los revolucionarios creían que el catolicismo estaba sofocado y la fe arrancada del corazón del país; pero Dios se preparaba, en silencio, en medio de la tempestad, servidores que, de ahí a poco, restablecieron las viejas creencias religiosas. Una vez más, los tormentos y la sangre de los mártires era semilla de nuevos apóstoles.

Andrés había llegado ya a sus catorce años y medio. La amistad que había trabado con los inquilinos del pequeño Hotel San Carlos se incrementaba de día en día y aquellas ideas le hicieron reflexionar y le inspiraron especial atractivo

hacia el sacerdocio,

Se vivían los primeros meses del año 1802, época en que, según el Concordato, el culto quedaba restablecido en Francia. El señor cura párroco de Saint-Nizier había constatado, también, las excelentes disposiciones de su joven parroquiano y obtuvo de sus padres que formara parte del número de sus acólitos. Uno de los coadjutores de la parroquia recibió el encargo de dar clases a los monaguillos. La Divina Providencia brindaba a Andrés la ocasión propicia para que su voluntad se decidiera hacia el estado eclesiástico. Desde el primer día se distinguió por su aplicación y dedicación al estudio.

Sus progresos fueron rápidos y como sus compañeros estaban muy lejos de igualarle, le tuvieron envidia hasta el punto que se vengaban de él en la calle maltratándolo y motivando peleas. Esas escenas de pugilato que se repetían casi a diario hicieron que su madre, debidamente informada, tomara cartas en el asunto, avisara a quien correspondía y se pusiera fin a la situación.

El atractivo de Andrés hacia el sacerdocio crecía de día en día, Se mostraba juicioso, piadoso, ejemplar, sumiso y respetuoso con sus padres y con el clero de la parroquia. Edificaba a todos con su compostura, especialmente durante los actos religiosos. Su permanencia en la familia no podía prolongarse más ya que, decidido a abrazar el estado clerical, debía seguir con seriedad los estudios conducentes a tan ansiada meta.

Corría el año 1804. Andrés, con sus diecisiete años cumplidos, ingresaba en el seminario menor de L' Argentière, cerca de Lyon. Era dirigido en aquel entonces por los Padres de la Fe; el P. de Brosses era el superior y entre los directores estaban los PP. Ladavière, Caillat y Barat.

Desde su ingreso, Andrés Coindre, descolló por su piedad, entusiasmo al trabajo y las excelentes cualidades que lo caracterizaban. Pronto se colocó entre los alumnos sobresalientes de ese seminario menor por el que, más tarde, pasarían hombres célebres. Al lado de su nombre, hallamos esta mención: "Alumno piadoso, aplicado, sincero; buena conducta, progresos muy satisfactorios".

En el curso 1805-1806 es alumno de Humanidades y ocupa el 6º lugar entre 27 compañeros. Se dice de él: "Un poco charlatán y ligero, pero de buen corazón y exacto cumplidor del deber".

Al tercer año, su nombre es apostillado con esta mención: "Un tanto susceptible, pero muy sincero"; y la última mención que de él se hace dice: "Es piadoso, ejemplar". Esta postrera apreciación, unida a las pruebas de inteligencia y de trabajo que el joven alumno había manifestado, dejaban vislumbrar una vocación madura y segura, reflexiva y prometedora de fecunda actividad apostólica a lo largo de toda su vida.

2 SEMINARIO MAYOR. SACERDOCIO.

Andrés Coindre pasó al Seminario Mayor de San Ireneo, sito en Lyon, al finalizar los estudios en L'Argentière, El curso lo inició el día 1 de noviembre de 1809. Si bien conservaba su temperamento vivo y fogoso, habíase mitigado mucho dominado por la razón y la virtud. No cabe la menor duda que este trabajo supuso en él un cúmulo de sacrificios y de luchas interiores. ¡Durante toda la vida saboreará los frutos de tan ardua labor! ¡La virtud goza de sus triunfos y engendran clima de paz! ¡Y deja, para quienes saben apreciarla, impresiones y consuelos inexplicables!

Todos los eclesiásticos que han hablado de Andrés han ponderado su vida; fue modelo para todos, terminan diciendo. Así lo confirma el Cardenal Donnet en estas palabras: "Sus estudios fueron brillantes. Más todavía; después de salir del seminario, los profesores lo ponían de modelo a los demás seminaristas. Exaltad sus virtudes; pero alabad, ante todo, su viva y profunda fe, su piedad comunicativa, su amor a Cristo y su profunda devoción a la Virgen María".

Un ministro del altar debe poseer variados y sólidos conocimientos amén de las virtudes sacerdotales; debe ser el prototipo de la inteligencia y un infatigable mensajero de la verdad. Llamado a estar un día al frente de sus hermanos, Andrés vivía la obligación de superarse en el saber, en la sabiduría y en las luces de lo alto; así se convertiría en guía seguro de sus feligreses en su ascensión a la perfección cristiana. De ahí su entusiasmo en el conocimiento de las ciencias sagradas, gozo y manantial copioso donde bebió las sublimes enseñanzas que, a manos llenas, esparció por pueblos, villas y ciudades.

Andrés Coindre se sentía feliz en el seminario mayor. Todo caminaba de común acuerdo con sus gustos e inclinaciones y favorecía los anhelos de su corazón al par que se movía en ambiente de plena libertad. Todo, todo era encantador para su alma: el silencio, las meditaciones personales, la paz en el estudio, la caridad fraterna con los demás, los ejercicios de piedad y las lecciones recibidas de personas competentes y abnegadas. Su alma se fortificaba, maduraba su espíritu y se templaba su personalidad con la acción de la gracia en tan fructífero ambiente.

El 20 de abril de 1806, frecuentando el seminario menor, Andrés había recibido la tonsura en Lyon de manos de Monseñor Juan Bautista Canoveri, obispo de Vercelli. El sábado, 21 de julio de 1810, recibía las cuatro órdenes menores de manos de Mons. Simón, obispo de Grenoble. No se ligaba definitivamente al estado clerical pero escalaba cuatro peldaños más en su ascensión al sacerdocio. El paso final lo dio el año siguiente.

En aquel entonces, la Iglesia se hallaba inmersa en grandes dificultades y, para colmo de desgracias, el Papa veía mermada su libertad de acción al hallarse prisionero en Savona. A nuestro seminarista, estos padecimientos de la Iglesia le llegaban a lo íntimo del corazón. Pero ni esa tristeza ni el recuerdo de la reciente persecución revolucionaria mermaban su firme propósito ni tenía aires de desaliento. Tanto su fe ardiente como su incansable celo por las almas se incrementaban a medida que pensaba en cuánto habían sufrido los católicos y cuánto les quedaba, todavía, por sufrir.

Andrés se preparó a su consagración definitiva al Señor con la oración y el silencio del retiro. El 28 de mayo de 1811 recibió el subdiaconado y el diaconado al día siguiente conferidos por Mons. Simón, obispo de Grenoble, de paso por Lyon, camino de París, para participar en el concilio nacional convocado el 9 de junio de 1811. Se inició el 17 de ese mismo mes en el arzobispado de París bajo la presidencia del Cardenal Fesch. Como la Asamblea no se mostrara lo suficiente

sumisa a los dictados del Emperador Napoleón la disolvió poco tiempo después de su apertura.

Frente a la Iglesia, el poder civil se mostraba, de día en día, más receloso y el seminario de Lyon no tardó en experimentar los tristes efectos. Al ingreso de Andrés en el seminario de Lyon, éste era gobernado por los Padres Sulpicianos y tenía por superior a uno de los más famosos teólogos de su tiempo, el P. Bouillaud, Los PP. Maréchal, más tarde arzobispo de Baltimore; Royer, superior del seminario de Clermont; y Cartal, antiguo vicario general de la diócesis de Vienne y más tarde superior del seminario de Burdeos se contaban entre los directores.

El saber, la piedad y el celo de los Sulpicianos habían hecho del seminario de Lyon un centro modelo. Al finalizar el año 1811, a causa de triquiñuelas del gobierno nacional, el Cardenal Fesch se vio obligado a reemplazar a los hijos del P. Olier por sacerdotes del clero secular archidiocesano. La Providencia permitió así que Andrés Coindre volviera a encontrarse con antiguos profesores, hombres de gran valía, Tales eran: PP. Cabuchet, Cattet, Cholleton y Gardette. Digamos que éste último era un antiguo confesor de la fe, prisionero durante dos largos años en los pontones de Rochefort; en su persona recayó el nombramiento de superior del seminario.

Con la dirección de estos nuevos guías, Andrés continuó con creciente entusiasmo su cotidiana labor en el estudio y en el trabajo interior de su perfección. Enamorado santamente de su futura misión sacerdotal, encontraba larga la espera; a medida que el tiempo pasaba, su alma, iluminada por las potentes luces de lo alto, senda con vehemencia las puras emociones que agitan el corazón del joven diácono, futuro sacerdote.

Al fin, tras larga preparación, Andrés Coindre vio brillar la aurora del día feliz, objeto de todos sus anhelos, meta de sus esperanzas y aspiraciones. Fue ordenado sacerdote el domingo 14 de junio de 1812, en su ciudad natal, por Su Eminencia el Cardenal Fesch, arzobispo de Lyon,

Celebró su primera misa en presencia de sus padres y rodeado de familiares y amigos. ¿Quién podrá referirnos los sentimientos que embargaron su apostólico corazón en tal ocasión? Brotaron de sus labios profundas acciones de gracias; el santo recuerdo de su primera misa le acompañó a lo largo de toda su vida. Ante todo, pidió al Señor llegar a ser instrumento fiel de sus designios implorando las bendiciones celestes sobre sus futuros trabajos en bien de la gloria de Dios, prosperidad de la Iglesia y santificación de las almas.

3 COADJUTOR EN BOURG-EN-BRESSE . PRIMEROS EXITOS EN LA PREDICACIÓN. PANEGÍRICO OFICIAL

Al ser ordenado sacerdote Andrés Coindre, todavía el Papa Pío VII permanecía encarcelado pero siempre firme en la defensa de los derechos de la Santa Sede. Bonaparte, cegado por la pasión, lejos de otorgarle la libertad ordenaba fuera trasladado a Francia y confinado en Fontainebleau, donde llegó el 20 de junio de 1812: fue un incalificable abuso de poder, un odioso atentado que jamás será lo debidamente censurado.

Sin embargo, a pesar de la persecución desencadenada contra el Papa, obispos y buen número de eclesiásticos fieles encarcelados, o desterrados, se podía proveer a las necesidades cristianas mínimas de los pueblos. Los sacerdotes, de regreso a sus antiguas parroquias, desarrollaban en paz las funciones de su sagrado ministerio al ser destinado el P. Coindre a una de las parroquias más importantes de la diócesis.

El P. Bochard, antiguo párroco de la ciudad de Bourg-en- Bresse y a la sazón vicario general del Cardenal Fesch, había desempeñado durante algunos meses las funciones de superior del seminario mayor. Allí había justipreciado al P. Coindre y notado en él virtudes características de un santo sacerdote y, además, reconocido los talentos oratorios que conllevan éxito en la predicación. En consecuencia, a los pocos días de su ordenación, lo envió a Bourg en calidad de primer coadjutor, funciones que cumplió hasta 1815.

La vida de trabajo, sacrificio y oración tan necesarios para fecundar el vasto campo del padre de familia, no sólo preocupaban a Andrés Coindre sino que le daba impulsos al inicio de su santo ministerio. Llegaba a una ciudad importante - contaba con una sola parroquia - donde la tormenta revolucionaria había acumulado abundantes ruinas. De anteriores obras católicas o asociaciones piadosas, nada de nada. Puso manos a la obra con especial dedicación. En poco tiempo, se ganó las simpatías de todos, aureolado con una autoridad que perdura a través de los tiempos. Su bondad con los desgraciados, su peculiar espíritu de servicio en la salvación de las almas, su inagotable caridad, sus ejemplos y sus prédicas vehementes en unción y doctrina, contribuyeron a cimentar y elevar su prestigio ante el pueblo de Dios.

El P. Chapuis era, a la sazón, cura párroco de Bourg. Pastor experimentado, sabio y piadoso, dotado de sentido innato en el conocimiento de los hombres, captó, en breve, el cúmulo de virtudes y de cualidades sacerdotales que adornaban la persona del P. Coindre. Gozó contando entre sus inmediatos colaboradores con un joven sacerdote que, amén de sus relevantes cualidades personales, secundaba sus esfuerzos con especial piedad, sabiduría y abnegación. Como segundo coadjutor, tenía al P. Rossat, hombre distinguido en todo, que con el tiempo llegó a ser arcipreste de la primacial de Lyon y posteriormente, obispo de Gap y de Verdun.

El porvenir de Andrés Coindre, mirado tejas abajo, sería menos brillante a juicio de los hombres; su vida no iba a ser larga y aún cuando actuó en un plano más cotidiano y menos brillante a los ojos del vulgo, sus cualidades, virtud y celo apostólico no tendrían nada que envidiar a pastores de la Iglesia; brilló con claridad única que la empleó hasta el límite humano en difundir la verdad, contribuir al triunfo de la fe y, con ayuda de sus congregaciones, en perpetuar su memoria a través de los siglos. Por ahora, nos baste recordar que en Bourg se pusieron de relieve sus talentos y su atractivo especial en lo relacionado con la cátedra sagrada. Varios sermones predicados en su parroquia y en las vecinas, bastaron para marcar su recia personalidad y para orientar su vocación a las misiones populares a las que consagraría su vida entera.

De acuerdo al decreto del 19 de febrero de 1806, el primer domingo del mes de

diciembre, se debía conmemorar con toda pompa el aniversario de la coronación del Emperador y el de la batalla de Austerlitz. Era de rigor, en tales circunstancias que, en las grandes ciudades, un predicador de renombre ocupara el púlpito y pronunciara el panegírico en honor de las fuerzas armadas francesas. Entraba dentro de las ordenanzas así como en las conveniencias sociales, no olvidar, a lo largo del discurso, al héroe que paseaba, de capital en capital, a la cabeza de sus triunfadoras legiones, sus águilas hasta entonces invencibles. En Lyon, esa alocución era presenciada y arropada por cuanto de más granado existía en la ciudad: autoridades, ejército, administración nacional, tribunales, cultura y comercio. El cardenal arzobispo, tío del Emperador, presidiría el acto junto con el cabildo metropolitano y destacados miembros de la clerecía lionesa,

El P. Andrés Coindre, sencillo coadjutor de Bourg, fue elegido, en 1813, para tan delicada y brillante misión. El joven orador tornó como exordio de su oración sagrada las palabras del Éxodo: "Habebitis hunc diem in monumentum y celebrabitis eum solemne in Domine in generationibus vestris cultu sempiterno" (12, 14). - "Guardaréis memoria de este día y lo solemnizaréis como una fiesta en honor del Señor. Por todas vuestras generaciones lo celebraréis como institución perpetua".

Desarrolló el tema y cumplió su cometido a entera satisfacción de todos, sin limitarse a agrandar y a halagar. Si el Emperador tenía motivos sobrados para el agradecimiento, no era menos cierto que la verdad histórica es obligación proclamarla. Con toda razón podía aplicarse a Bonaparte aquellos célebres versos:

*Ha hecho mucho bien para poder hablar mal, y ha hecho mucho mal
para poder hablar bien.*

El P. Coindre no escatimó los elogios pero tampoco olvidó lo reprehensible y con gran habilidad oratoria dio lecciones de alta sabiduría pintando con acertadas pinceladas cómo terminan las grandezas, fortunas y alegrías humanas que, al decir del real profeta, "caen envueltas en el polvo de la tumba".

Como contrapunto, presentó con maestría suma la acción bienhechora y eterna que la religión ejerce en el orden social, en la felicidad de los pueblos y en la prosperidad real de las naciones. Al oírle, los presentes se creían estar escuchando la palabra de los más grandes oradores cristianos. Inspirándose en Bossuet, Andrés Coindre recordó los choques formidables, las grandes catástrofes que cambian el curso de los imperios y de los pueblos. Como aquel insigne orador, exaltó el poder de "Aquél cuyos truenos sepultan reinos y los tronos caen, unos tras otros, con estrépito espantoso. Nada, sino Dios, hay de firme entre los hombres y la agitación y la inconstancia son el destino de las cosas humanas", terminó diciendo.

4 ADVIENTO DE 1815 "LES CHARTREUX" LOS MISIONEROS DE LYON

Hemos visto cómo el P. Andrés Coindre se dio a conocer como insigne orador sagrado. Desde entonces, fue requerido y sus sermones o discursos ejercían poderosa influencia en los corazones. Contactaba íntimamente con su auditorio para hacerle saborear las verdades y misterios de la religión con los que se sustentaba en profunda y habitual meditación. De esa manera, Dios se dignaba bendecir los primeros pasos de su ministerio. Por otro lado, joven todavía - contaba tan sólo 27-años - poseía exquisita sencillez y modestia en medio de sus éxitos y trabajaba con ahínco en su perfección espiritual. Su saber, talento y virtud iban en aumento cada día bajo la influencia de la gracia y el impulso de la dignidad que se había formado del sacerdocio y de sus obligaciones.

En 1815, el P. Bochart, que cada día admiraba más la potencia y el brillo de la palabra de su antiguo alumno, lo requirió para pronunciar los sermones del Adviento en la primacial de Lyon. Coindre respondió gozoso a esta nueva llamada, contento de dar libre impulso a su fe y a su fervor. ¿No era la aspiración de su noble corazón esparcir por doquier el sobrante que desbordaba de su corazón?

Esta estación del Adviento fue seguida por multitud de personas de todas las clases sociales y obtuvo felices resultados. Las eminentes virtudes del joven misionero, no menos que su palabra vehemente y luminosa, fecundaban su apostolado y le auguraban triunfos mayores en el futuro.

Al ver estos resultados, el venerable P. Courbon, primer vicario general de la diócesis, ante las grandes aptitudes para la cátedra sagrada y el atractivo especialísimo del P. Coindre para las misiones, le invitó a asociarse a los cooperadores del P. Rauzan, sitios in Lyon, casa de los Cartujos, al ser prohibidas las misiones populares en Francia. El P. Coindre acogió esta invitación con gran alegría convencido de que al contacto con sacerdotes sabios y piadosos, hermanados en idénticos afanes, se fortalecería en él, el espíritu de su vocación misionera e incrementaría su experiencia personal en los trabajos de su ministerio.

Ingresó, pues, en la Cartuja a fines de 1815. Allí residían, entre otros, los eminentes misioneros PP. Gagneur, cura párroco de San Bruno, Fauvette y Montanier, sus coadjutores parroquia- les; se dedicaban, a un mismo tiempo, a la predicación misionera y a obras de apostolado. Pero, antes de presentar al P. Coindre como misionero titular, veamos el origen de la sociedad de los Cartujos.

Tras fatigosas tentativas que jamás triunfaron, Su Eminencia el Cardenal Fesch, en 1806, pudo llevar a la práctica un proyecto acariciado: fundar una sociedad de sacerdotes dedicados a la enseñanza y a la predicación. Al P. Rauzan, sacerdote bordelés, cuya voz se había dejado oír con resonante éxito en importantes púlpitos, especialmente en Lyon donde había predicado la Cuaresma, le confió la dirección del grupo. Este eminente predicador y sus colaboradores se alojaron en la antigua casa de los Cartujos, lugar que todavía conserva su nombre.

En poco tiempo, floreció la sociedad como ninguna otra y desde hacía tres años realizaba su labor con verdadero fruto. En esas circunstancias llegó, el 26 de diciembre de 1809, el decreto imperial emanado del palacio de Schoenbrunn, Austria, y que lanzado como un rayo, rompió todas las esperanzas para la sociedad. Con ese decreto, el Emperador suprimía, de un plumazo, todas las casas de misiones fundadas recientemente o restablecidas en Francia; igual suerte corrían las congregaciones de varones: Sulpicianos, Lazaristas, Padres de la Fe, etc. Inútiles fueron las instancias del cardenal, ávido de preservar su naciente obra de los Cartujos; no pudo cambiar la voluntad de su sobrino. Sin embargo,

con la esperanza de relanzar su obra en el futuro, dejó algunos misioneros en los Cartujos para atender el servicio parroquial de San Bruno.

En cuanto al P. Rauzan, se trasladó a París y fijó su residencia en el hotel que, en la calle del Mont-Blanc, poseía el Cardenal Fesch. Su exilio fue seguido por varios miembros de la disuelta sociedad; de ese número fueron: el P. Guyon que volveremos a encontrar como Jesuita y misionero en el Puy; los PP. de Quélen, de Forbin-Janson, de Sambucy, Fraissinous, Feutrier y otros sacerdotes distinguidos que, en espera de días mejores, se preparaban para nuevos combates en la oración, el retiro y el estudio.

En 1816, otros compañeros del P. Rauzan, que habían quedado en Lyon con ocasión de la disolución de la sociedad, fueron a París a unirse a su antiguo superior y echaron las bases de la futura sociedad de los Misioneros de Francia. Andrés Coindre, que había actuado con varios de esos sacerdotes, fue requerido por ellos para acompañarles; él prefirió permanecer en los Cartujos, donde varios jóvenes sacerdotes, a las órdenes del Cardenal Fesch, fundaron una nueva sociedad.

Esta asociación fue puesta bajo la advocación de san Ireneo y tomaron por modelo a la de los Oblatos de San Carlos de Milán. Se inauguró el 4 de agosto, festividad de Santo Domingo, y fijó su sede en los Cartujos. La integraban los PP. de La Croix d'Azolette, director del seminario mayor; Mioland, director de ceremonias del mismo seminario; Coindre, que ya residía en los Cartujos; Barricand, superior del seminario menor de L' Argentière, Chevallon, prefecto de estudios de este seminario; Furnion, cura párroco de Cerdon; y Ballet, todavía diácono. Más tarde, se integraron al grupo los PP. Donnet, Dufétre, de Lupé y varios más.

En un principio, el P. de La Croix d'Azolette fue nombrado superior de la nueva sociedad; más tarde, fue reemplazado por el P. Mioland, que desempeñó el cargo hasta mayo de 1838. La sociedad tenía una triple finalidad: preparar misioneros hábiles y virtuosos, dirigir seminarios menores y fomentar las vocaciones eclesiásticas. Con el propósito de formar a jóvenes deseosos de integrarse dentro del elenco de los misioneros de la asociación, se abrió un noviciado en el año 1818. Los misioneros de Lyon, según sus Estatutos, se ligaban con un doble voto: obediencia al arzobispo y estabilidad perpetua en la sociedad. En el año 1820 se pronunciaron los primeros votos.

5 MISIONERO EN LA DIÓCESIS DE LVON MISIONES DE ANSE V DE SAINT-ETIENNE

La sociedad instalada en los Cartujos ofrecía magnífica floración. Nacía y crecía un plantel de apóstoles con espíritu evangélico y virtud llena de encanto. En tal ambiente, Andrés Coindre acabó su formación misionera en el ministerio de la predicación con ansias de ser, más que nunca, valiente defensor de la fe.

MISIONERO

Perteneció a esa congregación desde 1815 hasta junio de 1822, época en que se retiró a Fourvière, Mientras perteneció a la sociedad de los Cartujos, evangelizó, en la diócesis de Lyon, en las siguientes parroquias:

1816 Saint-Just-la-Pendue Saint -Just de Lyon

1817 Saint-Sauveur, Belleville

1818 Saint-Germain-Laval, La Guillotière, Tarare

1819 Chalamont, Saint-Chamond, Ambierle

1820 Millery, Bourg-en- Bresse, Saint Just-en-Chevalet, Chavanay

1821 Pont-de-Vaux, Saint-Etienne (Notre-Dame), Saint-Didier-sur-Rochefort

1822 Anse, Loire Montluel, Saint- Maurice-en-Gourgois

También dirigió varios retiros en cada uno de los cinco seminarios menores de la archidiócesis: Alix, L' Argentière, Meximieux, Saint-Jodard y Verrières, En todas las misiones, él era el director y tuvo por principales colaboradores a los PP. Donnet, Dufétre, Delphin, de Lupé y Ballet. Este último permaneció siempre a su lado.

El P. Andrés Coindre actuó, por primera vez, en la misión de Saint-Just-la-Pendue y la segunda, en Saint-Just de Lyon. El joven apóstol cosechó verdaderos triunfos y como su gran elocuencia daba para eso y mucho más, era el orador indicado en las grandes circunstancias. El día de la clausura debía predicar el sermón llamado de la "erección de la cruz" que perpetuaba el recuerdo de la misión, "Por la grandiosidad de su voz, dice el P. Ballet, y por la majestuosidad de su palabra, lo reconocían como nuevo Bridaine; desde la muerte de tan ilustre misionero (1767) ningún predicador de Francia lo encarnó como el P. Coindre". En todas las misiones obtenía resonantes triunfos; pero hay dos, la de Anse y la de Saint-Etienne que merecen nos detengamos en recordarlas.

En los primeros días, los habitantes de Anse se mostraron más bien fríos, casi indiferentes ante la Palabra de Dios. Tan pequeño fue el número de asistentes que hasta los mismos misioneros estuvieron a punto de desanimarse y seguir el consejo evangélico: "Si no os reciben en una ciudad o rehúsan escuchar vuestra palabra, sacudid el polvo de vuestras sandalias y marchad de la ciudad" (Mt 10, 14).

Lejos de desanimarse, determinaron continuar su trabajo misionero. Rogaron al Señor bendijera su labor y su buena voluntad y a Él le consagraron el éxito de la empresa, siguiendo el desarrollo de la misión sin preocupaciones ni inquietudes. La recompensa no se hizo esperar; la afluencia de fieles fue creciendo día tras día, y llegó a ser tan numerosa que la iglesia era pequeña para albergar los a todos. La acción de los oradores o, más bien, la gracia de Dios obtuvo resonante triunfo. El día de la clausura, en el colmo del entusiasmo, se procedió a la erección de la cruz. El sermón estuvo a cargo del P. Coindre; la potencia de su voz permitió lo pronunciara al aire libre y habló al inmenso gentío desde lo alto de una ventana.

Entre los convertidos en esta misión, hay uno que merece especial mención: era un hombre excesivamente preocupado por los bienes de este mundo y

totalmente indiferente a las cosas de la religión. Su total alejamiento de Dios era del dominio público. Uno de los misioneros estaba emparentado con él y a duras penas le convenció de que asistiera diciéndole que jamás tendría oportunidad de oír un orador tan elocuente como el que iba a predicar. Más por compromiso que por sentimiento prometió asistir pues se decía: "¿Un gran orador? Iré por curiosidad pero de ahí no pasaré; la religión era buena en otros tiempos; hoy, ya sabe uno a qué atenerse".

En la iglesia, nuestro curioso ocupó lugar junto a la puerta resuelto a no permanecer mucho tiempo. Ese día, el P. Coindre predicaba sobre la muerte, tema que siempre exponía con vehemencia, claridad y que tenía la virtud de mover los corazones.

El improvisado oyente no separó sus ojos del predicador durante todo el sermón; por los gestos, se notaba que la gracia de Dios actuaba en él. No sólo permaneció hasta el final, sino que asistió todos los demás días tomando lugar en el presbiterio. Su recogimiento y piedad manifestaban palpablemente la conversión de su corazón. Asistía rodeado de todos sus familiares, con el libro de cantos en sus manos, para mejor participar en las alabanzas al Señor.

La misión de Saint-Etienne tuvo lugar, como ya lo hemos dicho, en el año 1821. En esa ciudad, existían, tan sólo, tres parroquias: Saint-Etienne, Notre-Dame y Sainte-Marie.

Los predicadores se distribuyeron así: los PP. Mioland, Dufétre, Barricand y Chevallon en Saint-Etienne; los PP. Coindre, Donnet, Ballet y Delphin en Notre-Dame; los PP. Furnion, Carron y Cantal en Sainte-Marie. Durante dos largos meses, esos once predicadores evangélicos rivalizaron de entusiasmo y piedad. La pluma de un superior más reciente de los misioneros de Lyon, el P. Desgeorge, nos lo cuenta así:

La vasta ciudad de Saint-Etienne, que hoy cuenta más de cien mil habitantes, tenía en aquel tiempo, treinta mil almas. Ya era un importante polo industrial y seguían llegando a ella multitud de extranjeros que acabarían cambiando su espíritu patriarcal, impregnado de fe cristiana.

Sus habitantes se maravillaron con el sólo anuncio de la misión; un gentío inmenso se volcó en las iglesias y los misioneros intuyeron, de entrada, que la cosecha sería abundante. Pero en esas ciudades, llenas de fe, esos triunfos fáciles son tan sólo media victoria. Así se repartían los feligreses: unos animaban en sus corazones sentimientos y prácticas cristianas; otros, un tanto dominados por las pasiones humanas, esperaban ese momento para calmar sus remordimientos; y los demás, indiferentes pero con ciertos deseos de salir de su indiferencia. Este cuadro que presentaba la ciudad, explica la asistencia masiva a los actos programados y, en consecuencia, la abultada clientela de fieles alrededor de los confesonarios.

Pero nunca faltan los empedernidos, los rebeldes a la gracia, dominados por el paganismo, el vil metal, las seducciones del corazón, la fortuna mal adquirida o los instintos vengativos que temen ver rotas las cadenas que los esclavizan al mal. Estos misioneros de Saint-Etienne, en lugar de deslumbrarse por la gran afluencia de fieles a la misión, pensaron en aquellos que estaban alejados del Señor y decidieron dar el golpe de gracia.

Anunciaron que no bastaban los esfuerzos de todos para arrancar del infierno a esas pobres almas; que todos cuantos sintieran celo por la conversión de los pecadores impenitentes debían redoblar sus oraciones; que, desde ese momento, todos los días, a horas fijas, la campana anunciaría el momento de orar por esas almas y que cada cual, allí donde estuviera, cayera de rodillas, sin respeto humano, y orase por los pecadores.

Saint-Etienne presentaba un cuadro inenarrable, digno de los mejores tiempos del cristianismo. En calles, plazas, campos, se veía a hombres y mujeres, de cualquier edad y condición, caer de rodillas para elevar su oración al cielo por los pecadores. Desde ese día, la victoria estuvo segura. El cielo se plegó a tanta súplica y envió a la tierra inmenso perdón.

Los misioneros no daban más de sí a causa del cansancio y los más robustos se sentían abrumados por el trabajo. Uno de ellos, el P. Dufetre, decía de sí mismo que había tenido tanto trabajo que la noche anterior, en la confesión de los hombres, se había visto obligado a cambiar de asiento a cada confesión ya que el sueño lo vencía.

Uno de esos once misioneros, el P. Donnet, decía en una de sus cartas al General Chabord el 20 de junio de 1874, con motivo de la muerte de Jules Janin, miembro de la Academia francesa:

El joven Janin asistía a la misión de Saint-Etienne y yo era el único misionero que él conocía; fui el confidente de sus más íntimos pensamientos. Lo he visto extasiarse ante la elocuencia de los famosos predicadores de la misión. Comparaba a uno al P. Fraissinous, célebre conferenciante de San Sulpicio; y al segundo, Andrés Coindre, al P. Bridaine, famosísimo orador:

Una tarde, toda la iglesia parroquial estaba reservada únicamente a los hombres. El orador predicaba sobre el infierno y la naturaleza de sus penas: nadie perdía de vista al orador ni abandonaba su lugar oyendo al P. Coindre. Estaban como embobados oyéndole. Toda la noche la dedicó a oír confesiones. El Sr. Jules Janin me confesó no haber olvidado jamás ese día y que su recuerdo le había acompañado toda la vida.

Tampoco olvidó el espectáculo ofrecido por aquellos tres mil parroquianos colocados al frente de sus jinetes, que estaban ahí, delante de la diligencia el día de su salida de Saint-Etienne, escoltándolos, libro de cánticos en la mano, hasta Saint-Chamoncl. ("Obras del Cardenal Donnet", t. X, pág. 442).

Bueno es recordar, también, que de tal manera había ganado el corazón de todos que, el día de la erección de la cruz, quisieron llevarle en andas hasta el lugar donde debía predicar. La sencillez del misionero no lo permitió aunque pudo conseguirlo a duras penas.

Estas mismas muestras de cariño y de veneración le fueron tributadas en otros lugares, donde, como en Saint-Etienne, había llevado el peso de la misión y maravillado a todos.

Como el viento levanta al aire el polvo del camino, así la religión y la virtud elevan las almas sobre las cosas de este mundo.

6 PANEGÍRICO DE SAN BUENAVENTURA RASGOS FUNDAMENTALES DE SU PREDICACIÓN EFECTOS PRODUCIDOS ENTRE LOS FIELES

La fama del P. Coindre como misionero crecía con el tiempo. La santidad de su vida, su incansable caridad y sus discursos caracterizados por la lógica y la elocuencia, justificaban sus múltiples y resonantes éxitos. En Lyon actuó en las principales iglesias y los fieles acudían en masa para oírle.

En 1818 pronunció el panegírico de san Buenaventura en la iglesia que lleva su nombre. Fue calurosamente aplaudido por todos. A este propósito dijo el P. Ballet: "Yo estaba presente cuando lo pronunció y todavía hoy me parece oír el comentario que hizo de estas palabras del Concilio de Lyon (1274), aplicadas al santo: 'Cecidit columna christianis talis'. La columna de la cristiandad ha caído..." Reproducimos aquí un pasaje de tan hermosa alocución:

Entonces, todos los prelados, el propio rey, derramaron lágrimas. Entre los muros de Lyon, cubiertos de duelo, resonaron los gemidos a millares. En todo el mundo se escuchaban los lúgubres acentos de griegos y romanos expresando su dolor con esas palabras que la historia nos ha conservado: ¡Ha caído la columna de la cristiandad! ¡Acaba de apagarse la fulgurante luz de la Iglesia! ¡Buenaventura ya no vive! ¡Iglesia universal, Orden de San Francisco, llorad! Habéis perdido uno de vuestros más bellos ornatos, un oráculo, un doctor, un padre. El gran, el docto Buenaventura ha muerto. La columna de la cristiandad ha caído, ha desaparecido. Pero, ¿qué digo? ¿No permanece en pie esa columna inmortal? ¿No está entre aquéllas que sustentaban el edificio de la Jerusalén celeste? Han caído, tan sólo, los despojos mortales como mero vestido. Su alma subió a los cielos rodeada de gloria y de esplendor. Ha ascendido a la patria celestial; la inmensa multitud de pueblos y el Concilio en pleno asistieron a sus funerales; los favores obtenidos en su tumba atestiguan visiblemente que su alma no pertenece ya al reino de los muertos. Vive entre nosotros; tan sólo ha cambiado de morad y la gloria que lo circunda en lo alto de los cielos es para nosotros prenda de salvación; nos mira como porción de su inmortal corona. Así lo atestiguan: el cese de la peste que atemorizaba a toda la población de esta ciudad en el preciso momento que finalizaban los honores tributados a las reliquias del santo; la piedad de nuestros príncipes y de nuestros reyes hacia tan ilustre cardenal, la confianza de los hijos de Lyon al elegirlo por patrón y ángel tutelar.

En resumen, por donde el P. Coindre esparcía la simiente de su palabra brotaban el mismo entusiasmo, idénticas admiraciones; y, en todas partes, sus métodos de acción tenían la virtud de fecundar los trabajos de su apostolado. Una de las cosas de las que estuvo convencido el P. Coindre fue que la obra misionera es obra divina y de que quien la realiza debe esperar el éxito, de la protección y de la bendición que viene de lo alto. Pero a estos auxilios, que nunca le faltaron, unió maravillosamente los recursos nacidos de las brillantes cualidades con que el cielo le había dotado.

Como misionero nato, poseía una habilidad sorprendente. Antes de iniciar sus instrucciones estudiaba minuciosamente la naturaleza del terreno sobre el cual iba a derramar la si miente y cuáles eran los medios más adecuados para conseguir frutos en las almas. Su arte radicaba en la oportunidad del mensaje y en la manera atrayente de exponer la doctrina. ¿Cómo atraía a su auditorio? Lo ganaba con la autoridad del apóstol, con su rica imaginación poética, con ideas atrayentes sacadas con frecuencia de la Sagrada Escritura que desde su juventud fue su más rico alimento. Para recriminar el vicio, hallaba imágenes vivas y convincentes como

hombre cautivador de las inteligencias y maestro consumado en el arte de atraer los corazones; predicaba el Evangelio presentando la verdad con valentía, sencillez, sin prudencia humana.

En determinadas ocasiones, la elocuencia del P. Coindre asumía formas enérgicas que sacudían hasta lo más íntimo de las almas. Cuadros conmovedores, imágenes vivas, escenas tétricas capaces de helar de espanto y de horror: he ahí la tónica dominante en sus sermones sobre la muerte, el juicio, el infierno, el pecado, el vicio, el endurecimiento de corazón, la impenitencia final. Después de sus sermones, no era raro que los pecadores acudieran en masa a su confesionario abatidos y tocados por los acentos de su voz y la acción de la gracia. Declaraban humildemente sus faltas y, tras sincero arrepentimiento, recibían la absolución de manos del P. Coindre.

Nuevamente, en relación con nuestro Fundador, el P. Ballet se expresa así: "El P. Coindre, si era necesario para atraer a los corazones, pegaba fuertemente con la mano en la mesa de madera, sobre todo cuando le parecía dudoso el resultado de la misión. Varios días, y en horas de la tarde, hacía tocar las campanas de la iglesia con los lastimeros sonidos propios de los funerales; al oír esos tintineos lúgubres, cada cual, allí donde se encontraba (casa, calle o campo), debía suspender su trabajo, caer de rodillas y elevar su oración al cielo pidiendo por la conversión de los pecadores. Según decía él, era el momento de despertar a los pecadores y de romper el hielo de su impenitencia".

¿Tenía que glosar los misterios de nuestra religión?, ¿hablar de Jesucristo?, ¿de su infinito amor a las almas?, ¿de las alegrías y triunfos del cielo? En esas ocasiones, su lenguaje era un no sé qué de grande, de sublime, que impresionaba fuertemente al auditorio.

Pero el más hermoso y famoso de sus sermones tenía por tema: La gloria y la felicidad del cielo. El P. Mercier, compañero de misión en la diócesis del Puy, decía: "No he leído ni oído cosas tan hermosas como las que decía Andrés Coindre. Se saboreaba anticipadamente la felicidad eterna al oír a este santo misionero comentar esas palabras del Apóstol san Pablo: "Ni ojo del hombre vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó lo que Dios preparó para los que le aman". (1 Co 2, 9). Sí, era encantador, era sublime". y otro testigo dice: "Era divino".

7 PROVIDENCIA PARA MUCHACHOS PROVIDENCIA PARA NIÑAS LAS RELIGIOSAS DE JESÚS-MARÍA

El P. Coindre había aprendido del Corazón del divino Maestro su caridad para con el prójimo, su bondad compasiva y la entrega generosa que en la práctica se traduce en obras. Ayudar a los desafortunados y compadecerse a la vista de las miserias morales constituyó imperiosa necesidad para su alma de apóstol. Quiso ser el ángel consolador de la infancia pobre y desvalida. Por eso, su atención se dirigió a la obra de la educación cristiana de las escuelas con miras a formar y conquistar las almas para Dios; a decir del P. Ballet, su celo abarcaba a todos y en todo.

Herido su corazón ante el gran abandono en que crecían los niños y los jóvenes de Lyon; contemplando con profundo dolor que esos jóvenes, apenas llegados al umbral de la vida, se convertían en tristes víctimas de la corrupción, el P. Coindre como se le llamaba generalmente, decidió poner al abrigo del mal al mayor número posible de adolescentes. ¿Qué motivos le impulsaron a fundar una providencia donde recogía a los desheredados de la fortuna y abandonados por la sociedad? Fueron los que expuso a sus primeros colaboradores y que enunciamos aquí: sacarlos de la ignorancia, proporcionarles el conocimiento y el amor a la religión, inspirarles el gusto por el trabajo y enseñar les un oficio para que pudieran ganar decorosamente el sustento diario.

Hasta 1817 le fue imposible realizar su proyecto. Al principio fueron quince, los niños que albergó en las celdas de los Cartujos, a la entrada de la iglesia. Puso a su disposición aparatos para tejer y ovillar la seda y los encomendó a la dirección y control de encargados capaces de formarlos y mantenerlos en el cumplimiento del deber. ¡Oh, cómo gozaba el corazón del P. Coindre al hallarse en medio de esa juventud, su familia de adopción! Se sentía feliz contemplando a esos muchachos alejados de los peligros y lacras sociales y convertidos en jóvenes dóciles, laboriosos, amantes de las prácticas religiosas, labrando así su bienestar físico y moral, saboreando los goces de una vida pacífica, rehabilitados con el trabajo y la armonía y gustando la sana y acogedora influencia de la vida de familia.

Pronto el local de los Cartujos hízose insuficiente para acoger a los recién llegados. Para favorecer los progresos de la obra, el P. Coindre alquiló en 1818, en el patio de los Tapis, un local más amplio y más adaptado a las necesidades de la naciente providencia. Esta decisión le permitió incrementar el número de muchachos y ampliar el de oficios.

Poco tiempo después, un joven llamado Dufour se presentó al P. Coindre proponiéndole el establecimiento de una hilandería bajo su personal dirección. Según sus cálculos, ese nuevo oficio suministraría crecidas sumas de dinero y daría a la obra importantes recursos económicos. El proyecto fue aceptado y en él se invirtió la suma de cuatro mil francos. Por desgracia, las esperanzas anunciadas no vieron la luz del día. Se llegó a la conclusión de que esta nueva industria caminaba hacia el fracaso al superar los gastos a los ingresos; finalmente fue abandonada.

A pesar de todo, el P. Coindre gozaba con su incipiente obra, arropada con la prosperidad; los asilados, por su parte, incrementaban su piedad y el santo temor de Dios.

La obra iba progresando y los locales se hicieron pequeños; no caminaban al paso de la institución. Se imponía hallar una nueva residencia más confortable y espaciosa. La fe y la generosidad del corazón del P. Coindre harían el milagro y vencerían todas las dificultades. En 1818, a medias con su padre, compró una

casa y un amplio predio cercado que formaba parte de la antigua huerta de los Cartujos, encima del fuerte de San Juan. En ese emplazamiento, su obra revestirá especial floración. Terminados los trabajos de adaptación, trasladó allí, en 1820, su providencia. A partir de ese momento, la obra patrocinada y dirigida por el P. Coindre recibirá el nombre de "Pieux-Secours".

Al año siguiente, en esta misma casa, nacería el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón, cuna modesta pero amparada por la protección y bendición de Dios.

La obra del "Pieux-Secours" caminaba con pie firme; pero los recursos económicos se hallaban próximos a la extinción pues es justo reconocer que, al pertenecer gran número de los chicos a familias muy pobres, sin recursos, las entradas eran nulas. ¿Se desanimará el P. Coindre? ¿Qué opción tomará para hacer frente a esta nueva realidad? El intrépido Fundador se hizo mendigo por amor a sus muchachos y anduvo, de puerta en puerta, solicitando de las familias pudientes y cristianas, el óbolo de su generosa aportación. Se le abrieron los corazones de los feligreses lioneses ya que era grande el prestigio personal del P. Coindre y la hermosa obra social y cristiana que se llevaba a cabo en el "Pieux-Secours". Tan numerosas y crecidas fueron las donaciones, que le permitieron aumentar el número de muchachos, sostener todas las necesidades, establecer nuevos oficios con el fin de que todos estuvieran ocupados en el trabajo manual y, por ende, que pudieran seguir incrementando sus conocimientos y práctica de la religión varios años más; su formación ganaba en duración y solidez.

Esforzado evangelista del bien, el P. Coindre se hizo apóstol de la caridad, lo que era para él la mejor manera de realizar la sublime misión a que estaba destinado por el cielo.

Después de haber organizado debidamente su institución, quiso extender esa misma obra entre las muchachas. Por experiencia conocía los peligros a que estaban expuestas las jóvenes huérfanas, condenadas al dolor y al abandono. ¿Podía negarse a buscar, también para ellas, un refugio cristiano? Su caridad inagotable sabrá confiarlas a almas generosas, dispuestas a todos los sacrificios.

Fue en el año 1818 cuando realizó su proyecto. En ese año, de común acuerdo con la Srta. Claudina Thévenet, su hija espiritual, fundó en Pierres-Plantées, en las proximidades de la Croix-Rousse, la congregación de las Religiosas de Jesús-María. El las denominó Damas del Sagrado Corazón y la Santa Sede les cambió el nombre por el actual para no confundirlas con las religiosas de la congregación fundada por la madre Barat y que tenían ese mismo apelativo.

Claudina Thévenet (en religión, sor San Ignacio) fue la primera superiora de la naciente congregación. El P. Coindre la había dirigido por los caminos de la santidad y, llegada la hora propicia, le reveló su secreto y su proyecto y le dijo con aquella autoridad tan característica en el P. Coindre:

"Hija mía, el cielo te ha elegido para llevar adelante esta hermosa obra; responde generosamente a su llamada". Ella respondió plenamente a sus esperanzas. Reunió en su entorno varias señoritas animadas con su mismo espíritu y Dios las bendijo. Guiadas y apoyadas por el P. Coindre, pronto establecieron una providencia para niñas.

En julio de 1820, sor San Ignacio compró una propiedad en la colina de Fourvière, frente al santuario de la Virgen María.

8 LOS HERMANOS DEL SAGRADO CORAZÓN VALBENOÎTE ABANDONO DE LA SOCIEDAD DE LOS MISIONEROS DE LVON

El Pieux-Secours respondía satisfactoriamente a los deseos del P. Coindre pero los niños seguían dirigidos por maestros seculares quienes, además de percibir un sueldo, no siempre eran modelos de entrega. Es decir, no ofrecían verdaderas garantías para las necesidades religiosas y morales del grupo. Por ello, para realizar los anhelos de su corazón, mantenidos en secreto durante algunos años, el P. Coindre se decide a fundar una congregación religiosa de hombres, dispuestos a consagrar toda su vida a la educación cristiana de la juventud y a su propia perfección. De este modo, su obra se asentaba sobre bases sólidas y duraderas.

La Divina Providencia, que pone en los corazones de los santos deseos heroicos, les proporciona los medios para realizarlos. Llamados por el cielo a iluminar y fecundar las almas, jamás los abandona; a su alrededor se agrupan, en un momento dado, corazones que secundan sus propósitos. El P. Coindre comunicó su proyecto a sus más allegados colaboradores. Uno le confiesa sin rodeos que no siente atractivo por esa vida. El otro, llamado Guillermo Arnaud, se declara dispuesto a secundarlo: "Conozco el mundo, le dice; siento la necesidad de abandonarlo para siempre; lo que anhelo es consagrarme a Dios en la vida religiosa y entregarme por completo a la salvación de las almas". Ante palabras tan valientes y firmes, el P. Coindre le abraza y le dice, lleno de santo entusiasmo: "Serás el primer miembro de mi futura congregación".

A continuación le confía la dirección del Pieux-Secours y, después de darle órdenes y consejos, sale para participar en la misión de Saint-Etienne, una de sus más célebres, cumpliendo el compromiso contraído con anterioridad.

Meses antes, en el retiro de Belleville, un joven, Claudio Mélinond, le expresa sus deseos de mayor perfección cristiana e incluso el de abrazar la vida religiosa. Andrés Coindre que, tras varios sondeos había reconocido en su decisión buenas disposiciones para la virtud, le aconsejó y le exhortó a perseverar en su idea y le prometió recibirlo en el número de sus discípulos, Así lo hizo en esta ocasión y lo recibió en el Pieux-Secours poniéndolo como compañero de Guillermo Arnaud. Uno y otro fueron el basamento del edificio que el piadoso Fundador se proponía levantar. Digamos unas breves palabras sobre cada uno de ellos dos.

Guillermo Arnaud (Hno. Javier), nacido el 16 de abril de 1801, era oriundo de La Rochette, cerca de Gap (Hautes-Alpes). Dotado de juicio firme y práctico, de carácter bondadoso y decidido, fue a un mismo tiempo hombre de fe y de acción. Con su buen sentido financiero e incansable en el trabajo, prestó relevantes servicios a la naciente congregación, en especial cuando, viviendo circunstancias críticas, se daba por segura su desaparición. Como se verá más adelante, le fueron confiados cargos de responsabilidad que desempeñó con abnegación y entrega sobresalientes, dando a los hermanos ejemplo de todas las virtudes. Permaneció al frente del establecimiento de los Cartujos, como jefe de talleres o como director, hasta unos diez años antes de su muerte. Esta aconteció en Paradis, cerca del Puy (Haute-Loire), el 11 de mayo de 1861 a los 60 años de edad.

En cuanto a Claudio Mélinond (Hno. Francisco), había nacido en Vaurenard (Rhône] el 1 de marzo de 1799. Pacífico, acogedor, bueno, fue un religioso abnegado, humilde y con gran celo en la instrucción religiosa y salvación de las almas de los niños. Dirigió varios colegios del Instituto; entre otros, el de Saint-Chély-d'Apcher que él mismo fundó a fines de 1837. Murió en Paradis el 27 de diciembre de 1852 a los 53 años de edad.

En ese tiempo, en Valbenoîte, cerca de Saint-Etienne, en un local perteneciente al

cura de la parroquia, vivían de su trabajo siete jóvenes en perfecta armonía, Durante la misión que el P. Coindre predicó en Saint-Etienne se enteró de la existencia de ese pequeño grupo y fue a visitarlos. Después de conversar con ellos, y como no le desagradaran, los invitó a formar parte de su naciente congregación. Accedieron y se convino con el cura, el P. Rouchon, que se abriría una segunda escuela en Valbenoîte al fundarse el Instituto.

Todos se trasladaron a los Cartujos donde el P. Coindre los recibió con señalada cordialidad en la esperanza que llegarían a ser fervorosos religiosos y buenos educadores de la juventud.

Persuadido de que los principios de una obra marcan su futuro y le imprimen peculiar fisonomía, el santo Fundador reunió a todos sus hijos espirituales en los Cartujos para inculcarles alto concepto de la vida religiosa, de su vocación y de la excelsa misión que es la educación de la juventud. Eran diez y a todos les cambió sus nombres como era de rigor entonces. Helos aquí

Guillermo Arnaud	Hno. Javier
Claudio Mélinond	Hno. Francisco
Victor Guillet	Hno, Borgia
Francisco Porchet	Hno, Pablo
Antonio Dufour	Hno, Ignacio
Francisco Rimoux	Hno, Agustín

(Los cuatro restantes, como no perseveraron, no los han conservado los anales sus nombres.)

El retiro comenzó el 24 de setiembre de 1821 y el 30 de ese mismo mes, día de la clausura, el P. Coindre los condujo al santuario de la Virgen de Fourvière , patrona de Lyon, donde celebró la Santa Misa, los consagró a la Virgen María y puso su obra bajo su especial patrocinio. En esa fecha nace el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón, conocidos en España con el nombre de Corazonistas.

Puesto el Instituto bajo la advocación del Sagrado Corazón, les dio por guía la Regla de san Agustín y, por Constituciones, las de san Ignacio de Loyola. Más adelante las elaboraría más en consonancia con su condición ya que el tiempo es un gran factor. Les dijo: "Para una obra naciente, la experiencia es la gran consejera para dictar los reglamentos más oportunos; así se evitan dudas y titubeos inoportunos. El porvenir todo lo solucionará; pensad que el buen Dios empleó seis días en deshacer el caos; se necesita del factor tiempo para que una comunidad nueva pueda asentarse sobre las bases que le son más convenientes y se precisa mucha paciencia y valor para vencer las dificultades".

Al igual que los fundadores de órdenes y congregaciones, el P. Coindre dotó a la suya de un hábito que le recordara siempre la sublimidad de su vocación y la magnitud de los deberes que le imponía, El objetivo era que al cambiar de nombre y de vestimenta aprendiesen a despojarse de las vanidades humanas y que al recibir el crucifijo el día de la profesión contrajesen la obligación de considerarla como "el libro maravilloso donde se compendia el Evangelio viviente" (Monseñor Freppel).

El hábito religioso, dice un piadoso escritor, es para el religioso un símbolo, una valla al pecado y una defensa (Armand Ravelet),

En un principio, el hábito de los hermanos fue muy sencillo: traje negro y sombrero de copa alta. Tres años más tarde se adoptó, después del retiro de Monistrol, en octubre de 1824, cuando ya habían pronunciado públicamente sus votos de religión, el nuevo hábito que, más o menos, era parecido al actual.

Antes de salir para la misión de Saint-Didier-sur-Rochefort, el P. Coindre, un mes después de haberlos reunido, distribuyó los empleos de la siguiente manera: director de la casa del Pieux-Secours, el Hno. Borgia; los HH. Javier, Agustín,

Francisco y Pablo, encargados de los talleres, de la instrucción y de la disciplina del alumnado del Pieux-Secours; el Hno, Ignacio fue nombrado director de la casa de Valbenoîte.

Se refiere en la vida de san Juan Bautista de La Salle que, para mejor estar en contacto con sus hermanos, renunció a la canonjía de Reims y se fue a compartir su vida. El P. Champagnat hizo otro tanto con los Hermanos Maristas. Los discípulos del P. Coindre no tuvieron esa suerte. Su Fundador caminaba de misión en misión; tenía esporádicas estadías entre ellos y, para colmo, su permanencia no era muy prolongada. Buscaba remediar la situación con su acostumbrada actividad; desde las misiones, de tiempo en tiempo, les hacía llegar cartas con las que los animaba y aconsejaba. Pero esas misivas no podían reemplazar la convivencia, ni los coloquios comunitarios, ni la acción de sus ejemplos y virtudes. Ha sido necesaria una clara protección de la Divina Providencia para que esta naciente congregación haya sobrevivido en las condiciones en las que se encontró durante los veinte primeros años de su existencia.

También es verdad que el abandono, los contratiempos y la pobreza de Belén son prenda de prosperidad y de futura expansión para toda familia religiosa.

Un piadoso escritor se expresa así a este respecto: "Todo cuanto atañe a los orígenes de una familia religiosa y debe perpetuar su recuerdo, encierra grandes e instructivas lecciones. Es bueno palpar cómo bajo el soplo de Dios, germina un pensamiento, se desarrolla después, vence los obstáculos, florece y finalmente, fecunda. Fácilmente somos propensos a persuadirnos que esos hombres son quienes todo lo han hecho cuando en realidad no son más que meros instrumentos en las manos de quien los dirige; pero cuando la obra perdura a pesar de los contratiempos y adversidades y el árbol ha crecido y se ha hecho grande y vigoroso, pródigo en hojas, flores y frutos, se goza con el pensamiento vuelto a los días en que una mano bendita lo plantaba temblando y entonces se experimenta, instintivamente, la necesidad de remontar el vuelo del agradecimiento hacia Aquel que, desde lo alto del cielo, le ha prodigado generosamente su rocío, su sol y sus lluvias" (P.Desgeorge),

Por culpa del cura párroco habían surgido dificultades en Valbenoîte. Invadiendo las atribuciones del P. Coindre, pretendía gobernar a los hermanos que atendían la escuela como si él fuera su verdadero superior. Se intercambiaron cartas pero no solucionaron el asunto. Muy al contrario, en lugar de atenerse a los sabios y prudentes consejos del P. Coindre, el cura párroco aconsejaba a los hermanos formaran una nueva congregación bajo su dirección. Tres de ellos siguieron este consejo. En cuanto al director, Hno, Ignacio, regresó a Lyon y le fue asignado otro trabajo. La tentativa del cura de Valbenoîte no fue feliz pues, entregados a opciones opuestas, los jóvenes se enfrentaron mutuamente, hubo roces, enfriamientos y decepciones. Al año siguiente, ante su impotencia, el P. Rouchon quiso unirlos a los del P. Champagnat, establecidos en Lavalla. Tampoco tuvo éxito y esos jóvenes abandonaron la escuela y se dispersaron por otros caminos.

Estas decepciones apenaron al P. Coindre pero su alma permaneció en calma, serena y resignada. La profunda vivencia de la fe y su gran confianza en Dios le hicieron superar las dificultades; eso sí, le sirvió para redoblar esfuerzos. Interesado por la supervivencia de su congregación, echó mano de todos los resortes durante sus misiones con el fin de conseguirle nuevas vocaciones. Y su alegría fue inmensa cuando, en poco tiempo, seis aspirantes se presentaron como candidatos a la vida religiosa. Estos fueron:

Luis Casset, Hno. Antonio

Juan María Rey, Hno. Bartolomé

Claudio Putet, Hno. Benito
Bernardo Dupraz, Hno, Bernardo
Pedro Julien, Hno. Buenaventura
Luis Bressan, Hno, Luis

Animado con los primeros éxitos, y viendo prosperar su obra y con abundante fruto entre los niños admitidos, el P. Coindre llamó nuevamente a las puertas de la caridad pública. Anunció en todas las parroquias de la ciudad que pronunciaría un sermón especial, llamado de la "Caridad", en la iglesia de San Francisco. Las almas buenas que admiraban su ardor y sacrificios respondieron generosamente. El importe de la cuestación fue satisfactorio. Además, a propuesta del Sr. Casati, pocos días más tarde, se abrió una suscripción. Merced a la actividad de la comisión que se formó ad hoc, el P. Coindre contó con recursos suficientes para incrementar el alumnado y establecer nuevos oficios. Ese comité siguió funcionando durante varios años recolectando las aportaciones fijas que algunos se habían comprometido a entregar anualmente.

Llegamos ya al día en que el Padre Fundador, para mejor atender sus obras, se vio forzado a retirarse de la sociedad de los Cartujos. Era el mes de junio de 1822. Al igual que varios de sus compañeros, no se había comprometido con ningún voto pues siempre anheló conservar plena libertad de acción para mejor atender a sus familias religiosas; la organización y crecimiento de la obra le hicieron obrar así,

Por otra parte, su espíritu exaltaba de gozo recordando los días pasados en los Cartujos en compañía de excelentes compañeros que tanto habían contribuido a su perfeccionamiento sacerdotal. Algunos de sus colegas, por el brillo de sus talentos, fueron llamados al episcopado.

Parece que al mismo P. Coindre le ofrecieron un obispado, pero prefirió dedicarse a su trabajo de misionero y al cuidado de sus comunidades.

Como dato curioso, he aquí los nombres de algunos compañeros de misión del P. Coindre y el alto grado que alcanzaron dentro del episcopado francés:

El Cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos
Monseñor Mioland, arzobispo de Toulouse
Monseñor de La Croix d'Azolette, arzobispo de Auch
Monseñor Lyonnet, arzobispo de Albi
Monseñor Coeur, obispo de Troyes
Monseñor Dufétre, obispo de Nevers
Monseñor Rossat, obispo de Gap

En cuanto al P. Coindre, trabajar en el ministerio de la Palabra para santificar las almas y prestigiar la religión, formar juventudes para el estado sacerdotal y maestros religiosos para las escuelas fue su única ambición, la dominante de toda su vida sacerdotal así como, también, la mayor y más dulce satisfacción que su corazón apostólico anheló vivir y la única recompensa en este mundo como mérito a sus renovados esfuerzos y labores.

9 MISIONERO EN LA DIÓCESIS DEL PUY MANDATO DEL OBISPO DE SAINT-FOUR. SEMINARIO-COLEGIO

La fama y el eco de los éxitos obtenidos por el P. Coindre habían llegado muy lejos. Varios prelados se disputaban su cooperación, deseosos de contar entre el clero de su diócesis, con un sacerdote tan valedero en el anuncio de la Palabra de Dios y con el brillo y el fruto con que él lo hacía. Mons. de Salamon, obispo de Saint-Flour, que era a la sazón administrador apostólico de la diócesis del Puy, anhelaba fundar en esta última diócesis una sociedad misionera. Tan sólo le faltaba el hombre idóneo para iniciar la obra y llevarla a feliz término. Ante las eminentes cualidades de virtud y talento del P. Coindre, fijó su mirada en él. Le escribió para hacerle conocer su proyecto, suplicándole viniera a organizar él mismo la obra y asumir su dirección.

Nuestro celoso misionero, que tan sólo anhelaba el bien de la Iglesia, aceptó la propuesta con sumo gozo. El P. Coindre pensaba que la Divina Providencia multiplicaría abundantes vocaciones para su naciente Instituto en aquella diócesis.

Con el fin de conversar con Mons. de Salamon, salió para Saint-Flour en agosto de 1822.. Hablaron largamente y como eran idénticas sus miras acerca de la importancia y actualidad de la institución planeada, el P. Coindre puso al instante manos a la obra. En cuanto a los medios económicos para realizarla, obtuvo del señor obispo toda clase de facilidades ya que estaban persuadidos de que sería eficazmente secundado por el celo del clero y los desinteresados aportes de los feligreses de la región. Además, se determinó que sus colaboradores serian los hermanos Montagnac que trabajaban entonces en el seminario menor de la Cartuja. A su regreso de Saint-Flour y de común acuerdo con esos dos beneméritos sacerdotes y siguiendo los deseos de Mons. de Salamon, se convino que se elegiría como sede de la sociedad a Monistrol l'Evéque, hoy Monistrol-sur-Loire, donde ya existía un buen legado para obras misioneras.

Gozosos reproducimos aquí el mandato episcopal que recibían los diocesanos del Puy algunos días más tarde:

Mandato de Monseñor el Obispo de Saint-Flour, instituyendo una sociedad de misioneros en la ciudad de Monistrol-l'Evéque, cabecera del cantón de la Haute-Loire.

Luis Siffrein José de Salamon-Francose, por la gracia de Dios y la autoridad de la Sede Apostólica, obispo de Saint-Flour y administrador apostólico de la diócesis del Puy, al clero y fieles de esa última diócesis, salud y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.

Amadísimos hijos: Hace ya mucho tiempo que venimos escuchando los votos de vuestros corazones y, alentado por los nuestros, esperábamos el momento feliz en que nos sería posible realizarlos con éxito. En repetidas ocasiones nos habéis solicitado el beneficio de un establecimiento misionero en la diócesis del Puy Nos, nos hemos comprometido, hasta el presente, con varios misioneros de Salers que han ejercido ese ministerio evangélico, con las gracias a él anexas, en algunas parroquias de vuestra diócesis. Habéis cosechado los frutos con una edificación que ha hecho nuestra alegría y el consuelo de los hombres que nos os hemos enviado.

Para que cuantos fieles están bajo nuestra jurisdicción puedan gozar de ese inefable favor, además del establecimiento de Salers, especialmente destinado a misionar en la diócesis de Saint-Flour, nos hemos creído oportuno fundar otro, muy fructífero, en Monistrol-l'Evéque para la diócesis del Puy. Los eclesiásticos que van a iniciar esta obra son dignos de nuestra entera confianza. Varios han dado pruebas inequívocas de celo, caridad y abnegación en la salvación de las almas; todos ellos justificarán nuestra espera y se harán cada vez más dignos de su santo ministerio. Pregoneros del amor de Jesucristo a las almas, se ponen bajo la advocación del Sagrado Corazón de quien desean imitar la mansedumbre, la ternura y la inagotable caridad a los hombres. La mies es abundante; dígnese el Señor enviar un buen número de operarios para recogerla. Cuantos sacerdotes tienen cura de

almas y deseen cooperar en esta santa obra, nos encontrarán dispuesto a favorecer su generosidad y abnegación por la causa de Dios.

Siendo este centro de utilidad general para toda la diócesis, no dudamos de que clero y fieles tendrán idénticos sentimientos y entusiasmo en mantener este centro. Todos lo favorecerán con sus palabras y sus limosnas sobre todo en su inicio; carente de todo, pone sus esperanzas en la protección divina y en los recursos de la caridad cristiana. ¡Oh, grandes son nuestras esperanzas al edificar sobre piedra tan firme y sólida a quien ni vientos ni tempestades ni oleajes podrán derribar! Por todo esto, nos ordenamos:

1 ° Los señores curas párrocos y clero que trabajan en la diócesis de l Puy leerán e l presente mandato en la misa del primer domingo al día de su recepción y darán a conocer con gran celo apostólico lo bien fundado de este establecimiento misionero.

2° Estimularán la generosidad de las almas caritativas y recogerán sus aportaciones ya sea por cuestaciones hechas en las iglesias o por suscripciones anuales, voluntarias, dándoles a conocer las cantidades y manera de recibirlas.

3° Los señores curas y capellanes recogerán las ofrendas de los fieles de sus parroquias y el párroco del cantón departamental recibirá el importe proveniente de cada sucursal y lo depositará en las manos del P. Andrés Coindre, nombrado superior de la misión de Monistrol-l'Evéque.

Dado en Saint-Flour, en nuestro palacio episcopal, con nuestra firma, el sello de nuestras armas y refrendado con la firma de nuestro secretario archidiácono, coadjutor del Puy y canónigo honorario de Saint-Flour, el 20 de setiembre de 1822.

✠ LUIS SIFFREIN JOSE

Obispo de Saint-Flour y Administrador General

de la diócesis de l Puy

Por mandato de Monseñor, Issartel, secretario

Publicado este mandato, el P. Coindre fue a Monistrol para iniciar los trabajos necesarios a la instalación de los nuevos misioneros. No está fuera de lugar reseñar aquí algunos detalles sobre el origen de una obra establecida en esta parroquia hacia 260 años y que, destruida en época de siniestro recuerdo, iba a ser restablecida bajo otra forma en 1822. El Sr. Guillermo de Chabannes, natural de Monistrol, comisario de artillería de Francia, había fundado en esa ciudad en 1625 un convento de Padres Capuchinos en acción de gracias a Dios por los favores recibidos de su especial protección. Esos religiosos, siguiendo las Reglas de san Francisco, debían entregarse ahí a la predicación. Su vida austera y su fama de santidad daban fuerza a sus palabras y, durante largo tiempo, el cielo bendijo su ministerio con abundantes favores.

Esta hermosa institución sucumbió, como tantas otras, bajo la tormenta de la Revolución; pero treinta años más tarde sería restablecida y ejercería su acción bienhechora en un campo más extenso. Apreciando los inmensos beneficios que había producido mucho tiempo antes, el P. Paul de La Bruyère, vicario general y cura de Monistrol desde 1802 al 3 de diciembre de 1820, decidió restablecer la obra dándole sólidas garantías de estabilidad. A tal fin, compró una gran parte del convento así como el patio de los Capuchinos y, Seminario-colegio para asegurar el éxito de la nueva fundación, en testamento escrito de su propia mano, el 15 de enero de 1820, legaba todos esos inmuebles a título hereditario al P. Rauzan, superior de las Misiones de Francia, residente en Paris./

Los deseos de su testamentario se iban a cumplir, en breve, en todas sus partes. ~ efecto, el 22 de noviembre de 1822, el P. Rauzan, mediante su procurador el P. Román Montagnac, hizo donación a Andrés Coindre así como a su hermano Francisco Vicente y a sus sucesores, de su propiedad y del goce de los inmuebles situados en Monistrol-l'Evéque

El P. de La Bruyère había fundado en 1804 un pequeño colegio que siempre estuvo dirigido por sacerdotes, con el fin de formar jóvenes instruidos y virtuosos y, también, sin duda alguna, proporcionar a la Iglesia futuros ministros del Evangelio. En la época en que el P. Coindre se establecía en Monistrol, ese colegio ocupaba una parte del antiguo convento de los Capuchinos. Atendido por el P. Victor de La Bruyère, sobrino del antiguo cura de la ciudad, estaba en franca decadencia. Fue cedido al P. Coindre quien, en *poco* tiempo, consiguió gozara de total prosperidad.

Por efecto de donaciones o de sucesivas adquisiciones, el P. Coindre se convirtió en el único propietario del antiguo inmueble de los Capuchinos. El local, realizadas las más urgentes reparaciones en el mes de noviembre de 1822, alojaría a la sociedad de misioneros así como al cuerpo de profesores de quien era el superior general. Todo caminaba viento en popa y el cielo bendecía sus generosos esfuerzos y los de sus auxiliares confiados a su paternal solicitud.

El P. Coindre puso toda la institución bajo la protección del Sagrado Corazón y el P. Román Montagnac fue nombrado rector principal del colegio. La apertura de las clases tuvo lugar el día de Todos los Santos. La fama del superior y el notorio mérito de los profesores, PP. Pedro Montagnac, Souvignet, Bonneton, etc., inspiraron tal confianza al público que, en el primer año, se inscribieron 110 alumnos. Era jefe encargado de la disciplina el P. Léonard que, más tarde, ingresó en la Congregación de los Oblatos de María y murió misionero en el Canadá. Como veremos más adelante, ese colegio se convirtió en seminario menor.

Pronto el P. Coindre trajo sus hermanos a Monistrol como auxiliares catequistas en las misiones. Tampoco tardó mucho en establecer ahí el noviciado de los hermanos así como una escuela.

Como sus dos congregaciones las llevaba muy adentro de su corazón, pronto trajo a las Religiosas de Jesús-María, unas para el servicio del establecimiento y otras para la dirección del pensionado de muchachas. Estas no quedaron mucho tiempo en Monistrol ya que en 1825 fijaron su residencia en Le Puy en la casa que les sirvió de providencia, cerca de la iglesia de San Lorenzo. Algunos años más tarde adquirieron el local actual en el barrio de San Juan (1835) y abrieron un pensionado, uno de los mejores y más florecientes de la ciudad.

Mientras el P. Coindre realizaba sus trabajos de organización, siguiéndolos personalmente con especial atención, pensando, ante todo, en los intereses de sus hijos, una misión, de la que era jefe, se daba en Saint-Maurice-en-Gourgois (Loire), Cada sábado se trasladaba allí para unirse a sus colaboradores (PP. Ballet y Delphin) con el fin de reemplazarlos en el púlpito y pasar el domingo con ellos. Esta fue la última misión que dio en la diócesis de Lyon donde había ejercido su ministerio durante diez años y donde había dejado preciosos e imperecederos recuerdos.

Cuando ya creyó sólidamente asentada la casa de Monistrol, dotada de todos los elementos capaces de darle prosperidad, el P. Coindre confió la dirección de su querido colegio al P. Pedro Montagnac y, siempre dócil a la llamada del Espíritu, que lo reclamaba a la conquista de las almas, fue a dar un retiro en Vals, cerca del Puy Era el mes de enero de 1823.

10 SOCIEDAD DE LOS PADRES DEL SAGRADO CORAZÓN

MONSEÑOR DE BONALD~ OBISPO DEL PUY

MISIÓN DE MONISTROL

El P. Coindre redobló sus energías y puso en obra cuanto pudo en pro de la obra de los misioneros de la diócesis, puesta la mirada en perpetuar el fruto de sus trabajos y en ofrecer a las almas medios eficaces de salvación y a la Iglesia la alegría del triunfo sobre sus enemigos. Esos misioneros, hombres de especial sabiduría y reconocido talento en la predicación, formaban la Sociedad de los Padres del Sagrado Corazón, Citemos los nombres de los más cualificados: los PP. Román Montagnac, Mercier, Eynac, Fabre, Gatty, Freycenon, Mialon, Escoffier, Havon, Benoit, Louan, Este último falleció en olor de santidad mientras daba una misión, Aún hoy en día acuden los fieles a rezar a su tumba.

Conquistando, desde su inicio, autoridad y fama de renombre, se comprende que esta sociedad era de gran utilidad a toda la diócesis, Nunca ninguna otra podía ser más oportuna.

La Revolución había llenado de ruinas espirituales a todo el país, Las iglesias, devastadas, habían permanecido por largo tiempo sin pastores; otras habían sido confiadas a sacerdotes formados a toda prisa, ajenos a las banderías durante el Terror. La mayoría de las escuelas permanecían cerradas y en las que funcionaban, tan sólo se enseñaba ateísmo; por eso, las jóvenes generaciones se hallaban inmersas en profunda ignorancia y, en consecuencia, las convicciones cristianas eran raquíticas, El desprecio a la Iglesia y la indiferencia a sus divinas enseñanzas era moneda corriente. El más grosero materialismo estaba a la orden del día en las altas esferas oficiales y, por lo tanto, el ejemplo venía de arriba. La nobleza culpable de la expansión de doctrinas nefastas, había sido fuertemente castigada; pero apenas si alcanzaba a entender el sentido y el fin del castigo; y el contagio se propagaba en proporciones alarmantes llegando incluso a las poblaciones rurales. Era obligado imponer dique seguro a tan extendida maldad.

Por otra parte, ¡cuántos vados en la administración de los sacramentos tras diez años de culto prohibido! Ahora se imponía convalidar numerosos matrimonios, administrar bautismos, realizar multitud de primeras comuniones. En pocas palabras: Francia era, en algún modo, país bárbaro que había que misionar.

La rápida epopeya del Consulado y del Imperio había impulsado los trabajos del campo pero la nación no cono da otro culto que el de la fuerza; y si había legado a la patria glorias militares, prestigio y poderío, no había reparado los desórdenes morales. Muy al contrario, había extendido los principios del 89, debilitando la cohesión del poder eclesiástico que quería ver supeditado al poder civil, y el funesto trabajo de la descomposición religiosa continuaba en las masas.

¿Añadiremos que las costumbres habían declinado con la fe? Los últimos años de la República y los primeros del Imperio habían sido, en cuanto al libertinaje, los más vergonzosos de la historia francesa.

Por lo tanto, la creación de sociedades de misioneros estaba plenamente justificada. Esos sacerdotes de élite, dentro del territorio nacional, imbuidos de la importancia y de la magnitud del trabajo que se les confiaba, se pusieron a trabajar con abnegación, perseverancia y sacrificio, las miras puestas en el cielo. Desplegaron por doquier, noble e intenso ardor, trabajando sin tregua en reavivar el espíritu de fe y la santa doctrina que los pueblos parecían olvidar. Sus predicaciones se convirtieron en auténticas cruzadas de salvación. Es normal que

suscitaran el odio de las sociedades secretas ya que, con su acción, revivían cuanto ellas había jurado destruir: la fe en Dios, la sumisión a los poderes temporales, la paz y la concordia. La tribuna parlamentaria y los periódicos, de marcada tendencia liberal, prorrumpieron en violentas campañas y denuncias. Paul-Louis Courier, Béranger y muchos más, asaetearon con sus epigramas a tan intrépidos "apóstoles de la Inquisición y del oscurantismo que apagaban las luces del saber y atizaban el fuego". No por eso se detuvo la obra de las misiones. En doce años hizo prodigios; renovó la juventud de la Iglesia de Francia e infundió nueva savia al cristianismo francés. En aquel tiempo, todos hablaban con entusiasmo de las resonantes conversiones y los numerosos retornos a las prácticas cristianas así como del valor de los misioneros cuyas vidas reflejaban todas las virtudes sacerdotales.

Pero, aquí, debemos ceñirnos: a los Misioneros del Sagrado Corazón del Puy y del gran impulso que el P. Coindre imprimió a su obra después de su actuación ponderosa en la creación de los padres misioneros de Lyon.

Si nos limitamos al P. Coindre, notamos que el cielo bendecía su santo ministerio; que todo lo ponía en manos del Señor y todo lo tenía por gracia y acción del Señor. Mientras que de todas partes le llegaban elogios y felicitaciones, Monseñor de Salamon, que lo distinguía con su fiel amistad y confianza, elogiaba los éxitos y progresos de la sociedad y, desde Par-ís, le enviaba, con fecha 4 de febrero de 1823, una carta que decía:

He recibido, querido y respetado Misionero, su carta fechada en Vals 23 de enero. Me ha agradado mucho. Le agradezco sobremanera los sinceros votos que formula a mis intenciones. Por mi parte, pido por la prosperidad de sus trabajos. Aplaudo muchísimo su celo y le agradezco el retiro que da en Vals.

Ve con placer que su pequeño rebaño está integrado por buenos sacerdotes y jóvenes levitas, en buen número. El Señor le protege visiblemente ya que, en tan poco tiempo, ha conseguido reunir más de un centenar de alumnos.

Le felicito por la obra que acaba de realizar, le nombro superior y no dudo que bajo tal dirección seguirá progresando. Apruebo, tanto cuanto puedo, a sus Religiosas (las de Jesús-María) en congregación para la diócesis del Puy y reciba, en mi nombre, los votos simples que emitirán.

Querido Abate, desde ahora tan sólo me será dado seguir su obra de lejos ya que la sede del Puy acaba de ser provista; les han nombrado un obispo. Si por ventura se hallara usted molesto alguna vez en esa diócesis, puede usted venir a la de Saint-Flour; le recibiré con los brazos abiertos.

La sede del Puy, suprimida durante la Revolución, fue restablecida y Mons. de Bonald fue designado para ocuparla; tomó posesión de ella en abril de 1823. Diecisiete años más tarde, éste sería nombrado arzobispo de Lyon donde hizo su entrada solemne el 2 de julio de 1840. El 1º de marzo del año siguiente fue creado cardenal por el Papa Gregorio XVI.

Mons. de Bonald distinguió siempre a los Hermanos del Sagrado Corazón con especial solicitud y protección. Fue quien obtuvo del gobierno su reconocimiento legal, extendido a toda Francia en junio de 1851. La real orden del 10 de marzo de 1825 los autorizó bajo el nombre de Hermanos de la Instrucción Cristiana. Pero, para distinguirlos de otras congregaciones autorizadas con ese mismo nombre, se les designó con el de Hermanos de la Instrucción Cristiana, llamados del Sagrado Corazón.

Después del retiro dado en Vals, nuestro infatigable apóstol volvió a Monistrol

para predicar una misión. Desde los púlpitos de Monistrol y de las parroquias vecinas fue anunciada solemnemente. Se inició en febrero de 1823, duró seis semanas y trajo abundantes gracias a multitud de almas. Al principio, el P. Coindre tuvo por auxiliares a los PP. Mercier y Havon, Quince días más tarde se unió a ellos el P. Román Montagnac.

La iglesia se vio repleta de fieles desde el primer día, atraídos por la fama del célebre misionero predicador; los habitantes de la ciudad, del cantón y vecinos de otros cantones departamentales se dieron cita en masa y, como en otras partes, hasta el final de la misión se dieron muestras inequívocas de entusiasmo de fe, de sentimientos de religiosidad y admiración hacia quienes les anunciaban las verdades de la salvación. Todos se sienten felices oyendo la palabra de los enviados del cielo: palabra amorosa y persuasiva, vivificada por la gracia que produjo abundantes frutos de conversión. Esto obligaba a los misioneros a que, después de los sermones y hasta muy avanzada la hora de la noche, acudieran al confesonario, asediados por los fieles. Con frecuencia, a las once de la noche, los que están ahí desde el amanecer, se ven obligados a esperar para poder confesar sus faltas. Y, sin embargo, ¡son dieciocho los sacerdotes ocupados en el santo ministerio de la reconciliación! ¡Quién podría expresar las penas aliviadas, las llagas cicatrizadas, los corazones que recobran la esperanza!

Al final, llega el día de la más consoladora esperanza para los obreros del Evangelio. ¡Para ellos, también, es consolador contemplar la masa compacta de cristianos reconciliados, de fe robusta, viril, convencida! ¡Cómo se sienten felices y bien pagados en sus esfuerzos, al ver a hombres y mujeres, alineados en dos filas, acercarse al banquete eucarístico! En la primera comunión general de mujeres, se cuentan hasta tres mil. Los hombres, numerosos por igual, reciben el día señalado el alimento celestial con admirable devoción y piedad.

No menos emocionante es el espectáculo que presenta la ciudad el día de la clausura de la misión, Todas las parroquias vecinas así como los cantones de Bas-en-Basset y de Saint-Didier-la-Séauve se vuelcan procesionalmente a Monistrol. En la espaciosa plaza, situada entre el colegio y el castillo, se reúnen más de doce mil personas. Todos están impacientes, ansiosos, a la espera del discurso del orador en la erección de la cruz recordatoria de la misión. Gran número han venido desde muy lejos y llevan ahí varias horas esperando; ocupan los lugares más propicios para ver al orador; se les ve apostados en lo alto de los árboles de la alameda, en las murallas, en los tejados de las casas vecinas. ¡Grandioso espectáculo!

Aparece el P. Coindre y todos los corazones vibran de santa alegría y el entusiasmo contagia a todos. Pronto reina el más profundo silencio y el orador se hace oír, merced a su potente voz, desde los lugares más apartados de la tribuna. Explica el gran misterio de la Redención y bendice, con el emblema augusto de la salvación del género humano, a todo el auditorio, piadosamente arrodillado.

Así termina esta misión tan consoladora, tan fructífera; los responsables de las parroquias concebían hermosas esperanzas hechas realidad; los frutos perduraban. Esa misión imprimió fuerte vigor a la vivencia cristiana de la población de Monistrol; fue el inicio de una nueva era.

Por todas partes donde predicaba el P. Coindre, en el antiguo Velay, encontró idéntico entusiasmo y cosechó los mismos éxitos.

11 EL NOVICIADO EN MONISTROL. VOTOS PÚBLICOS DE LOS HERMANOS ESCUELAS. MUERTE DE ALGUNOS HERMANOS. OBRA UNIVERSAL

A pesar de los arduos trabajos de misionero a los que se entrega con febril entusiasmo, el P. Coindre se preocupa siempre por la organización y el porvenir de las escuelas. A su corazón caritativo no le bastaba haber abierto asilos en Lyon; en todas partes y sin interrupción, en sus correrías apostólicas, aspiraba a reunir el mayor número posible de aspirantes a la vida religiosa y prepararlos para la santa misión que quería confiarles.

El carácter y la fuerza de las congregaciones religiosas se delinean y nace en el noviciado. Es el punto de partida de la práctica de las virtudes y fuente de futuros éxitos. Animado con estos sentimientos, el P. Coindre determinó fundar uno en Monistrol. Llevó la idea a la práctica con carácter provisional, lo instaló en el colegio. Pero, la presencia en un mismo local de jóvenes aspirantes a carreras liberales y novicios conllevaba serios inconvenientes para estos últimos. No tardó, pues, mucho en adquirir la casa de un tal Pagnon, situada a las afueras de la ciudad y no lejos, tampoco, del colegio, para el enclave del noviciado.

Esta compra se realizó el 22 de enero de 1823 y ofrecía las ventajas de la soledad y los encantos del campo. Los novicios tuvieron por capellán al P. Pedro Montagnac y por director al Hno, Agustin; un profesor del colegio iba diariamente a impartir clases de gramática y de cálculo aritmético. Tomaba a pecho instruirlos y ponerlos en condiciones de ser buenos maestros el día de mañana. Algunos meses más tarde, en una de las aulas del noviciado, abrió una escuela donde se admitieron niños de la ciudad. Estos inicios, si bien modestos, auguraban el porvenir de la obra y todos admiraban el progreso de los alumnos, la dedicación de los maestros y la disciplina seria y paternal. Contento con los resultados obtenidos y a requerimiento de las familias, el cura de Monistrol alquiló en la ciudad, en 1824, un local que se acondicionó para escuela. El Hno. Eugenio fue nombrado director de ese primer colegio.

En noviembre de ese mismo año se fundó en Le Monastier (Haute-Loíre) una escuela a cuya cabeza fue puesto el Hno, Bartolomé. También ahí la población admiró pronto el orden y trabajo que los maestros impusieron en el alumnado. El aprecio del clero y de los magistrados, la confianza de las familias y el afecto de los niños recompensaron sus desvelos y el eco de sus éxitos cundió por los alrededores.

En octubre de 1824, el P. Coindre reunió en Monistrol a todos los hermanos para el retiro anual; ahí, al influjo de la meditación, oración y la gracia, se empaparon del espíritu de su vocación. El 14 de ese mes, día de la clausura, los HH. Borgia, Javier, Francisco, Bernardo, Buenaventura, Ireneo, Agustín y Luis emitieron por un trienio votos públicos en la capilla del colegio. En octubre de 1827 hicieron su profesión perpetua los HH. Borgia, Javier, Bartolomé, Benito, Buenaventura y, en 1829, harían lo propio los HH. Policarpo, Francisco, Mauricio y Bernardino.

En toda sociedad bien organizada, cada miembro debe tener una misión determinada y tomar parte en el compromiso general; así lo juzgó oportuno nuestro Fundador para su nascente congregación. Ansiaba verla caminar por sendas seguras, a paso firme y perfecta regularidad, signos de supervivencia y de progreso. Por eso creyó oportuno proceder a la organización del gobierno y que, por entonces, constaría de un director general, dos asistentes y un ecónomo general, todos elegidos por los miembros de la Sociedad y por escrutinio secreto.

Como resultado de la votación, el Hno, Borgia resultó elegido director general; los HH. Javier y Agustín, primero y segundo asistentes, respectivamente, y el Hno. Bernardo, procurador general. Estas elecciones tuvieron lugar al final del retiro del año 1824.

El P. Coindre deseaba, por igual, poner al frente de la congregación a un hombre conocedor perfecto de su género de vida y de sus verdaderos intereses, asegurando así una buena orientación. Les dijo que después de su muerte y la de su hermano Francisco Vicente (a quien designó como su sucesor) no debían ser gobernados por un superior eclesiástico y que nombraran como superior a uno de ellos, obligado a las mismas Reglas y animado del mismo espíritu, Esta medida, aceptada en principio, no se puso en práctica hasta 1841, con ocasión de la elección del Hno, Policarpo, por renuncia al mando del P. Francisco Vicente Coindre.

Por aquél entonces, determinó, además, poner a sus hijos en condiciones de que se ocuparan por si mismos de la gestión de sus asuntos. Para ello, liquidó todas sus deudas y les hizo cesión de todo el mobiliario que poseía en el Pieux-Secours, Pero, al vivir todavía su madre, no quiso privarla de los intereses de sus bienes y les encargó pasarle una renta anual de ochocientos francos en concepto de alquiler de la casa y del patio de los Cartujos.

El cielo continuaba bendiciendo los esfuerzos del piadoso Fundador: las vocaciones aumentaban cada día, las escuelas en funcionamiento vivían tiempos de prosperidad, el buen nombre, la piedad y abnegación, tanto de quienes ostentaban la dirección como de los nuevos maestros, hicieron que llovieran peticiones de nuevas fundaciones de colegios desde varias diócesis y, naturalmente, esto llenaba de contento al Padre Fundador. Así en 1825 se fundaron las escuelas de Pradelles y de Montfaucon (Haute-Loire), de Saint-Symphorien-de-Lay y de Neulise (Loire), la de Fontaines (Rhône), Las de Vals y Bresle (Haute-Loire) y la de Murat (Cantal) se abrieron en 1826. Este último establecimiento fue a petición del P. Vidal, gran vicario general del obispo del Puy, antiguo cura de esa ciudad.

A fines de este mismo año fueron reclamados para abrir escuelas en Marvejols (Lozère) donde, el Sr. Lombard, alcalde de la villa, y el señor cura Chaleil les confiaron una escuela que llegó a ser más tarde una de las más importantes de Francia. El 30 de mayo de 1826, al fallecer el Padre Fundador, la congregación dirigía en tres diócesis once escuelas.

La muerte había llamado a las puertas del naciente Instituto; eran operarios maduros para la eternidad. Primero fue el Hno, Pablo, fallecido en Lyon el 20 de marzo de 1823. Su vida había sido tan edificante, que siempre se le consideró como un santo. En el transcurso de 1825 se lamentaron las muertes de los HH. Benito y Andrés; éste, oriundo de Riotord, pertenecía a una familia acomodada y era un hermano instruido y de porvenir. Al año siguiente morían en Lyon los HH. Antonio y Regis; en 1827 moría en Lyon el Hno, Gregorio y el Hno, Bartolomé en Vals, cerca del Puy; era un religioso, nativo de Sainte-Sigolène, dotado de sobresalientes cualidades e hijo de familia muy honorable.

Desde el inicio de su obra, surgen dificultades al buen Coindre. No se inmutó ni perdió la calma. ¿Acaso ignoraba que las pruebas, signo infalible de éxito, prenda de bendiciones del cielo, e impronta divina, llevan el signo de la cruz?

El año 1824 le trajo algunas molestias provenientes de la autoridad eclesiástica diocesana cuyas miras estaban muy lejos de ser como las suyas en tema tan importante y capital. Se trataba de obtener el compromiso para que no proporcionara hermanos a ninguna otra diócesis, fuera de la de Lyon. El buen

Fundador, cuyo celo ardiente como el de una hoguera era imposible detener, no podía hacer tal promesa ni, por consiguiente, que se pusiera límites a la expansión de sus escuelas.

Nada le hizo alterar su inquebrantable resolución sobre este asunto. Decía: "Mi obra es universal y no puedo restringirla a una sola diócesis".

Esta sabia firmeza, que justificaba por otro lado loables sentimientos, fue, por igual, la del P. Champagnat, fundador de los Hermanos Maristas: a él también se le exigió similar decisión. Como el P. Coindre, se mostró inflexible y celoso en conservar para su congregación el carácter de utilidad universal.

12 MISIONES EN LA DIÓCESIS DEL PUY. TESTIMONIO DE UN SACERDOTE AYUDA DE LOS ANTIGUOS COMPAÑEROS

La fama del P. Coindre adquirió tales proporciones en toda la diócesis del Puy que todo el mundo queda oírle. La celebridad de su renombre, la dignidad y el entusiasmo comunicativo de su palabra, el brillo de sus virtudes y los maravillosos frutos que se producían suscitaron nuevas admiraciones y atrajeron las masas populares alrededor de su púlpito. Con las características que lo conocemos, recorrió durante tres años pueblos, villas y ciudades provocando su actuación verdaderas conversiones. Entre otras localidades, fueron sucesivos escenarios de las prédicas de nuestro incansable Fundador y misionero: Monistrol, Saint-Didier-la-Séauve, Montfaucon, Tence, Bas-en-Basset, Yssingaux, Saint-Maurice-de-Lignon, Rosières, Pradelles, Saint-Arcon-de-Barges, Le Monastier, Saint-Hostien, Paulhaguet, Saint-Paul-de-Tar tas, Saugues, Saint-Pierre-Eynac, Saint-Paulien, Craponne, Le Puy Éxitos nunca vistos fueron la recompensa a su infatigable labor apostólica.

Su palabra era, unas veces, admirable en la exposición de las grandes verdades; otras, insinuante, luminosa en los coloquios familiares. Llegaba a todos los corazones provocando frutos de redención, premio que el divino Maestro concede a los apóstoles entregados a su obra de todo corazón.

Cosa digna de tenerse en cuenta, alternaba sus misiones simultáneamente en varias parroquias del mismo cantón departamental y al propagarse las conversiones habidas producía idénticas reacciones. El bien y el mal son contagiosos y los sentimientos de los demás repercuten en nosotros en un sentido o en otro. Acontecía con las personas como con la naturaleza: pequeños hilos de agua, agrupados en una pendiente común, se convierten en torrentes caudalosos.

Hubo lugares donde la intervención de los misioneros suscitó animación, vida, entusiasmo; los reverenciaban como a santos; se echaban a sus pies solicitando ser bendecidos; todos querían tocarlos y conservar algún piadoso recuerdo. ¡Qué portentoso homenaje tributado al ministerio y a la virtud de esos hombres de Dios!

Insertamos aquí el testimonio de un digno sacerdote diocesano, relacionado con el P. Coindre y sus Misioneros del Sagrado Corazón:

Los sacerdotes publicaban desde el púlpito el anuncio de la misión; las parroquias vecinas hacían otro tanto y los fieles acudían en tan elevado número que, en ciertas ocasiones, fue necesario realizar la predicación al aire libre.

A los cuatro o cinco misioneros se añadían confesores elegidos entre los sacerdotes más meritorios de los alrededores y, durante cinco o seis semanas, trabajaban día y noche, de común acuerdo, en el anuncio de la Palabra.

Los oyentes no se cansaban, gozaban reviviendo antiguas manifestaciones de fe católica, constatando cómo la religión volvía a ocupar el lugar que le correspondía. ¿Qué decir de los tribunales de reconciliación? Las injusticias se reparaban; se acababan las divisiones y los pecadores se convertían. Hasta se veían los viejos "sons-culottes", antaño el terror del cantón, postrados de rodillas en esas iglesias profanadas, devastadas por sus mismas manos sacrílegos, con lágrimas en los ojos y unidos a los demás, prorrumpiendo en exclamaciones como éstas: ¡Perdón, Dios mío, perdón! Las resistencias a la gracia divina eran mínimas; se las podía contar con los dedos de una mano.

Para obtener tan extraordinarios resultados, nada se dejaba a la improvisación; todo se disponía ordenadamente: catecismos, conferencias, sermones, celebraciones extraordinarias, preces públicas, visitas domiciliarias, invitaciones personales, etc.; el resultado feliz era evidente.

El tribunal encargado de dirimir diferencias y calmar enemistades estaba presidido por el superior de la misión acompañado por el juez de paz, alcalde, notario, cura del lugar o vecinos, si sus parroquianos eran parte interesada. Los contrincantes exponían sus agravios, quejas y perjuicios y debían aceptar el veredicto del jurado bajo pena de ser privados del beneficio de la misión. Los servicios que de este tribunal se derivaban eran grandes; el favoritismo o la cábala no tenían cabida en él; la sola conciencia dictaba las sentencias, sin pagar estipendios, gratuitamente.

El día de la clausura de la misión era el gran día, la fiesta mayor. Los fieles de todas las parroquias acudían desde diez leguas a la redonda; venían acompañados con la flauta y el tambor del pueblo; los magistrados lucían sus uniformes de gala; los sacerdotes, cofradía y congregaciones piadosas en pleno, con sus típicos atuendos, formaban un recorrido de varios kilómetros. Esta masa humana se estremecía con el repiquetear de las campanas, al son de los himnos y cantos; los maestros de ceremonias encargados del orden, transmitían las indicaciones hasta los lugares más apartados, desde las caballerías que montaban.

Cientos de jóvenes, con trajes de mingueros, ostentando en el ojal de la chaqueta el emblema de la misión, llevaban sobre sus robustas espaldas las andas artísticamente adornadas que, como en lecho respetuoso, reposaba el Cristo monumental que pronto iba a ser colocado de pie en el centro de una de las plazas de la localidad. Revestidos con sus antiguos uniformes militares, viejos soldados del Imperio, presentaban armas al paso del Cristo formando un cordón ante la multitud. A la orden del comandante, de trecho en trecho, disparaban, en hilera o en pelotón, fuegos de pólvora. A esas descargas de fusilería, el gentío respondía con el grito de ¡Viva la Cruz!, que iba pasando lentamente hasta ponerse en cabeza; este grito de eco. marcha.

En fin, este gentío, entusiasta, emocionado, después de realizar varias evoluciones con sus vueltas y revueltas, se concentraba en la plaza destinada a recibir la cruz de la misión. Para labrar la cruz se buscaba el mejor pino de los alrededores; los propietarios, gozosos, lo donaban pues la cruz tenía varios metros de altura y a golpes de martillo se fijaba sobre él el Cristo. La asistencia, devota, enternecida, se creía estar en el Calvario, presente en la crucifixión del Señor. Pronto se elevaba la cruz en alto en medio de los aplausos y entusiasmo de los espectadores; las campanas se volteaban; los tambores redoblaban sus parches resonando por casas, calles y campos. Finalizado el acto, el superior de la misión, de pie sobre un pedestal, dirigía la palabra al público formado por miles de cristianos. Su voz, a pesar de sus esfuerzos, no llegaba a todos los rincones; todos entendían que era el adiós de despedida, el adiós hasta el cielo, acogido con unánimes sollozos y hasta lágrimas.

Era de noche; se dispersaban, contándose, en el camino de regreso a casa, las emociones del día. Ni asomo de disturbio, de desorden; las fiestas religiosas no los conocían.

B.P.G. en la "Semaine religieuse du Puy"

He aquí otros detalles relacionados con las misiones y que han sido suministrados por un testigo ocular.

¿Por qué se han perdido en el olvido; por qué no se han conservado ciertos detalles y actos que acompañaban a las misiones dadas en los pueblos? Recuerdo haber asistido, siendo muy joven, a la que se dio en la parroquia de Tence en 1823 y, aunque haya presenciado en otras localidades actos parecidos, ninguno ha dejado en mi memoria impresión tan profunda y tan duradera como la de las grandes ceremonias, congregación de pueblos y emocionantes predicaciones de que fui espectador. Era encantador contemplar a aquel hombre (el misionero) lleno de ardor y abnegación apostólica, en el centro de la amplia plaza pública, de pie sobre un pedestal, donde se levantaba la cruz de la misión, predicar al gentío inmenso que se agolpaba a su rededor; unas veces, escuchando con piadosa atención y emoción; otras, respondiendo a voz en grito llenos de ardor, a su pregunta animada y profunda. Se gozaba oyéndole colocado sobre el pedestal de la cruz del cementerio, recordar

a su auditorio las grandes verdades de la salvación mientras, a sus pies, sobre tumbas, yacían los restos de padres, hijos, amigos o parientes difuntos. No menos emotivo era el espectáculo ofrecido por las procesiones. Para favorecer los movimientos de las largas filas de hombres, mujeres y niños, salía más de media legua fuera de los pueblos, llevando en triunfo tres cruces, llamadas de la' misión, y cantando a pleno pulmón cánticos populares.

H. Fraisse

El P.Coindre conservó siempre cordial amistad con sus antiguos compañeros de Lyon, Ellos le pagaban con idéntica moneda ya que todos reconocían sus excelentes cualidades y su gran y fraterno corazón, El P. Mioland, condiscípulo suyo en el seminario y superior suyo en los Cartujos, le distinguía y le honraba con afecto particular y santa amistad, traducida en perfecta unidad de espíritu y de corazón. La salida del P. Coindre hacia Monistrol no disminuyó en nada esas excelentes relaciones. Si era preciso, esos señores se apresuraban a prestarle ayuda y a compartir sus trabajos apostólicos en la diócesis del Puy: la caridad no conoce fronteras; en todas partes, no tiene más mira que los intereses de Dios y el bien de las almas. En 1823, el P. Duf'être ayudó al P. Coindre en Montfaucon; el P. Nivet, lo hizo en Tence. Al año siguiente, el P. Delphin tomó parte en la misión de Craponne. En esta ocasión, el P. Coindre entregó a ese abate una cruz plateada, con la imagen de Cristo en oro y enriquecida con una partícula de la verdadera cruz. El P. Delphin la conservó y siempre la llevó consigo como grato recuerdo por recordarle la memoria del santo misionero, uno de sus mejores amigos. Hace pocos años, un día en que íbamos a visitar Saint-Etienne, donde era párroco de Notre-Dame, tuvimos la dicha de verla y admirarla. El P. Delphin, elevando su espíritu hacia un pasado ya lejano pero presente en su memoria, nos suministró, vivamente emocionado, detalles sobre la vida apostólica del P. Coindre. Lleno de admiración por sus talentos, como por sus virtudes, nos confesó que es imposible concebir una carrera más activa y más fecunda que la de su antiguo compañero: "Por la santidad de su vida, por la sonoridad de su voz, y por el entusiasmo de su palabra, nacida de su profunda fe y especial caridad, ejerció grandísima influencia en las poblaciones. Allí donde él anunciaba el Evangelio, se renovaba el espíritu cristiano de los fieles".

13 MISIÓN DE BLOIS

Poco tiempo después de que Mons. de Sauzin tomara posesión en 1823 de la sede episcopal de Blois, confió la dirección del seminario mayor al P. Donnet, antiguo miembro de la sociedad establecida en los Cartujos de Lyon. Una de las primeras disposiciones de ese prelado fue emplear para la recristianización del rebaño confiado a su pastoral solicitud, los medios que habían producido tan hermosos resultados en otros ambientes similares. La ignorancia, las pasiones y las falsas doctrinas habían aniquilado las buenas costumbres en toda la sociedad.

"En ningún tiempo, escribe un biógrafo sobre este tema, la obra de las misiones y retiros fue más necesaria y oportuna que en el momento en que, después de las conmociones políticas de la Revolución, volvía a florecer la vida cristiana tan cruelmente magullada y ensangrentada. A los golpes que el hacha revolucionaria había asestado en las filas del clero, se añadían los estragos no menos funestos de la edad y de la enfermedad. Los sacerdotes supervivientes cada vez veían más vados a su alrededor y la abnegación de que hacían gala no llegaba a colmar la necesidad. En vano, el pastor, hecho misionero, volaba de parroquia en parroquia; si bien cumplía con la administración de los sacramentos no llegaba a alimentar a su rebaño con el pan de la palabra divina más que de vez en cuando; la obligada ausencia de instrucción religiosa había originado en el seno de las masas una ignorancia más funesta que los furores de la Revolución. El episcopado francés comprendió entonces que recaían sobre él muy pesadas responsabilidades y que estaba llamado a realizar muchas obras. No falló a su deber y creó la obra de las misiones que fue su gloria y su satisfacción y, para la cual, Dios, que en los días de su cólera 'no borra si no es para escribir', se había preparado sacerdotes según su corazón" (Vida de Monseñor Dufétre),

Altamente preocupado por este lamentable estado de cosas, Mons. de Sauzin, de acuerdo con Mons. de Montblanc, arzobispo de Tours, y Mons. de Varicourt, obispo de Orleans, proyectó fundar una sociedad de misioneros para la evangelización del centro de Francia. La sociedad se puso bajo el patrocinio de san Martín, y el P. Donnet, que conservó el título de superior del seminario mayor, fue puesto a la cabeza de esos misioneros entre los que estaban los PP. Dufétre, Lyonnet y Villecour, antiguos colaboradores del P. Coindre en la diócesis de Lyon y, al igual que él, distinguidos y descollantes años más tarde.

En poco tiempo realizaron un bien inmenso en las parroquias donde actuaron y los éxitos dieron singular fama a los sacerdotes de San Martín. Todos ellos, al conversar entre sí, evocaban la figura señera del P. Coindre y el éxito con que anunciaba la Palabra de Dios. De común acuerdo, le escribieron y le invitaron a unirse a ellos para ayudarles en sus misiones. El P. Coindre les respondió que, por entonces, no podía acceder a sus deseos de secundar sus esfuerzos sin comprometer seriamente el porvenir de las obras que había fundado en Lyon y en la diócesis del Puy.

En este momento interviene el P. Donnet a principios de enero de 1824; el P. Coindre no supo negarse y le prometió hacerles una visita acompañado del P. Eynac. Esa visita se prolongó por espacio de varios meses y, merced a su activa colaboración, les prestó relevantes servicios. Fue durante este tiempo cuando se realizaron las misiones de Blois, Tours, Vendôme y Montargis.

La de Blois se inició el 18 de enero de 1824 y finalizó el 14 de marzo de ese mismo año. Los predicadores eran ocho, a saber: los PP. Donnet, Villecour, Dufétre, Nogret, Coindre, Eynac, Suchet y Marcel, todos hombres apostólicos y cuyas vidas eran una predicación más elocuente que sus palabras; eran las grandes personalidades futuras de la Iglesia de Francia. Lucharon hasta triunfar a pesar de

los vergonzosos procedimientos a que recurrió el espíritu sectario para obstaculizar su ministerio.

Así se expresaba una publicación diocesana, el "Amigo de la Religión": "Ya una grandiosa comunión general había recompensado ampliamente los esfuerzos de los misioneros. Monseñor presidió la ceremonia. En dos días, tres mil seiscientas mujeres y dos mil hombres se acercaron a la Sagrada Mesa. Al día siguiente, el prelado administró la confirmación a unas mil doscientas personas. En la ciudad, el entusiasmo era general. Volvían a reconciliarse con Dios hombres a quienes un largo alejamiento había desacostumbrado a las prácticas de la religión" (T. 39, pág. 138).

"La erección de la cruz de la misión ofreció uno de los más conmovedores espectáculos. Estaba presente el prefecto del departamento, tres diputados, algunos generales, los miembros del tribunal y a todos se les vio encorvar las espaldas por la acción sagrada" (Vida de Monseñor Dufétre),

Sin embargo, el P. Coindre sentía la necesidad de acercarse a sus familias: era un padre impaciente por encontrarse en medio de sus hijos tras larga ausencia. Volvió a la comunidad de Fourvière en Lyon. Estando allí descansando es cuando el P. Villecour le escribió estas palabras evocando los éxitos maravillosos que había obtenido en sus misiones de las que era obrero infatigable: "Ha conquistado usted todos los corazones en el confín del Cher y de la Loira como antaño en Saint-Etienne, Tarare, Pont-de-Vaux... Agotado en el cuerpo, pero rico en el espíritu por los despojos que ha arrebatado al infierno, ha hecho usted muy bien en tomarse un merecido descanso en su diócesis natal".

El P. Nogret, uno de los misioneros de San Martín y que más tarde ocupó la sede del obispado de Saint-Claude, le había visto trabajar durante su permanencia en Blois. Había advertido en él todas las cualidades y virtudes que caracterizan al misionero de la Palabra evangélica y daba de él este testimonio: "Lo que jamás podré olvidar es que el P. Coindre ejerció su apostolado con verdadero éxito, dotado como estaba de eminente piedad, de celo incansable y de gran elocuencia. Así atrajo al redil del Salvador a innumerables almas que estaban alejadas de Él".

14 MISIÓN DE LE MONASTIER

El P. Coindre permaneció poco tiempo descansando en Fourvière para reemprender los trabajos de la predicación. Le Monastier (Haute-Loire) fue el nuevo teatro de su celo apostólico. Allí le estaban esperando ya los curas y los fieles. De esta misión, que fue presidida por él, gracias a la gentileza de dos testigos oculares tenemos los siguientes detalles.

En el mes de abril de 1824, se realizó una gran misión en Le Monastier. Yo era todavía joven pero mi corazón y mi espíritu se abrían ya a las impresiones del bien y de la virtud. Existen recuerdos de la infancia que quedan grabados en el alma como dardos imborrables y emociones que no se debilitan con los años ni con las mayores vicisitudes de la vida.

Esta misión fue dada por los PP. Coindre, Eynac y Mercier; el P. Mialon se hacía cargo de la catequesis y los cantos. Debo confesar que todos los predicadores estuvieron superiores en lo tocante a abnegación y elocuencia. La tarea era grande pero la cumplieron a satisfacción de todo el mundo.

Jamás olvidaré, sobre todo, al P. Coindre, sacerdote apostólico si los hubo, de porte majestuoso, talla imponente, carácter noble y corazón ardiente. Y ¿qué decir de su celo y de su amor a las almas? ¡Con qué delicadeza, con qué fuerza, con qué riqueza de expresión no se empleaba con tal de ganarlas a Dios! Al predicar las verdades eternas de la religión, con su voz emocionada y potente y con sus palabras impregnadas de amor a Dios, suscitaba en los oyentes el santo temor de Dios; iluminaba los espíritus, conmovía los corazones y ganaba las voluntades más rebeldes. La misión se iniciaba con magníficos auspicios: dotes, virtudes en los predicadores, participación activa del clero de la parroquia o parroquias, santas disposiciones en los fieles, todo, todo contribuía a obtener la mayor eficacia. Las parroquias vecinas, con sus pastores y gran número de feligreses, participaban en los diversos actos; por doquier respondían gustosos a la llamada del Señor.

A las conferencias fundamentales, los misioneros unían otras que tenían por fin excitar la curiosidad empleándose un lenguaje sencillo y encantador. Eran como entretenimientos familiares y versaban sobre puntos de moral, reforma de las costumbres o abusos que se daban en el pueblo. Subido al púlpito, el P. Coindre tenía frente a sí a alguno de sus colaboradores que, alternativamente, le iba sometiendo casos de conciencia relativos a la observancia o transgresión de las leyes divinas. Como ya he dicho, los temas se seleccionaban según lo requerían las necesidades y los intereses religiosos de las poblaciones. Las respuestas señalaban normas prácticas de conducta, refutando errores populares, denunciando fraudes más o menos indirectos que se cometían en las ventas de animales, alimentos y otros.

Esas conferencias hicieron mucho bien. Lo mismo aconteció con el tribunal de reconciliación que presidía el P. Coindre secundado por asesores elegidos entre las personas más responsables del cantón departamental. Por la imparcialidad y rectitud de las decisiones, éstas eran aceptadas por todos; terminaban muchos litigios y no pocas restituciones se llevaban a cabo; como recompensa, a muchas familias les llegó la paz y la unión.

Otra modalidad que tuvo mucho éxito era ésta: Algunos días antes de iniciarse la misión, se oían tocar las campanas de la torre en horas de la noche. Con el silencio nocturno, el son lúgubre de las campanas evocaba en las almas el pensamiento de la muerte. Entonces, los fieles debían orar para conseguir que el triste tañer de las campanas resonara en el fondo de los corazones rebeldes y quedaran vencidos por la gracia. Esas oraciones reiteradas, a las que se añadía el "De profundis", impresionaban a los más recalcitrantes.

Recuerdo, también, que el P. Coindre reunió un día a todos los fieles en el cementerio. ¡Qué esbozo más emocionante no hizo allí sobre la brevedad de la vida, la nada de las cosas de este mundo! Pintó con caracteres de fuego el estado a que nos reduce la muerte, que

nuestra sensualidad y delicadeza temen considerar. Los asistentes quedaban consternados. Todos pensaban, no sin espanto, en los horribles estragos de la muerte cuya imagen les era pintada con trazos tan reales y conmovedores. Con sentimientos religiosos de dolor y santo temor, se imaginaban las luchas que tienen lugar en la última hora del moribundo, en el dintel de lo eternidad.

Echaba mano de todos los medios con tal de interesar o los fieles y conseguir frutos de penitencia. Tantos esfuerzos tuvieron su recompensa. Dios bendecía la obra de los misioneros. ¡Qué emotivos espectáculos no contemplados! ¡Cuántas conversiones verdaderas! ¡Cuántas divisiones eliminadas! ¡Cuántas víctimas arrancadas del vicio, ultrajes reparados y secretas miserias calmadas!

Entre las numerosas conversiones operadas en la misión, quiero mencionar las de esos hombres cuyo nombre evocaba dolorosos recuerdos: los "sons-culottes", el terror del países los sangrientos días de la Revolución, entregados a los excesos de la más cruel tiranía. Tocados por la gracia, rompían las argollas que desde tiempo los encadenaban a la senda del mal, gozando y sintiéndose felices de regresar a las prácticas de la fe, "recobrada su inocencia.

Finalmente, llegaba el gran día, aquél en que cada cual, purificado en el baño de la reconciliación, debía acercarse a la Sagrada Mesa. La comunión general era magnífica. ¡Qué bello espectáculo ofrecían aquellos cristianos llenos de fe y de piedad! ¡Todos ostentaban en sus pechos la insignia de la cruz de la misión! Lo consideraban como el mejor día

En ese día tenía lugar la renovación de las promesas del santo bautismo. En un discurso lleno de emoción, el P. Coindre puso de relieve las ternuras del Señor hacia las almas regeneradas por las aguas bautismales, el precio y excelencia de las gracias con que los enriqueció y la herencia inapreciable que les reserva. Todavía, me parece oírle invitando, con su voz potente, a renovar su profesión de fe católica, pronunciar los juramentos y ratificar sus promesas bautismales como hijos de Dios y de la Iglesia, hermanos de Jesucristo y ciudadanos del cielo. Todos los asistentes llevaban en sus manos la cruz, recordatorio de la misión. Un indescriptible entusiasmo se apoderaba de todos; la emoción se generalizaba. La fe ejercía su imperio sobre esa inmensidad de cristianos en la que la gracia había conquistado tan gloriosos triunfos. En toda mi juventud, no presencié una jornada tan emotivo:

Después tuvo lugar el acto de reparación al Sagrado Corazón; el P. Coindre invitó a los presentes a pedir, públicamente, perdón por sus faltas. El mismo se puso de rodillas en presencia del gentío solicitando, en su favor, la divina misericordia con acentos de profundo dolor: "Perdonad, Señor, perdonad a vuestro pueblo, a vuestro indigno ministro, a fin de que no estés eternamente irritado contra nosotros".

La víspera de la clausura de la misión fue dedicada, en gran parte, a los preparativos con que se debía coronar la obra de los misioneros. Ya se tenía el hermoso Cristo y la cruz de grandes dimensiones que iba a erigirse en la villa para perpetuar el recuerdo de la misión. El P. Coindre, con su imponente majestad, quiso dar el mayor brillo posible: orden, cantos, evoluciones, recorrido, etc.; todo lo había organizado detalladamente.

Al día siguiente, la ceremonia se inicia temprano, y no finaliza antes de la una del mediodía. Todas las parroquias vecinas se habían dado cita acudiendo procesionalmente. Jamás habíamos contemplado tan gran entusiasmo y afluencia de gente. La ciudad de Le Monastier ostentaba aires de gala: misioneros, párrocos, fíe les, todos exultaban de gozo. Con tan tranquilas y serenas emociones, todos parecían olvidar las cosas y tristezas terrestres.

En fin, se da la señal, todo trepida. ¡Qué espectáculo ofrece este gentío que avanza a paso lento, con actitud respetuosa, al compás del tañido de las campanas y acompañada por himnos y cánticos populares! ¡Qué magnífica expresión religiosa la de esa multitud de cristianos, hermanados en un mismo sentir, enajenados de alegría y dando, con su piedad,

especial relieve a la fiesta! Después de un largo recorrido, la procesión llega a la plaza del convento. Allí, el Cristo monumental es fijado en la cruz que se alza ante la mirada atónita de los presentes. Subido a la estrada, el P. Coindre pronuncia su discurso que encierra sublimes enseñanzas del misterio de nuestra Redención; despliega los vuelos de su gran elocuencia llena de poder comunicativo.

Emocionantes y prolongados saludos de despedida ponen punto final a los ejercicios de la misión: adioses solemnes, acompañados de lágrimas y de unánimes sollozos; adiós final hasta la patria celestial.

15 EL PADRE COINDRE MUY SOLICITADO

El P. Coindre, elocuente en palabras y en obras, era el prototipo de los hombres providenciales para misionar con éxito maravilloso. En todas partes era admirado por sus fundaciones, marcadas con el sello divino; por el ascendiente y la fuerza de su palabra en las almas; por su piedad, modestia, sencillez; y por sus múltiples aptitudes. El clero tenía puestos los ojos en él y se había ganado la estima, aprecio y confianza de esclarecidos prelados de la Iglesia de Francia. Varios se disputaron sus eminentes servicios. Después de Monseñor de Salamon-Francose, de quien ya hemos hablado, fue Monseñor de Pins quien solicitó la ayuda de sus conocimientos y experiencia. Pero antes de mencionar las relaciones que ese prelado mantuvo con el P. Coindre, creemos útil recordar aquí hechos relacionados con su nombramiento como administrador apostólico de Lyon,

Napoleón fue destronado como consecuencia de los acontecimientos de 1814. El Cardenal Fesch se vio obligado, por ello, a abandonar su sede de Lyon y tomar el camino del destierro. Desde Roma, donde se había exilado, transmitía sus órdenes a los vicarios generales que gobernaban la diócesis de Lyon en su nombre. Este estado de cosas llegó a durar diez años, ya que la corte de Francia se preocupaba, poco o nada, de dar un coadjutor al tío del Emperador destituido. Las diligencias llevadas a cabo para obtener ese nombramiento y la dimisión de Fesch, no dieron resultado positivo; fue necesario recurrir a medidas extremas.

Entonces, ante tal anomalía, el Papa Pío VII, sin recurrir a su suprema autoridad, empleó un procedimiento que ponía a salvo tanto las susceptibilidades del prelado como los intereses de su vasta diócesis. Reconociendo, por una parte, los méritos, la virtud y los grandes servicios que había prestado a la Iglesia y, por otra, el bien de la feligresía, el Soberano Pontífice le conservó sus títulos a condición de que no se mezclara lo más mínimo en el gobierno de la diócesis de Lyon. De acuerdo con la corte de Francia, y mediante breve con fecha 22 de diciembre de 1823, nombraba a Mons. de Pins, a la sazón obispo de Limoges, administrador apostólico de la diócesis de Lyon y, al mismo tiempo, lo ascendía al arzobispado de Amasia,

Mons. de Pins hizo su entrada solemne en Lyon el 18 de febrero de 1824 y fue recibido como lo merecía el enviado del Romano Pontífice. Como ya lo hemos repetido en varias oportunidades, la impiedad había asestado duros golpes a la Iglesia, pisoteando "los principios eternos de orden y justicia sin los cuales no existe ni ordenamiento, ni justicia, ni familia, ni sociedad" (Cardenal Donnet).

Convencido de que sólo la evangelización podía sacar a Francia del abismo donde había caído y librar a las almas de los peligros de la época, Monseñor de Pins puso manos a la obra en la certeza de conseguir con ese medio la tan ansiada regeneración social. Pensó en fundar en Lyon una sociedad de sacerdotes que, en base a intensos y serios estudios, estarían en condiciones de conservar intacto el depósito de las ciencias sagradas y, mediante sólidas predicaciones, atraerían a la fe a multitud de espíritus alejados. Ahora bien, ese prelado había oído hablar del P. Coindre de quien le habían ensalzado los méritos e idoneidad. En junio de 1824 le escribió una carta anunciándole su proyecto, solicitando sus consejos y anunciándole que contaba con él para que le secundara en tan meritoria empresa.

El P. Coindre acogió esta propuesta con sumo gozo a causa del inmenso bien que una sociedad de esa naturaleza podría realizar en la diócesis, en la comarca y en la Iglesia. Con tan loables esperanzas, respondía afirmativamente a Monseñor de Pins, En extensa carta, le exponía el plan, sometía a su consideración un proyecto de Estatuto añadiendo que se ponía a su entera disposición a partir del día en que

quedara liberado de los compromisos adquiridos en la diócesis del Puy.

Otra demanda. Mons. de Boisville, en esa misma época, obispo de Dijon, al igual que otros muchos prelados, deseaba formar en su diócesis hombres apostólicos exclusivamente entregados a la obra de las misiones, agentes multiplicadores de frutos de gracia y salvación. Para combatir en todas partes prejuicios, ignorancia y vicios e incrementar el celo entre clérigos y la piedad y promover la frecuencia de los sacramentos entre los fieles, también Mons. de Boisville quiso fundar una sociedad de misioneros. Para organizar la, pensó en el P. Coindre e hizo instancias para atraerlo a Dijon. El P. Coindre, cuyo celo no conocía reposo ni fronteras, hubiera querido extenderlo, también, a esa región de la Borgogne, carente de obreros apostólicos. Con gran pena, rehusó el ofrecimiento de Mons. de Boisville por cuanto, con anterioridad, había dado su palabra a otro prelado. Por otro lado, los intereses de sus obras, ya numerosas, le impedían pensar, por entonces, en otra empresa de esa naturaleza.

No obstante, creyó oportuno tomar en cuenta una propuesta que acababa de recibir que favorecía el campo de la enseñanza cristiana y que, era, a su entender, medio muy eficaz para proporcionar a la sociedad generaciones creyentes. ¿Ignoramos, por ventura, que su más ardiente deseo era ver flamear en todas partes el estandarte de la verdad y de la fe que ilumina las almas y las confirma en la verdad?

Por aquel entonces, el colegio de Monistrol continuaba su labor con éxito creciente; la orientación dada al establecimiento suscitaba elogios por toda la comarca. Con idéntica finalidad, la ciudad de Brioude, que poseía un colegio comarcal, formuló el deseo de confiarlo a sacerdotes asociados, a los Misioneros del Sagrado Corazón de Monistrol. El concejo municipal, por mediación de Mons. de Bonald, pidió al P. Coindre se hiciera cargo de ese centro educativo. Las primeras conversaciones entre el P. Coindre y el señor alcalde de Brioude tuvieron lugar en breve plazo. Este aceptó las condiciones impuestas por nuestro Fundador. El entendimiento parecía definitivo pero al presentarlo a aprobación del concejo municipal, éste quiso modificarlo con otras cláusulas que el P. Coindre creía fundamentales. El clarividente misionero se negó a firmarlas y el proyecto fue abandonado definitivamente.

16 MISIONES DE SAUGUES y DE SAINT-PAULIEN
PETICIÓN DEL OBISPO DE BLOIS
DIMISIÓN COMO SUPERIOR DE LOS MISIONEROS

En el año 1825 todavía dio el P. Coindre algunas misiones, En todas fue idéntico: lleno de ardor y de celo anunciaba la Divina Palabra con aquella armoniosa elocuencia y noble simplicidad que tanto atractivo, fuerza y eficacia daban a sus sermones y discursos.

Este año, en el mes de abril, estuvo en Saugues donde su palabra ejerció saludable influencia. No sólo acudieron los fieles de la parroquia sino que a ellos se unieron los de las parroquias vecinas, en muchedumbre, a los ejercicios de la misión. Todos bendecían y daban gracias al cielo por haberles reservado semejante predicador. Durante mucho tiempo conservaron grato recuerdo de las profundas y vivificantes impresiones vividas por sus almas.

Sabemos que, durante esta misión, encontrándose de paso el P. Coindre por una localidad, le rogaron visitara a un hombre que nunca quería oír hablar de Dios ni de la Iglesia. Era uno de esos hombres que desprecian la religión por ignorancia; que rechazan su divina moral porque condena sus vicios y pasiones, imponiéndoles esfuerzos y sacrificios. Otros sacerdotes, en repetidas ocasiones, habían intentado atraer su alma al buen camino; a todos había rechazado profiriendo palabras coléricas e insultantes. No obstante se sabía que a este infortunado, de edad y gravemente enfermo, no le quedaba mucho tiempo de vida. Movidio por un sentimiento de compasión y caridad, el P. Coindre fue aprisa a casa de ese desgraciado. Para mover su corazón, hasta entonces insensible, empleó tanto la bondad, la persuasión y las promesas como la severidad; esforzándose por inspirarle el santo temor de Dios. Todo fue inútil: el viejo insultaba a la Iglesia y sus ministros; recibió las palabras de paz y de salvación con transportes de rabia, profiriendo horribles blasfemias. Sin desanimarse por este exceso de impiedad, el P. Coindre hizo una postrera tentativa para vencer tal resistencia.

Amigo, a pesar de todo hay que salvar tu alma. Dios está lleno de misericordia, ten confianza. Piensa que pronto vas a morir.

Ya lo sé; ¿acaso la gente no muere?

Es verdad, pero ¡el infierno!

¿El infierno? ¡Me río del infierno!

¡Ah! ¿te burlas, desgraciado? Pues Dios se burlará también de ti.

y diciendo estas palabras, dio un fuerte puñetazo sobre la mesa y salió con paso rápido. Cosa maravillosa y que prueba cómo hay que variar los métodos según las personas; ese puñetazo fue más eficaz que todo el sermón, La voz de la gracia resonó al mismo tiempo en su alma pecadora ya que apenas el P. Coindre acababa de cerrar la puerta cuando lo llamó a gritos diciéndole, con gemidos, que quería confesarse. Pocos días después moría con sentimientos de fe y de conversión, manifestando verdadero arrepentimiento.

Al año siguiente, los PP. Mercier y Montagnac dieron una misión en Chanaleilles, una de las parroquias del cantón, situada a 14 kilómetros de Saugues. Era a fines de mayo; acababa de fallecer el P. Coindre, Sabiendo que en esa comarca gozaba de gran prestigio y veneración, los misioneros creyeron un deber anunciar esta muerte desde lo alto del púlpito. Estaban muy lejos de pensar lo que iba a suceder. La noticia produjo tal emoción en el auditorio, que hasta el predicador se contagió, y todos en sollozos, debió interrumpir la alocución.

No quisiéramos fatigar al bondadoso lector repitiendo aquí detalles edificantes pero todos, más o menos, idénticos. Sin embargo, nos parece oportuno enumerar

algunos hechos de la misión de Saint-Paulien que tuvo lugar a fines de abril de 1825.

Habiéndolo pedido el párroco, el P. Veysseyre, acudieron a esta ciudad los Padres del Sagrado Corazón a predicar la misión presididos por el P. Mercier. El P. Coindre, que ya estaba ocupado en otro ministerio en otra parroquia, pudo ir al fin de los ejercicios. Pese a que nos faltan ciertos detalles, podemos, sin embargo, afirmar que esta misión fue para el cantón una fuente de gracias, ánimo y esperanza. Es lo que atestiguan los escasos ancianos que todavía viven, y gusta escuchar los emotivos relatos que ellos pasaron y que los niños quieren renovar con el más religioso entusiasmo. Sabemos, por otra parte, que los fieles, venidos la mayoría de lejos, se apretaban recogidos en la gran iglesia, y que los que habían llegado una vez llegados, querían volver más, tan atraídos y sojuzgados se sentían por la palabra ardiente y clara de los misioneros. Varias personas de parroquias próximas, obedientes a las inspiraciones de su fe y de su piedad, venían a establecerse en la ciudad, para poder asistir a todos los ejercicios de la misión.

Una hermosa ceremonia vino a coronarla; la implantación de una gran cruz. Fue precedida de una procesión que ofrecía el espectáculo más imponente: numerosos miembros del clero, de los que varios acudían de lejos con sus parroquianos; cofradías con sus variados vestidos; hombres y mujeres de toda clase y condición; recogimiento, piedad, cantos diversos ejecutados con acentos de fe y alegría; todo contribuía a hacer de esta ceremonia una de las más clamorosas manifestaciones religiosas. No lejos del clero, se veían jóvenes divididos en grupos llevando, por turnos, sobre sus robustos hombros, en una espléndida camilla, un hermoso Cristo destinado a decorar la cruz de la misión. Este gentío se puso en movimiento al sonar las campanas. Siguiendo la ruta del Puy se dirigió hacia Nolhac, pueblo situado a tres kilómetros de Saint-Paulien; y tras haber ejecutado, por el extenso territorio de este municipio, diversas evoluciones dirigidas por el predicador que dirigía la marcha, la procesión volvió al punto de origen con orden y en la misma forma.

Llegados a Saint-Paulien, los fieles se reunieron en la plaza donde debía terminar la imponente ceremonia. La alegría y el júbilo brillaban en los rostros, pues nada tan bello para el espíritu, nada tan dulce para el corazón como las fiestas que la religión preside. Así, estos miles de cristianos, animados por tan generosos sentimientos como inspira, no tenían más que una voz para celebrar los beneficios del Señor, para cantar sus alabanzas. El entusiasmo era general: era una de las escenas más conmovedoras que haya alumbrado el sol en la antigua capital de Velay.

Entonces fue cuando apareció el P. Coindre sobre un estrado desde el que dominaba el inmenso auditorio. Ese día, nos dice un testigo ocular, él tenía dolores de enfermo; pero su celo invencible y los ardores de la divina caridad que brillaban en su alma, le hicieron sobreponerse al sufrimiento. En un largo y cálido discurso, exaltó el augusto signo de nuestra redención, gracia de salvación y de esperanza; emocionó vivamente los corazones. Cuando hubo terminado se levantó la cruz y se oyeron los cantos. Miles de voces repetían este estribillo con viva emoción:

*Levántate, signo salvador,
Leño agosto, leño protector,
Levántate, brilla sobre el mundo;
Astro de paz y de amor.*

Esta misión produjo un bien inmenso, y los predicadores lograron para la religión las más gloriosas conquistas. Se vio a numerosas personas abandonar el

camino de la perdición para entrar en la senda de la salvación; muchas almas dudosas se afirmaron en su fe y quienes, hasta entonces, habían tenido la dicha de caminar por las vias de la inocencia y la santidad, recibieron nuevos ánimos.

En 1824, aunque el P. Coindre no pudo estar en Blois más que en una sesión de escasa duración, Mons. de Sauzin pudo, sin embargo, apreciar su talento y sus virtudes. También le honró con su estima y confianza. Necesitando un superior para dirigir su seminario mayor, le solicitó le recomendara un sacerdote con méritos. El P. Coindre escogió al P. Román Montagnac para desempeñar este importante cargo. Visto el elogio que le hizo, Mons. de Sauzin le aceptó gustoso, pero el obispo del Puy, pese a que se le presentaron las solicitudes, no consintió la salida de este eclesiástico, uno de los más distinguidos de su diócesis.

En esa época, el P. Coindre veía con agrado la sociedad de sus misioneros trabajando con mucho éxito en la extensión del reino de Dios en las almas. A todas partes llegaba el resplandor de sus virtudes y luces. Era, por méritos, una de sus glorias, así como también uno de sus consuelos. ¡Tanto bien hacia! El sueño de su vida era verla cada vez más brillante. ¡Pero! En esto sus esperanzas tendrían que desvanecerse y su virtud iba a ser probada con acontecimientos inesperados.

Como algunos de sus colaboradores estaban ya muy preparados para la predicación y poseían las cualidades necesarias para gobernar parroquias importantes, Mons. de Bonald les confió algunas de categoría sin pensar que, por otro lado, destruía la sociedad.

El P. Coindre se sintió muy contrariado por esta determinación tan opuesta a sus proyectos. ¿No paralizaba, en efecto, el porvenir de su obra? ¿No obstaculizaba los esfuerzos de su celo siempre activo y siempre creciente? Así, creyó un deber renunciar al título de superior de los misioneros de la diócesis, Deseaba evitar todo conflicto con la autoridad eclesiástica y con un partido potente que se había formado contra él. Por lo demás, siempre dócil a los dictados de la fe y de la caridad, móviles de toda su vida, decidió fijar su residencia en la diócesis de Blois donde Mons. de Sauzin lo reclamaba con insistencia.

Sin duda alguna, esta determinación le causó gran pena pues debía alejarse de sus familias religiosas. ¡Qué dolor, qué sacrificio para su corazón! Por otra parte mitigaba algo su dolor viendo que sus hijos estaban animados por su mismo espíritu, decididos a caminar por las sendas que él les había trazado. Por esto, no dudó, Además, se propuso escribirles a menudo y visitarles durante el año en épocas fijas para reanimarlos en el amor a la virtud y ocuparse de cuanto pudiera afectar su porvenir. Añadamos también que tenía la esperanza de establecerlos así mismo en la diócesis de Blois, para verles extender, con los elementos de la ciencia, los principios religiosos que daban a los numerosos niños que frecuentaban sus escuelas.

En cuanto Mons. de Sauzin tuvo conocimiento de su determinación, se apresuró a nombrarle superior de su seminario mayor, vicario general y canónigo honorario. Estos nombramientos se hicieron el 17 de noviembre de 1825. Antes de salir para Blois, el P. Coindre se retiró a Lyon para tornar el reposo que las fatigas de su incesante trabajo hacían necesario.

17 MISIÓN DEL PUV ULTIMO VIAJE A MONISTROL Y A LVON ESTADO DE SUS FUNDACIONES

Durante su estancia en Lyon apenas si le fue dado saborear los encantos de un legítimo descanso ya que uno de sus compañeros no tardó en llamar a las puertas de su generosidad en demanda de ayuda. Su celo siempre dispuesto a la acción en servicio de la verdad y del bien de las almas, le arrancó de la vida tranquila en la que llevaba sólo unos días para hacerle correr tras nuevas fatigas y conquistas.

Se daba una importante misión en Le Puy Comenzada en diciembre de 1825, no se terminó hasta el diez del mes siguiente. Fue predicada simultáneamente en las cuatro parroquias de la ciudad por los Padres Jesuitas, secundados por dos misioneros de la diócesis (de la sociedad fundada por el P. Coindre), Los predicadores se distribuían así: en Notre-Dame, los PP. Guyon, Petit y Thomas; en Saint-Laurent, los PP. Eynac y Benoit; en la iglesia del colegio, los PP. Gloriot y Caillat; y en los Carmelitas, los PP. Mercier y un Jesuita. Tras haber dado la primera instrucción éste último no pudo volver al púlpito. El P. Mercier se encontró solo para anunciar la Palabra de Dios. Ocho días después, todavía no se había encontrado sustituto al enfermo. El P. Mercier ya no podía con el exceso de trabajo. Habló con Mons. de Bonald y escribió al P. Coindre para que viniese a ayudarle. El ardoroso misionero, que durante tres años había sido su superior y compañero de armas, se apresuró a responder afirmativamente y dos días después se encontraba en Le Puy donde su caridad brillaría nuevamente con nuevos fulgores y multiplicaría los frutos de salvación en las almas. Al principio de la misión, cuanto había de más granado y selecto en la ciudad iba a la catedral para escuchar al célebre P. Guyon, antiguo colaborador de Mons. de Sauzin en los Cartujos, más tarde Misionero de Francia, y entonces, Jesuita. Era uno de los predicadores más famosos de su tiempo. La fama del P. Coindre estaba ya consolidada en Le Puy desde hacia mucho tiempo. Apenas se tuvo conocimiento de su actuación en los Carmelitas que, alrededor de su púlpito, se volvió lo más selecto en la ciudad para oír su palabra sencilla, elocuente y persuasiva.

Maravillados y profundamente emocionados por el lenguaje que tenía la virtud de agradar siempre, originando en los corazones nobles sentimientos, saludables impresiones, las gentes cultas, según el testimonio del P. Mercier, afirmaban aludiendo a nuestro famoso misionero: "No solamente nos ofrece flores, sino también copiosos frutos". ¡Hermoso elogio dirigido a nuestro intrépido predicador! Pero él, al igual que los buenos obreros del Evangelio, no tenía más que un solo deseo: que la luz celestial brillara en los espíritus; describir con los más vivos colores las bellezas de la religión, los encantos de la virtud y, sobre todo, producir en las almas frutos de conversión.

Añadiremos que el P. Coindre reunió un día a los fieles en el cementerio de los Carmelitas. La contemplación de esas tumbas y de esas cruces que proyectaban sus sombras sobre los restos mortales de tantas generaciones, le inspiró acentos de suma elocuencia. He aquí algunas de sus palabras: "¿Donde están los que antaño han cultivado estos campos, los que han levantado estas murallas, construido estas casas? ¡Ahí están! bajo vuestros pies. Descansan en el polvo de las tumbas. Pero, sus almas, ¿donde están? En la eternidad, donde sus obras les han seguido. ¡En la eternidad! Las de los justos, para nadar en el océano inmenso de la felicidad sin fin; las de los pecadores, para ser sumergidas en horribles tormentos e indecibles suplicios. En la eternidad, donde pronto la muerte va a precipitarnos sin compasión. "En presencia de tales escenas, ¿podríamos permanecer insensibles? ¿Cuál es la suerte que nos espera? El cielo o el infierno, tal será nuestro destino.

¿Lo hemos pensado? ¿Lo pensamos seriamente, hermanos?"

Después de tales reflexiones, ¿podían los oyentes del P. Coindre poner todos sus afanes en conseguir las riquezas perecederas u honores pasajeros como la sombra? Otros, más insensatos, ¿podían buscar, todavía, con ardor las delicias envenenadas de las pasiones y emborracharse con las seducciones del mundo?

El último día de la misión fue subrayado por una escena de las más conmovedoras. Como explosión de gratitud en favor de quien les había anunciado la Palabra divina, tuvo lugar una hermosa manifestación por parte de los hombres al finalizar el sermón de clausura. Al responder a esos agradecimientos, el P. Coindre se emocionó hasta las lágrimas, haciéndolas derramar a todo el auditorio. Tuvo que abandonar el púlpito sin acabar su calurosa improvisación, Escena semejante se había producido en Bas-en-Basset; pocos meses antes.

Después de esta última misión, dada en la diócesis del Puy, fue a Monistrol donde pasó varios días, De ahí, volvió a Lyon para solucionar sus asuntos, poner sus negocios en orden y dar el adiós a sus familias religiosas. Para éstas, su marcha constituyó un motivo de suma pena, lágrimas y desconsuelo. El santo Fundador calmó sus temores, les exhortó a tener confianza, recordándoles la promesa que les había hecho y la protección del cielo que no les había faltado hasta entonces.

Confió a su hermano, Francisco Vicente, capellán del Pieux-Secours, el gobierno de la congregación de los hermanos y salió finalmente para Blois. Era a principios de febrero de 1826; iba acompañado del P. Couvert, sacerdote ecónomo del seminario menor de Monistrol. Durante toda la enfermedad del P. Coindre en Blois, el P. Couvert le prodigó sus mejores cuidados con filial abnegación. Después de la muerte del Padre Fundador, volvió a Monistrol donde siguió cumpliendo su antigua función. Desde 1823 a 1826, el P. Coindre se había consagrado a las misiones en la diócesis del Puy Siempre lo hizo con celo y especial competencia apostólica, con facilidad de palabra conseguida tras varios años de laborioso ministerio y que era, para él, moneda corriente. De ahí, su éxito continuado, su influencia poderosa en las almas y los portentosos frutos habidos en todas sus actuaciones.

Se marchó, dejando huellas profundas y duraderas de su labor; con instituciones importantes, en sólida prosperidad, por él fundadas y dirigidas y dotadas de obreros especialistas en el campo eclesial, activos en la pastoral, pacientes en soportar el peso del trabajo del día, inmersos en arduas tareas. Ya, en vida, pudo vislumbrar en lontananza hermosas esperanzas y, al morir, esas obras, nacidas de la inmensa caridad de su corazón sacerdotal, extenderán su influencia benéfica a lo lejos y en ellas posarán a millares de almas evangelizadoras.

Los Padres del Sagrado Corazón, animados siempre con el espíritu de su santo Fundador, trabajaron en evangelizar la diócesis del Puy hasta el año 1829 en que, para reemplazarlos, Mons. de Bonald llamó a Vals a los Padres Jesuitas.

El colegio de Monistrol, dirigido por hombres inteligentes y de profunda fe, será uno de los más famosos en la santificación de las almas y santuario de ciencia y de virtud.

Este centro, que había sido reconocido como seminario menor diocesano mediante orden real del 3 de agosto de 1825, continuó prosperando bajo la sabia y paternal dirección de los PP. Román y Pedro Montagnac. El mayor, que ya tenía el título de rector, pasó a ser el superior y desempeñó el cargo hasta el día en que fue nombrado párroco de Yssingaux en 1834; murió en el año 1839. Su

hermano Pedro, profesor de retórica y director del seminario en ausencia del titular, casi siempre entregado a las misiones, fue nombrado superior del seminario menor. Ejerció esas funciones, al mismo tiempo que las de vicario general, desde 1839 hasta su muerte acaecida en 1865.

El seminario menor de Monistrol fue siempre vivero de abundantes vocaciones sacerdotales. ¡Cuántos sacerdotes se han formado allí, dignos ministros de la Palabra y la acción! Entre ellos se cuenta gran número de misioneros de los que cuatro son obispos: Monseñores Durieu, Pontvianne, Vey y Chausse,

En cuanto a la obra más modesta, la de las escuelas, ha crecido y prosperado. Como ya hemos visto, la congregación de las Religiosas de Jesús-María tuvo feliz y rápido crecimiento. En breve periodo se han extendido por varios países del mundo.

Por lo que hace a la de los Hermanos del Sagrado Corazón, primero muy floreciente, se vio abocada, a la muerte de su Fundador, a una crítica situación. Pero, tras vicisitudes y pruebas de todo género, entró en una fase de prosperidad lo que prueba la necesidad de elevar la gratitud hacia Aquel que en lo alto del cielo, le prodiga tan generosa asistencia y abundantes bendiciones. Gracias a los divinos auxilios, se desarrolló no sólo en Francia sino más allá de los mares, incluso.

Desde 1846 los Hermanos del Sagrado Corazón están en el Nuevo Mundo. Su entrega, su espíritu de fe y piedad, así como también su ciencia, les anima y les hace justamente apreciados en las ciudades donde ejercen su apostolado. Tienen varios establecimientos en Estados Unidos y en Canadá, donde, desde hace años, tienen un próspero noviciado.

La sede de su casa madre está en Paradis, cerca del Puy (Haute-Loire). Allí está también el principal noviciado. Numerosos jóvenes son formados allí en las prácticas de la vida religiosa y adquieren, al mismo tiempo, los diversos conocimientos que les preparan para cumplir su misión,

En resumen, tal es el estado de las obras fundadas por el P. Coindre. Como monumentos que perpetúan su piedad dirigida a la gloria de Dios y salvación de las almas, estas obras continúan entre nosotros su memoria y bondades: ellas mostrarán a futuras generaciones su talento, su celo y las virtudes de las que tan buenos ejemplos dio.

18 SEMINARIO MAYOR DE BLOIS ESTACIÓN CUARESMA RECHAZO DE FUSIÓN DE INSTITUTOS ENFERMEDAD DEL PADRE COINDRE SU MUERTE

En cuanto llegó a Blois el P. Coindre empezó a trabajar; lo hizo con la fe ardiente y la generosidad sin límites que ponía en todas sus empresas. Como superior del seminario mayor, del que eran directores los PP. Lyonnet, Clare y Dormant, sustituyó al P. Donnet quien, como ya hemos dicho, estaba a la cabeza de los Misioneros de San Martín, Pronto se hizo experto en todos los asuntos de su nuevo cargo. Armado de constancia y energía, venció todos los obstáculos e imprimió al seminario un impulso feliz y equilibrado, gobernando con mezcla de firmeza y dulzura. Pero ¿quién podrá decir los innumerables trabajos a los que se debió entregar para llegar a su objetivo? ¿Quién puede enumerar las preocupaciones de toda índole que no le dejaban, por así decir, ni tiempo para dormir? Sobre esto, así escribía a los hermanos de Lyon: "Debo examinar a los seminaristas en asignaturas que no he visto desde hace quince años; tengo pues que repasarlas. La economía, cantidad de correspondencia, discursos y conferencias e instrucciones semanales, y otros trabajos diarios, todo esto me abrumba y no me deja ni un momento de descanso".

Sin embargo, pese a tan ímprobo trabajo, el P. Coindre no perdía de vista sus congregaciones a las que, más que nunca, deseaba dar vida y extenderlas. Tenía prisa por verlas fundamentadas sobre sólidos pilares, que como sólidos edificios, no puedan ser derribadas ni destruidas por las tormentas. Era el tema de sus conversaciones y la gracia que pedía a la Virgen como medianera ante Jesús, en todas sus oraciones. Escribía al Hno. Borgia: "Si deseo que Dios me conserve la vida algún tiempo más, es para perfeccionar todas mis obras y, entre ellas, la que usted dirige. Ruegue al Señor que me dé su espíritu",

Gracias a la actividad, a la energía y a la perseverancia que desplegaba en la ejecución de sus proyectos, "para perfeccionar todas sus obras", a fines de febrero de 1826, es decir, pocos días después de tornar posesión del seminario mayor, envió al P. Montagnac la Regla destinada a los padres misioneros de Monistrol así como los Estatutos para la congregación de las Religiosas de Jesús-María, Añadamos que pensaba redactar sin tardanza las Reglas para los Hermanos del Sagrado Corazón, Todavía unos meses más de vida y ese padre hubiera dejado a sus hijos la preciosa herencia que les había preparado en su excelente corazón como en su espíritu clarividente. Dios no lo permitió en sus juicios impenetrables.

Alguno se preguntará: ¿cómo pudo hacer frente a tantos asuntos a la vez y soportar el peso de semejante labor? El mismo nos da la respuesta: "Con santidad y firme trabajo, con coraje y perseverancia, todas las cosas se llevan a buen término" (carta, el 10 de enero de 1822). Una de sus máximas favoritas era ésta: "El descanso no es para este mundo sino el trabajo y la lucha... Unámonos a Dios, no para gozar las dulzuras de la paz sino para sentirnos seguros en el calor del combate. Las alegrías del triunfo y del descanso son para la otra vida" (carta, el 26 de marzo de 1826).

Ese era su secreto y ése quería fuera el de sus hermanos: llevar todo a buen término y multiplicar el tiempo y la actividad sacrificando radicalmente las comodidades de la vida en espera del descanso eterno. El tiempo de esta vida es muy precioso como para gastarlo en bagatelas. Quien entrega su tiempo, sus fuerzas, su corazón, realiza grandes acciones en este mundo.

Gracias a tan poderosos medios de actuar, gracias, sobre todo, a los numerosos informes que le pasaba el Hno. Borgia, le fue posible el gobierno del

Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón, Es interesante leer y releer, las múltiples cartas que escribió desde Blois al director general y a varios hermanos y la extensión de las mismas, para darse cuenta de su profunda sabiduría, su gran prudencia y su inquebrantable confianza en el Señor Jesús. Todas las cartas rezuman su paternal solicitud y vigilancia por todos los intereses de su querida congregación, Todo estaba previsto y reglamentado con esa medida y orden que son el distintivo de las obras de Dios. En todas sus cartas se encuentran, casi de cada página, pruebas conmovedoras e inequívocas del afecto tierno y sincero, de la abnegación sin límites de un padre que anhela ver a sus hijos unidos por los vínculos de la caridad; ricos en fe y esperanza; deseosos de perseverar en su santo estado y saborear las alegrías de la vida religiosa.

En dos cartas, admirables de sencillez y disponibilidad, llenas de delicados pormenores, anuncia a sus hermanos su próximo viaje a Lyon. Les anunció que con motivo de las vacaciones escolares - las de 1826 - tendría el gozo de encontrarse entre ellos; sin duda alguna, para predicarles el retiro y entregar les las Reglas que les había prometido. Desgraciadamente, se vedan privados de ese honor y de ese consuelo. ¡Ignoraba el buen Padre que tenía contados ya los días de su vida!

El P. Coindre tampoco en Blois media sus fuerzas; se entregaba a la ímproba labor de la predicación a pesar de los múltiples deberes inherentes a su nuevo cargo. Accediendo a los deseos de Mons. de Sauzin, predicó en San Nicolás (segunda parroquia de la ciudad) la estación cuaresmal. También aquí, el Señor bendijo su apostolado. Sus sermones, como en tantas otras partes, conocieron éxitos resonantes. Así se expresaba, al respecto, el P. Venot cuando era vicario general de la diócesis: "El P. Coindre tan sólo había pasado esporádicamente por las diócesis de Tours, Orléans y Blois y ya gozaba, en todas ellas, fama de hombre de talento, de gran orador y de insigne misionero. En 1826, predicó la cuaresma en San Nicolás, mi parroquia natal, y lo hizo con muchísimo fruto, y a plena satisfacción del clero y feligreses de esa parroquia y de otras. Yo, apenas si tenía nueve años y, sin embargo, recuerdo haberle oído anunciar la Palabra sagrada con tal ímpetu y ardor que me impresionó profundamente".

Por entonces, algunos eclesiásticos de la administración diocesana de Lyon concibieron el proyecto de unir los Hermanos del Sagrado Corazón y los Maristas. No nos incumbe a nosotros enjuiciar los motivos que les llevaron a proyectar tal empresa. En este tema, tan a menudo discutido, la fusión de todas o varias congregaciones de enseñanza en una o en pocas, hay, como en todos los asuntos de este mundo, los pros y los contras. El P. Cattet, entonces vicario, a cuyo cargo estaban todas las comunidades religiosas de la diócesis, era quien llevaba la palma en este particular designio. Hasta lo comunicó al Hno, Borgia, director general, quien pasó comunicación al buen P. Coindre a Blois, El Padre Fundador le responde al Hno. Borgia, en carta extensa y en tono enérgico, donde le afirma que ese proyecto de fusión no tenía ninguna razón de ser. He aquí algunos pasajes de la carta escrita el 3 de mayo de 1826:

El temperamento inquieto del P. Cattet debe darnos la pauta de la conducta a seguir. Hay hombres que todo lo quieren destruir, cambiarlo todo, a su gusto y paladar. Desconfiemos de tales procedimientos y pareceres. Realizarlo es desconocer la naturaleza humana y las obras de Dios; es como si se quisiera reunir varias familias o varios estados para no hacer nada más que uno. Por otra parte, si ese señor se dice estar contento de nuestros hermanos, ¿qué más quiere?

Esta respuesta produjo saludables efectos en el espíritu de los hermanos. Se alegraron viendo a su Fundador defender su obra, siempre inquebrantable en el propósito de conservar para su Instituto garantías de continuidad y el carácter de

legítima independencia.

Todo iba a pedir de boca. La confianza recíproca del padre hacia sus hijos y de estos para con aquél acababa de fortalecerse; los negros nubarrones se habían disipado; el porvenir se abría risueño, cuando, de golpe, llegó de Blois una noticia que estalló como una bomba en el claro cielo: El P. Coindre estaba enfermo. ¡El P. Coindre estaba en un alarmante estado!

Tal noticia estaba más que justificada. El infatigable apóstol, en efecto, se había detenido en la cumbre de sus conquistas espirituales, en la flor de su edad, en la plenitud de su vida. Dios se complace en mostrar así que no precisa de nadie, que puede pasarse sin el concurso de sus mejores servidores. El P. Coindre debió guardar cama como consecuencia del exceso de trabajo y preocupaciones. No se levantaría más.

Desde los primeros días, la enfermedad tomó carácter alarmante. Los médicos diagnosticaron que se trataba de una maligna fiebre cerebral. El delirio que le ocasionó esta fiebre hizo destacar la inmensa pérdida que los dos institutos por él fundados, el clero de Francia y toda la Iglesia, iban a sufrir con su persona. Su boca no profería más que palabras que indicaban la pasión de su vida: la gloria de Dios y la salvación de las almas. Los pensamientos de fe, los ardores de celo que siempre había alimentado, martirizaban su corazón de apóstol y se mantenían vivos y poderosos en su alma; con frecuencia se le oía exclamar con acento de amarga tristeza: "¡Sí, Dios es muy ofendido! ¡Necesita una víctima!" O bien, en otros momentos musitaba la letrilla de un canto que le era muy conocido y que en tantas ocasiones había hecho cantar:

*Desafiemos los infiernos,
Rompamos nuestras cadenas,
Salgamos de la esclavitud.
Rey Divino, hasta mi muerte,
Mi corazón te será fiel.*

¡Sublime abnegación! ¡Generoso sentimiento! ¡Tantas veces durante sus predicaciones se había ofrecido como víctima reparadora por los pecados de la humanidad! Ahora, Dios aceptaba su ofrenda en reparación de los crímenes de los hombres; él que deseaba ver rotos los lazos mortales con tal de llegar antes al gran día de la bienaventuranza.

Las oraciones de los dos institutos subían hacia Dios fervientes y ansiosas por el querido Fundador. ¡Nadie podía concebir que carrera tan fecunda y brillante, todavía sin llegar a su plena floración, pudiera acabar tan pronto y brusca-mente! ¡Qué dolor, además, ver al Padre Fundador morir lejos de sus hijos, sin recibir su postrer adiós. La confianza se obstinaba en los ánimos; se pensó que las noticias llegadas de Blois podrían ser exageradas. ¡Vana esperanza! El obrero evangélico había cumplido, en *una edad que justo alcanza la media humana, obras más* que suficientes para llenar una larga vida. Para él que había soportado el peso del calor del día, había sonado la hora del descanso. El apóstol generoso, el evangelizador incansable, había ganado su recompensa: era digno de ser recibido en el seno del Padre celestial y gozar de la gloria de los elegidos.

Murió en Blois el martes 30 de mayo de 1826, a sólo 39 años y tres meses de edad. ¿Podremos expresar el desconsuelo que la muerte del Coindre causó en sus comunidades? ¿No fue para ellas una dura prueba y, según todas las apariencias, una pérdida irreparable? Sus casas ofrecieron todas el aspecto de familias en duelo. Pero, en su dolor, ni las Religiosas de Jesús-María, ni los Hermanos del Sagrado Corazón perdieron el ánimo. Pusieron toda su confianza en Aquel que es el apoyo y la esperanza de la viuda y del huérfano. En

la fe y en el recuerdo del bondadoso padre, sacaron fuerza y consuelo. ¿No les había dejado al marchar, la preciosa herencia de sus enseñanzas y ejemplos?

Con ocasión de la muerte del P. Coindre los Hermanos del Sagrado Corazón recibieron la siguiente circular:

¡Bendigamos los inescrutables designios de Dios! ¿Quién de nosotros, débil mortal, osaría sondear sus designios? Nuestro digno Padre Superior nos ha sido arrebatado el 30 de mayo. ¡Ah! ¿Quién podrá deplorar bastante esta pérdida? Nuestro padre ya no existe y sus hijos espirituales lo pierden cuando menos lo esperaban y cuando más lo querían y necesitaban. Contábamos pero en vano: el Cielo ha decidido otra cosa. Había llenado su vida, había terminado su carrera, y la tierra era indigna de poseer tal tesoro.

Si algo hay que pueda mitigar nuestro dolor, es la esperanza que tenemos de reunimos con él en la patria celestial. Allí, reunidos un día, a nuestra cabeza, le veremos triunfar cantando las alabanzas de Aquel que fue el único objeto de sus deseos, trabajos y sacrificios. Víctima heroica del divino amor - ya que fue el exceso de trabajo realizado en defensa de nuestra religión quien nos lo ha robado - brillará eternamente con ese mismo amor. Nos ha trazado el camino; esforcémonos en seguirlo; intentemos practicar cumplidamente nuestras santas observancias; no reneguemos jamás de su espíritu de fe y de su celo, y el Señor se dignará bendecir nuestros débiles esfuerzos y recompensar nuestras buenas obras con el céntuplo prometido.

Así es como piensan y obran los hombres de fe. Adoran y bendicen con amor la mano de Dios que les envía pruebas, desconsuelos, angustias. Saben que la Divina Providencia dispone los acontecimientos de manera que todo conduzca a su fin. Es preciso aceptar sus designios siempre sabios, y sacar útiles enseñanzas. ¿Por qué, por ejemplo, hombres de élite, santos fundadores, son arrebatados prematuramente? Un religioso sabio responde en estos términos:

Los fundadores son elegidos por Dios para una gran obra; pero, a menudo, desaparecen antes de tiempo, en la base, en los cimientos de la obra a construir para soportar su peso y darles más solidez. Ser inmolado el primero no es llevar la peor parte: es ser piedra angular del cimiento desde que Nuestro Señor ha sido inmolado para fundar su Iglesia. Fue preciso para colocar la obra sobre sólidos cimientos que los Apóstoles fuesen inmolados, y en los cimientos que sostienen la iglesia vaticana se venera la cabeza de los dos apóstoles Pedro y Pablo. Se muere y se deja lugar a otros; es necesario que muera el grano de trigo y se pudra, para fertilizar el surco.

19 RETRATO DEL PADRE COINDRE

Sus primeros hijos espirituales lloraron la pérdida de su padre, fallecido lejos de ellos; llenos de confianza en Dios, se resignaron acatando humildemente la voluntad divina que les privaba del consejero, apoyo y guía. Recojámonos, también, nosotros y tratemos de esbozar los caracteres más salientes de su recia personalidad y presentar a este santo misionero, antes que desaparezca de nuestra vista, como "uno de los hombres más idóneos para atraer las miradas de la posteridad" (Cardenal Donnet),

El cielo lo había adornado y favorecido admirablemente, en todos los aspectos, para llevar a cabo con acierto y éxito el augusto ministerio al que fue elevado. Como ya lo hemos dicho en anteriores páginas, además de los dones de la gracia, poseía todas las cualidades que distinguen a los hombres privilegiados y todos los talentos que acompañan a los mejores oradores sagrados. ¿Cómo no admirar su fisonomía varonil y graciosa, su elevada talla, su porte majestuoso coronado con un porte exterior lleno de nobleza y de grandeza? ¿Para qué volver a insistir aquí sobre la amplitud de su voz potente, vibrante y sonora que semejaba, a veces, ecos de trueno?

Todo en el P. Coindre hablaba, como lo afirma un testigo ocular, con fuerza: irresistible: no sólo la dignidad y la fuerza de su timbre de voz, sino, sobre todo, la viva expresión de sus rasgos, sus movimientos fáciles, su frente serena, su mirada viva y penetrante. Todo tenía un no se qué de imponente y simpático que cautivaba la atención de los fieles y revelaba un gran corazón hecho de delicadeza y de celo por las almas.

Sus oyentes tenían los ojos fijos en él; sus mismos compañeros se contagiaban y lo manifestaban desde el púlpito. Que hablara dentro de un gran edificio o al aire libre, nadie se cansaba escuchándole; no se oía otro ruido que el de su voz, por otra parte tan intensa, que llegaba nítidamente hasta el auditor más alejado.

Dotado de espíritu vivo, juicio sólido y cabal, añadía a esto los formidables recursos de la más pura dialéctica y del razonamiento más ajustado al don de agradar, emocionar, persuadir y convencer. Dotado de imaginación rica y fecunda y acompañada de memoria feliz, poseía una manera peculiar, muy suya, de exponer las verdades de la fe en forma amena y luminosa. Su reputación de ferviente piedad realzaba todas estas ventajas naturales y las hacía irresistibles. Ricos y pobres, ignorantes e ilustrados, todos gozaban oyéndole y todos aceptaban con gusto y con fruto las enseñanzas de este hombre apostólico.

Por encima de todo lo dicho, recordemos aquí el testimonio que de él dio el Cardenal Donnet, con quien, mucho antes, había ejercitado el santo ministerio de la Palabra:

Después de Bridaine, jamás había resonado en los templos palabra más vibrante que la suya. Todo cuanto impacta y arrastra al auditorio se hallaba en sus discursos que podían parangonarse con los de los más célebres predicadores: solidez de pensamiento, brillantez en la forma, perfección oratoria, emoción comunicativa. Pero, ¿quién podría imaginarse la sonoridad de su voz, la autoridad y distinción del gesto, la pasión oratoria y la vibración del alma que centuplicaban la fuerza del orador?.. Su celo y su piedad eran dos fuentes inagotables de donde manaba la elocuencia que brotaba a chorros para la conversión de las almas. A una distancia de sesenta años, todavía oigo su voz de trueno que derrumbaba al pecador y lo conducía al pie del tribunal de la Penitencia.

¿Qué decir de las cualidades de su corazón? ¡Con qué ricos tesoros le había adornado y enriquecido profusamente la mano del Señor! ¡Qué elevación de miras y qué nobleza de sentimientos! ¡Qué saludable influencia ejerció a su alrededor

tanto con sus virtudes como por los acentos amorosos salidos de su alma! No nos sorprendamos, pues el Cielo le dio un corazón grande y bueno, fuente inagotable de riqueza y fuerza de la que Mons. Dupanloup hacía tan brillante elogio:

"Es por el corazón, por ese poder soberano por lo que el hombre se hace noble, delicado, sublime; por el corazón, después de haberlo dado todo, se da uno mismo; por el corazón se hacen actos heroicos, se inmola. El poder del corazón iguala la riqueza y la fecundidad. ¿Quién puede resistir una llamada del corazón? Los acentos que en él nacen atraviesan los siglos; de él nacen esas bellas y puras lágrimas de que habla el poeta y que san Agustín llama 'la sangre del corazón'. Es la fuente de la gran elocuencia, de los grandes pensamientos y de las grandes virtudes..." (Prólogo a la "Vida de Jesús").

Así fue el corazón del P. Coindre: una fuente viva, pura, fecunda en buenos pensamientos, en sentimientos tiernos y fuertes, de ánimo generoso y de intrépidas entregas.

De ahí nadan tanto la fuerza como la energía de su carácter; pues, siguiendo a Mons. Dupanloup: "La noble resistencia nace en el corazón; sin corazón no hay carácter; sin un corazón fuerte, el carácter es débil. El carácter es la firmeza, la nobleza y la grandeza del corazón"

La firmeza de la que estaba dotado el P. Coindre fue una inmensa fuente, un precioso punto de apoyo en las diversas circunstancias de su vida apostólica. Con su gran confianza en Dios, ella le sostuvo en las dificultades, le hizo superar los acontecimientos por dificultosos que fueran. Ni contradicciones, ni pruebas, ni solicitudes mil de su ministerio y del gobierno de sus nacientes congregaciones, eran capaces de alterar su serenidad ni la paz de su corazón. "A todos daba ejemplo de igualdad de carácter", nos recuerda el Cardenal Donnet hablando de él.

Si hubiera vivido, es de creer que le estaban reservadas las más altas dignidades de la Iglesia. Pese a su modestia, no es probable hubiera podido sustraerse por más tiempo al nada querido honor del episcopado, lo mismo que no lo evitaron sus compañeros de apostolado cuyos nombres se encuentran con frecuencia con el suyo para el mismo asunto, y de los que era reconocido el primero. Si, todo indica que hubiera alcanzado hasta la púrpura romana, y sin duda hubiera sido una de las mayores glorias de la Iglesia. Pero, ¿qué son las dignidades humanas?, ¿qué eran a sus ojos? No soñó en ellas ni por un momento, cuando llegó para él el instante supremo que tantas veces había anunciado a otros y del que todo nos escapa.

Había servido a Dios y Dios sólo era toda su vida: el honor de este servicio iguala el de los tronos. "Servire Deo regnare est". - "Servir a Dios es reinar". Por Él había sacrificado su descanso, su salud y su vida. ¿Podía costarle añadir a esos sacrificios el de hipotéticas y fugitivas ambiciones?

Ha muerto víctima de su celo, muerto antes de hora, pero muerto por Dios. ¿Qué importa que los honores no le hayan llegado antes si ya Dios era su recompensa?

20 SUS VIRTUDES EN GENERAL SU BONDAD Y AFECTO A SUS HERMANOS

Hasta aquí sólo hemos visto al P. Coindre como hombre de acción inmerso en las más variadas actividades que marcaron sus días de existencia; pero no le conoceríamos bien si nos quedáramos en esto. Lo que da a conocer su vida, aquello que deja patente el fondo de su alma, lo que pone de manifiesto en toda su integridad el brillo de su virtud, es la totalidad de su vida, tanto privada como pública; es su modo de obrar en toda circunstancia, cuando está solo y cuando está lejos de las miradas de los demás, lo mismo cuando le observan los ojos de la multitud; éste es, en una palabra, el retrato fiel de su alma.

Nos queda, pues, estudiar las virtudes del P. Coindre; al menos conocer aquellas que tuvieron en él especial relevancia. Admirando su existencia, tan llena, el Cardenal Donnet nos deja el 1 ° de abril de 1880 estas palabras: "Si, vuestro Fundador fue un hombre según la voluntad de Dios, un sacerdote adornado de todas las virtudes. Extendió por los pueblos tesoros de ciencia, luz y abnegación que llenaban su alma.

Ha hecho un inmenso bien tanto por sus predicaciones como por las obras que fundó, En él se encontraban todos los signos de santidad". Señalemos, antes de hablar de sus virtudes, algo de la bondad que tuvo para con todos; a la que 'debe gran parte del éxito en el ejercicio de su ministerio, en la que encontraremos ocasión para hablar del afecto y bondad que testimoniaba a sus hermanos. "Cuando Dios creó al hombre, dice Bossuet, le dio la impronta de su bondad divina". Y ¿qué es la bondad sino la fuerza afectuosa y expansiva del amor que sale del corazón? "La disposición natural a hacer el bien, dice un autor piadoso, esa ternura de un corazón amante, esa irradiación de un espíritu sensible que se llama bondad, no puede permanecer mucho tiempo sin darse a conocer y dominar con el más suave de los imperios, el del corazón: imperio irresistible y pacífico, que sólo puede encontrar voluntades felices de someterse a él".

Esta hermosa cualidad moral fue uno de los rasgos característicos de la recia personalidad del P. Coindre. Se podía decir de él: "Le ha tocado en suerte un alma hermosa" (Sb 8). Tenía bondad y contaba con encanto y poderío, De ahí, sus relaciones con la gente de mundo, como con sus hermanos, eran afables, con procedimientos llenos de gracia que ganaban los corazones; por eso nadie podía rehusarle testimonios de estima, confianza y cariño.

Adornado de estas mismas formas y de esta misma bondad aparecía ante sus hermanos. Siempre era bienvenido pues estaban seguros de encontrar en él la ternura y la benevolencia de un padre. En los intervalos que le dejaban libre sus misiones, en especial en periodos de vacaciones, gozaba teniendo con ellos frecuentes coloquios y ponía en práctica cuanto pudiera hacerles un bien. Instruirles, darles ánimo en el camino del cielo, poner a su disposición las riquezas de su corazón: era para él un deber; era también su mayor deseo.

¡Qué paternal solicitud tenía para sus intereses y los de sus almas! Guía luminoso y juicioso, corazón tierno y compasivo, echaba mano de cuanto podía facilitarles y hacerles agradables los ásperos caminos de la virtud. A menudo su ojo clarividente descubría, a simple vista, las causas de tristezas o abatimientos. A quien veía en alguna tribulación o abatimiento, lo tomaba aparte y con afecto y ternura le decía: "Querido amigo, veo que no estás contento; dime tus penas, qué te entristece. Seguro no es nada serio; dímelo con franqueza; habla, hijo". Una sola palabra bastábale para leer en el corazón que se le abría con entera confianza; y enseguida, con palabras llenas de bondad, le devolvía la paz,

el entusiasmo y la tranquilidad, dándole, al mismo tiempo, orientaciones y consuelos. Así disipó falsos temores, curó almas atribuladas y les proporcionó alegría y esperanza.

Por lo demás, incluso en sus correrías apostólicas, estaban siempre en su espíritu: eran el objeto de su amor y más viva solicitud. De esto dan fe estas conmovedoras palabras que les dirigía el 3 de noviembre de 1821: "Día y noche pienso en vosotros... Contad conmigo como en un solícito amigo y como en un padre ansioso de vuestra santificación y vuestra felicidad". Y, como san Pablo escribía a los Romanos, él deja a sus hermanos: "Dios a quien sirvo con toda mi alma anunciando el Evangelio de su Hijo, me es testigo de que me acuerdo de vosotros continuamente y que no os olvido en ninguna de mis oraciones" (1, 9-10).

¡Cuántos testimonios de bondad les dio! Su, alma caritativa y bondadosa no media sacrificios ni escatimaba esfuerzos con tal de ayudarles. He aquí dos pruebas: Era en 1823. El P. Coindre daba una misión en Saint-Didie-la-Séauve. Había, en Monistrol, un hermano joven que disgustado de la vida religiosa había escrito a su madre anunciándole la nueva, así como el día que pensaba regresar al hogar paterno. Ante esta inesperada noticia, la madre habla con el señor cura párroco del lugar y éste, ni corto ni perezoso, manda comunicación escrita al P. Coindre, dándole cuenta del contenido de la carta. El santo misionero la recibe a las ocho de la noche en el momento en que se sentaba a la mesa tras un día agotador entre el púlpito y el confesionario. Sin pensar en el cansancio que lo domina, sale para Monistrol donde llega tres horas después. Llama a la puerta del colegio y quiere la Divina Providencia que sea el hermano en cuestión quien salga a abrirle.

¡Imposible describir la sorpresa de éste! ¡Cuántos sentimientos se agolpan en su corazón! ¡No se atreve a articular palabra alguna pues intuye o adivina el motivo de la visita del Padre Fundador!

El P. Coindre lo serena, lo abraza con especial cariño y le dice con acento de ternura: *Hijo mío, ¿qué ocurre? ¿Qué pretendes hacer? Padre, estoy desanimado y he escrito a mi madre diciéndole que deseaba abandonar la congregación.*

Impulsado por verdaderos motivos de comprensión, este excelente padre habla al hermano con tal bondad que éste último, confuso, avergonzado y arrepentido de su debilidad le promete perseverar en su vocación.

Tenemos este relato salido de los labios del hermano en cuestión. Otro ejemplo. Un día el P. Coindre llega inesperadamente al Pieux-Secours; es la hora del recreo. Al verlo entrar todos los hermanos se echan en sus brazos. Padre e hijos se sienten felices al volverse a encontrar; la alegría se refleja en los rostros. Sin embargo, el padre se percata que falta uno de sus hijos; como pareciera inquietarse le tranquilizan diciéndole que tal hermano está ocupado lavando la vajilla. Al instante va a la cocina y abraza a su hijo con señales de profundo cariño y le manifiesta la alegría que experimenta al verle cumplir el modesto empleo que le había asignado la obediencia.

Para ser bueno y afable con todos, al P. Coindre le bastaba dejarse llevar por la inclinación de su corazón y de su alma, naturalmente predispuestos a la benevolencia. Todas sus palabras reflejaban la delicadeza de su corazón.

21 SU ESPÍRITU DE FE

El justo vive de la fe, dice san Pablo. Sol de las almas, la fe las envuelve en su pura y dulce luz, como vestido de gloria; columna misteriosa, guía sus pasos por el desierto de la vida, llevándolas más allá de este mundo, a descubrir sublimes horizontes, y las introduce en otro mundo donde aparecerán ante sus ojos encantadoras maravillas. A esa región de calma y serenidad donde se forman los santos, se iluminan las almas por el resplandor de la luz eterna, el corazón se alimenta de la verdad y se enriquece de inefables tesoros de sabiduría y ciencia de lo alto. El corazón y el alma del P. Coindre recibieron con abundancia estas divinas influencias.

Poseía en grado eminente el don de la fe y todos los bienes que de ella se derivan. ¡Qué profundo conocimiento no tenía de las divinas enseñanzas! ¡Qué vivamente experimentaba la necesidad de anunciarlas a los pueblos que acudían a escucharle! ¡Cuántas carreras, sudores, sacrificios y estudios! ¡Qué prodigios de caridad para lograr el triunfo de la fe en las almas!

Para lograr que los fieles se comprometieran para conservar su fe e iluminar su vida con sus rayos bienhechores les hacía ver que sin esta luz celestial el hombre se pierde, se extravía en el camino de la eternidad. Exclamaba: *Si has perdido el precioso don de la fe, ¡ay! todo lo has perdido: pues en medio de las cosas que pasan, no sólo no te librarías, como aconseja el Apóstol, de las cosas permitidas, sino que tendrías la desgracia de entregarte a los placeres malignos, como si ellos fuesen eternos; te harías ambicioso y' avaro, como si fuese la única gloria, la única riqueza. Sin la fe estarías opuesto al plan de la Divina Providencia; pondrías tu fin en lo que no es sino un medio; preferirías un átomo a la inmensidad, la nada al infinito. ¡Ah! Un diluvio de males podría venir sobre tí antes que perder el don inestimable de la fe, único bien en esta tierra. Pero, no olvidemos que la religión tiene su parte oscura para que nuestra fe sea meritoria, como tiene su lado luminoso para hacerla más segura. Caminemos en su luz hasta el día en que se nos manifieste enteramente.*

Humilde, clara, su fe era ante todo práctica, fecunda en buenas obras. ¿No fue ella la que le hizo caminar hacia el cielo proporcionándole los medios de "creer en Dios y hacer creer en El" como dice san Pablo (Col)? ¿la que le hizo fuerte en los combates del Señor? ¿la que le animaba con el aliento divino, haciéndole tan persuasivo y tan patético en sus discursos? ¿la que, en fin, le inspiró tantas obras santas, le sostuvo en tantos trabajos, en las más rudas tareas y pruebas de la vida?

¿Es necesario añadir que la fe del santo misionero estaba llena de confianza y seguridad en medio de las agitaciones del mundo? ¿No permaneció inquebrantable pese a los asaltos del infierno y a los incesantes y numerosísimos ataques contra la Iglesia, ataques, por lo demás, de los que es objeto desde su nacimiento? ¡Cuánto le gustaba proclamarla invencible, triunfante siempre, gracias a la constante protección de su divino Fundador! ¡Qué orgullo y felicidad verla continuar su inmortal destino a través de los siglos! Es un gozo ver esta Iglesia que, decía en un sermón sobre la Ascensión:

... tras dieciocho siglos de escollos y tempestades, mientras tantas ciudades y naciones han desaparecido para siempre, mientras tantos imperios se han hundido, sigue adelante segura de realizar su misión hasta el fin del mundo.

Sí, tiranos, veo vuestras hogueras, vuestras espadas y vuestros anfiteatros por los que corría la sangre de los mártires; herejes, oigo vuestros clamores, capto vuestras intrigas, vuestras armas y vuestros planes, pero ¿dónde estáis? ¿dónde habéis ido? "Dixi... Ubinam sunt?" Se os ha olvidado, incluso vuestros nombres; nada sois, triunfa la Iglesia. Que el mundo entero, como mar bravío, se lance contra la Iglesia; que las olas de la impiedad y de

las pasiones se agiten y se levanten en contra: se romperán contra la piedra puesta por el mismo Cristo, se volverán espuma inútil. Prepararle combates a la Iglesia es darle victorias. El brazo que la guía y la protege, impíos, está en el cielo: mirad si podéis alcanzarlo.

Escuchemos otra vez los calurosos acentos de su fe. ¡Con qué energía y coraje lanza, como desafío, a los perseguidores encarnizados de la Iglesia estas palabras!

¡Ah! ¿Que los impíos tocan a combate? Fijemos los ojos en el monte santo de donde nos vienen nuestras fuerzas y esperemos con pie firme. Podrá correr nuestra sangre, será cimienta de la inmensa fortaleza de la Iglesia. Podrán desmenuzarnos, pero no separarán nunca nuestros corazones del amor de Jesucristo. Que levanten y hagan brillar sus espadas con despreciable orgullo, nosotros presentaremos nuestros pechos y nuestras cabezas, porque estos combates no nos asustarán.

Así es el lenguaje de la fe; tal fuerza y entusiasmo inspira. Como los héroes cristianos de los primeros siglos de la Iglesia, el P. Coindre encontró en la fe todo el ánimo y la energía sin esperar otra gloria, ni riqueza, ni palma que la de los Apóstoles y los mártires.

·22 SU ESPERANZA Y CONFIANZA EN DIOS

Apoyado en la fe como en base incommovible, el alma del justo se eleva a la altura de las promesas divinas; siente sus elevados fines: "No se consume en absoluto persiguiendo las sombras de la vida" (Jb). Sin duda está sometida a la vanidad; gime su esclavitud; muchos enemigos le declaran la guerra; pero al propio tiempo sabe dónde encontrar la ayuda y salvación. La gracia es su fuerza y sostén; se anima a la vista de las eternas recompensas que un día coronarán sus esfuerzos y combates. Y, en medio de las tristezas de la vida y de las amarguras y dolores del exilio, goza repitiendo con el real profeta: "Grito hacia Ti, Señor, y digo: eres mi única esperanza; eres mi herencia en la tierra de los vivos" (Sal 142,6) o, con el autor de la "Imitación": "Protege y conserva el alma de tu siervo en medio de los peligros de esta vida corruptible; que tu gracia la acompañe y la conduzca por el camino de la paz hacia la patria de la eterna luz" (Libro III, cap. 59).

Tales son los sentimientos y las aspiraciones de los santos. A su ejemplo, el P. Coindre sólo aspiraba a la posesión de Dios en el cielo. Tal era el fin de sus pensamientos y acciones todas. Al mismo tiempo que ponía en Dios toda recompensa, en Él ponía toda su confianza. En las dificultades de la vida, en medio de los acontecimientos de aquí, descansaba en el seno de la Divina Providencia con abandono filial. Era admirable su confianza. "Que nadie, escribía a sus hermanos, esté con inquietudes: la Divina Providencia siempre está al lado para asistirnos en toda necesidad. Desde hace cuatro años, al instante de llamarla, viene en mi ayuda cuando ya no tenía ninguna solución" (carta, mayo de 1826). Esta confianza en Dios plenamente impregnada de ternura por las almas, había experimentado al P. Coindre, sin que se preocupara por las dificultades que le ocasionaban el tiempo que le había tocado vivir o sus múltiples fundaciones, la imperiosa necesidad de constante trabajo y empleo de todas sus facultades y ardores de caridad que en él dejó su ordenación. Fue un trabajador de la Palabra de Dios. Si pudo ser, a la vez, por las obras que dejó tras sí, el hombre providencial, el instrumento de la divina misericordia, es porque contó siempre con la protección del cielo, protección que nunca le faltó. ¡Qué frutos tan maravillosos en el ejercicio del apostolado! ¡Qué serenidad ante el abandono de amigos, ante las desconfianzas que encontraba donde no debía tener sino agradecimientos! Sabía qué poder tiene el abandono en las manos de la Divina Providencia. Había experimentado sus fuertes influencias, y podía exclamar con el Apóstol: "Todo lo puedo en Aquel que me conforta". Podía también recomendar a los suyos, esperar todo de la protección divina, por difíciles y críticas que fuesen las situaciones. Les escribía "Animo y confianza: tal es mi divisa; tal debe ser la vuestra. Sin ánimo no hay virtud sólida, ni siquiera se puede esperar el triunfo en los asuntos temporales; estar sin confianza es estar desarmado en el combate; no se puede esperar la felicidad en la otra vida". Al Hno, Borgia, director general, que no se creía a la altura de su misión, y que a veces se desanimaba ante los obstáculos que encontraba en el ejercicio de su trabajo, le dirigía estas animadoras palabras:

Piensa que el número de miembros de la congregación aumenta, y que, con sólo tu perseverancia y entrega, tendrás ante Dios, el mérito de haber puesto la primera piedra del edificio y de haber sido uno de los mejores obreros. Tu ejemplo ha mantenido muchas almas en el camino de la virtud y las mantendrá por más tiempo aun, a no ser que tu desánimo las alcance ya que tú las has formado.

Busca hacer el bien y queda tranquilo: nadie te quitará el mérito ante Dios.

Continúa en tu trabajo con ánimo y constancia, siempre apoyado en la protección del Señor.

(Carta del 15 de mayo de 1823)

"La confianza, dice un autor, es tan eminentemente práctica, que no puede dejarnos en el estado platónico o de dulzura interna; es preciso que estalle en acción, Es esencial a la vida militar; necesita manifestarse en actos heroicos, pero siempre bajo la mirada y la protección del Todopoderoso. La santidad y el trabajo que busca la santificación de las almas exigen tales actos". Es lo que el P. Coindre recordaba a menudo a sus hermanos. Para inflamarlos con su ardor, darles su ánimo y su vida de entrega y sacrificio, les animaba a tener su pensamiento y su esperanza en el cielo, premio de sus trabajos y sus luchas para la gloria de Dios y la santificación de las almas. Escribía:

Sepan, y no olviden jamás, que sin privaciones y sacrificios no se puede servir al Señor ni ocuparse de la salvación del prójimo. ¿No hacen grandes sacrificios los soldados que combaten por sus príncipes? Sin embargo, sólo esperan como pago de sus penas una decoración que les arrebatara la muerte; mientras nuestros hermanos tienen la esperanza de "una corona eterna", según palabras del Apóstol.

Con tales enseñanzas se esforzaba el santo Fundador en inspirar a sus hermanos esa confianza inquebrantable que le animaba constantemente, "esa confianza que, como dijo un piadoso autor, es la dicha de la religión el rayo de sol bajo el que es más fácil perseverar, la luz donde todas las virtudes encuentran su libre combinación" (P. Faber); confianza necesaria para salvarse según la Sagrada Escritura: "Desgraciados los que no tienen corazón, los que no tienen su confianza en Dios, pues el Señor no les salvará" (Si 2).

23 SU CELO

Dios es admirable en sus santos. Sus almas son, ante todo, santuario de sus admirables maravillas. Adornadas con el ropaje de la gracia" son causa de admiración para los mismos ángeles. Ricos en dones y bienes celestiales que hacen rendir al ciento por uno en beneficio de sus hermanos y gloria del divino Maestro. Así se explican las magníficas obras que realizan y que son el más bello espectáculo ofrecido al mundo; igual que esas virtudes amables y sólidas que caracterizan a los héroes del Evangelio. Es lo que podemos admirar en la persona de nuestro celoso misionero. Como su patrono san Andrés, "caminó delante del Señor a preparar sus caminos para dar a los pueblos la salvación y el perdón de sus pecados" (Lc 1,76). Trabajó en predicaciones incesantes por extender el reino de Cristo; por todas partes exaltó las excelsas prerrogativas de la Virgen María. Hizo realidad, en fin, con su celo apostólico, las palabras del divino Salvador: "He venido a traer fuego a la tierra y ¿qué quiero sino que arda?" (Lc 12, 49).

Quien ejerciendo su santo ministerio quiere combatir eficazmente el vicio, regenerar las almas y llevarlas a Dios, precisa las luces de la ciencia y los talentos de la palabra; pero para obtener' buenos resultados, ¿basta con eso? De ninguna manera. "Los espíritus más instruidos son, con frecuencia, soles de invierno que pueden deslumbrar pero que no llegan a calentar" (Mons. Dupanloup) o fuegos artificiales que estallan en focos de luz pero que tras ellos todo queda en oscuridad. "¡Muchísimos son los elocuentes discursos que han salido de los púlpitos! ¡Cuántas controversias hábiles han atraído a masas deseosas de oírlas! Todos estos esfuerzos sin duda alguna destruyeron errores y prejuicios y reconciliaron con la verdad católica a multitud de extraviados. Pero la victoria hubiera sido incompleta si los corazones no hubieran quedado rendidos por la santidad de los modernos apóstoles, por la austeridad de sus vidas, por los atractivos de su caridad, por el encanto de su heroica abnegación. Que nadie se llame a engaño: la filosofía puede crear sabios; sólo la fe engendra cristianos" (P. Desgeorge).

Estas hermosas consideraciones tienen como punto de mira a esa pléyade de ilustres misioneros, de corazón valeroso, ardiente en llamas de caridad divina y que, bajo la Restauración, con su elocuencia y virtud, hicieron maravillas en las diócesis de Francia donde trabajaron.

De entre esa falange de apóstoles tenemos que destacar varias figuras que resumen toda una época de floración cristiana y regeneración social: los genios de Rauzan, Guyon, Donnet, Dufétre, Parisis, etc., y, entre ellos, en primera línea está el P. Coindre. Poseía la divina elocuencia que domina los espíritus y las voluntades; su vida fue la de un santo de heroicas virtudes. Una chispa del Corazón de Jesús cayó en su corazón e incendió la hoguera de ese inmenso amor que impide a los obreros evangélicos el más tenue descanso y que es la más completa manifestación de la más hermosa irradiación de la caridad cristiana.

Con el potente soplo de la fe, un gran celo animó toda su vida sacerdotal; así fue tan útil y fecunda. Hay que atribuir a su vigorosa constitución el haber podido soportar los más duros trabajos de apostolado y los millares de atenciones que requerían sus diversas fundaciones; pero es justo reconocer que esas cualidades naturales le disponían para ser instrumento apto en las manos del Señor. En realidad, en él, la naturaleza no era más que un agente dócil al que la gracia daba impulso y vida. De ahí la energía de su voluntad, la actividad incesante por el trabajo y las buenas obras; de ahí esa invencible constancia y ardientes plegarias que alimentaban y mantenían su celo en los días difíciles de dolorosos sacrificios,

de tribulaciones y angustias. Escribías "Se sufre, pues bien, ¡tanto mejor! Estamos tras los apóstoles que recorrieron tantos lugares; tras los mártires que vertieron su sangre por confesar su fe; tras Jesucristo, que entró en la gloria a través de humillaciones, persecuciones y la muerte más cruel. Ante todo, nuestro único punto de mira es la querida y adorable voluntad del Padre celestial" (carta, mayo de 1823).

¡Qué admirable entusiasmo por la cruz y pujante celo alimentados a la sombra de la cruz! Cruz que lleva las almas generosas hasta el heroísmo de paciencia y resignación, que exige el deber y el sacrificio inspirado por el amor. Durante los últimos años de su vida, el P. Coindre se sentía en ocasiones afectado por la gota; pero la combatía con una vida sobria y muy activa, violentándose por sobrellevar los dolores, para poder, al menos, estar disponible para sus obras de celo. Experimentaba fuertes crisis, pero sólo cuando la intensidad del mal estaba en sus puntos más altos se resignaba a guardar cama; y aun entonces parecía triunfar sobre el dolor. Siempre tenía el ánimo elevado, estaba contento, sereno y solía cantar el canto que comienza:

He ahí mi suerte:

Sufrir o morir.

Dios lo quiere, El es sabio;

yo debo bendecir mi suerte.

Le ocurría sobre todo en las misiones en las que desplegaba una entrega incomparable y un celo impetuoso dignos de los más intrépidos apóstoles. Celo, puede decirse en alabanza, que le llevaba a veces a bienaventuradas temeridades siempre justificadas por la intención y llevadas a buen término. Desde el púlpito hablaba a veces con tal vehemencia y calor que hubo ocasión, al final del discurso, en que estaba extenuado y casi sin aliento. Sus compañeros intentaron moderar su ardor haciéndole notar que así comprometía su salud y su misma vida. Tenían mucha razón, pero era inútil.

Ocurrió que, en una misión que daba en una importante ciudad, pasó cinco noches seguidas sin dormir absolutamente nada. Pasaba el día, tras haber predicado, entregado a la penosa tarea de la confesión; y la noche enseñando catecismo a quienes ignoraban las cosas más elementales de la religión. ¡De qué no es capaz la caridad cuando se trata de llevar almas al cielo!

El celo del P. Coindre era tan enérgico como prudente y cuerdo, no temiendo ni clamores de insensatos ni insultos de malvados. ¡Con qué energía y santa libertad no flagelaba, no solo el vicio, sino los abusos de cualquier tipo que fuesen y los actos que no se ajustaran a los deberes y a la probidad! Así, en Yssingaux, cuando predicaba en una misión, hizo un acto de valor que merece ser citado. Con prudencia, tacto y hábil lenguaje, normales en él, se levantó con fuerza contra la afición a las excesivas ganancias, afición que casi siempre se traduce en actos contra la ley de Dios. En su instrucción, se dirigía sobre todo hacia las ganancias sórdidas e injustas que algunos empleados públicos sacaban en el ejercicio de sus funciones. Hay gente a la que la verdad llega siempre, porque les afecta. Así entre los abogados, procuradores, notarios, oficiales de Yssingaux, algunos tuvieron conocimiento de las reprimendas del P. Coindre y de la osadía de su palabra con la que les atacaba vivamente. ¿Nada tenían que reprocharse en cuanto a probidad? ¿No había puntos en el ejercicio de su cargo en los que no había integridad? No lo sabemos. Lo que podemos decir es que en una violenta reunión de hombres de leyes y de negocios, tras violentas recriminaciones, se les oyeron gritos de ira, de amenaza incluso, dirigidas al predicador. Tales intenciones de violencia habidas contra él, se le comunicaron, pero no se conmovió. Dijo el P. Coindre: "Ni censuras, ni insultos, ni amenazas

de estos señores me asustan. Hoy a las siete de la tarde, volveré a hablar sobre el tema que ayer tratamos, tema que exige mayor desarrollo. Quien quiera puede hacérselo saber a todos que seré feliz viéndolos entre el numeroso auditorio, y que les invito a venir a escucharme". Quienes se enteraron, aprovecharon, efectivamente, la invitación del misionero. Apenas hubo entrado en el tema, se llenaron de admiración y respeto; sus injustas prevenciones no se mantuvieron ante la fuerza de sus razonamientos. Encantados tanto por su talento y energía como por la cordura de su lenguaje, se retiraron convencidos de que hay circunstancias en la vida de un ministro del Evangelio en las que la voz del deber y la conciencia deben ser obedecidos en las que los principios en juego no les permiten callar ni transigir. Tales circunstancias, el luminoso celo del P. Coindre las tomaba siempre con alegría, gozando en sacar almas del camino del vicio y del error para colocarlas en brazos de la virtud.

¿Qué decir pues del celo del P. Coindre? ¿No fue tan generoso como intrépido? Nada era, en efecto, capaz de acallar sus santos ardores: ni los hielos del invierno, ni los calores del verano, ni las intemperies de las estaciones, ni los numerosos e incómodos viajes (a menudo tenía que predicar el mismo día en dos parroquias muy alejadas una de otra), ni las privaciones y fatigas, ni los mayores sacrificios. De ahí que no nos extrañemos de que en diez años haya podido dar más de cien misiones o retiros; y todavía haya consagrado parte de su existencia a la creación y éxito de obras que le han permitido "derramar su alma a los pobres y consuelos a los afligidos" (Is 58), multiplicar medios de salvación para la infancia y la juventud. Y ¡en qué escaso tiempo lo hizo! ¡Cuántas almas salvadas! ¡Cuántos corazones jóvenes ha apartado de la corrupción del siglo para que siguieran los caminos benditos de la inocencia!

Añadamos que el púlpito no era el único teatro donde desplegaba su activa caridad. Pese a tanto trabajo emprendido por Dios y por el prójimo, su celo y su piedad, en los intervalos entre misiones, estuvieron siempre al servicio de las almas que le buscaron como confidente y guía en los caminos de la santidad. Muchos hicieron ahí grandes progresos, abrazaron la vida religiosa y llegaron a ser miembros distinguidos en su congregación.

24 SU HORROR AL VICIO

Si un pobre mendigo padeciendo fría, hambre y agudos dolores, nos mueve a compasión y llega a hacer subir las lágrimas a nuestros ojos, ¿cómo puede dejar indiferente nuestro corazón el pecado, mal supremo que mata las almas? Los santos, iluminados por la fe, tienen, más que nadie, estima del valor del alma cristiana, y hasta tal extremo que están dispuestos a dar su sangre para a uno de sus hermanos de las horrendas ataduras del pecado.

Lo mismo el P. Coindre; tenía enorme horror al pecado; a ejemplo de los santos, ponía todas sus fuerzas para combatirlo y destruir su imperio en todo corazón, Escribía: "¡El pecado es el peor, el mayor enemigo de la humanidad!" En la mayoría de sus sermones aludía a su malicia. ¡Con qué fuerza señalaba las graves heridas que producía en las almas sometidas a su imperio!

Al mismo tiempo daba a conocer a sus oyentes sus causas: las malas inclinaciones, los vicios que ciegan al hombre, las tendencias a las fiestas groseras del mundo, le someten a la más cruel esclavitud, le tiranizan, le empujan a todos los excesos, al abismo en definitiva. Pero si con palabras de fuego condenaba el orgullo insensato, la loca ambición, el deseo desordenado de los bienes de este mundo, había un vicio contra el que elevaba más la voz, con más emoción e indignación, Exaltaba la virtud de los ángeles con nobles pensamientos y describía el vicio que se le opone con tan horribles colores, tan vivos y repugnantes, que a todos inspiraba el horror que él tenía. ¡Y cuántas almas se preservaron de naufragar por esto! ¡Cuántas no ha apartado de las llamas del infierno!

Su aversión hacia tan odioso vicio, quería inspirarlo a sus hermanos. Les decía:

El trabajo de las escuelas me es muy estimado; por él me impongo tantos sacrificios; me impondré más aún; pero para hacerlo progresar necesito hombres cuya vida y costumbres sean puras. Si supiera que cualquiera de vosotros fuera esclavo de tan ignominiosa pasión, lo despediría inmediatamente, sin perdonar a nadie: pues una obra así no puede ser confiada sino a los poseedores de la más querida de las virtudes.

Si, los niños necesitan guardianes protectores y modelos. ¡Ah! ¡Lejos de ellos almas sucias y marchitas! ¡Desgraciado quien escandalice uno de estos pequeños! El Evangelio lanzó contra él las más terribles condenas.

25 SU HUMILDAD

Esta virtud fue tan característica en el P. Coindre que tanto su porte exterior como su conducta parecían manifestarla. La había aprendido en la escuela del divino Maestro, cuyos ejemplos y lecciones fueron la constante norma de su vida.

Los maravillosos éxitos de su ministerio siempre los atribuía a la gloria de Dios y a la acción de la gracia que obraba en él. ¿No sabía, por lo demás, que el hombre no es nada de por sí y que para recoger los frutos de su tarea, necesita la ayuda de lo alto?

Le sucedía, en sus triunfos apostólicos, ser objeto de manifestaciones de entusiasmo, de unánimes aprobaciones, de opiniones halagadoras, e incluso de aplausos que se levantaban en torno suyo. En esas circunstancias, y en tantas otras más, su alma sabía sobreponerse a los dardos peligrosos del amor propio y de la vanagloria. De inmediato callaba los aplausos y aprovechaba la ocasión para mostrarse más modesto y humilde •

... Busquemos pues el cumplimiento del deber y no la ajena aprobación de nuestros semejantes, la verdad y no la apariencia, la aprobación de la conciencia y no los aplausos de los hombres. (...) Me engaño a mí mismo si creo tener algún talento, y la vana estimación que de ello tengo es fruto de mi vanidad, hija de mi orgullo, y ¡quizá materia para el fuego eterno del infierno!

Después de todo, aun cuando me creyera superior a todo el mundo, y me alabasen e incensaran como a un Ídolo, no sería mejor, ni estaría mejor dotado, puesto que el Señor reducirá a la nada toda grandeza humana, todo simulación de vanidad. (Carta a las Religiosas de Jesús-María)

Un alma verdaderamente humilde prefiere vivir en el olvido y las humillaciones, lejos de las miradas del mundo. No desea otro favor que el desprecio, otra gloria que la de seguir a Jesús que huyó de los honores y se escapó para confundir y romper el orgullo humano. El P. Coindre quería que los Hermanos del Sagrado Corazón caminasen por esta vía del sacrificio y la inmolación. Les decía: "¡Animo, querido: Hermanos!, esperad humillaciones; os serán más útiles que las alabanzas. Estad persuadidos de que Dios os ama mucho si os da ocasión de practicar esta máxima de la 'Imitación' 'Gustad ser despreciados y tenidos como nada... La fuerza de inercia que dan la humildad y la paciencia es la que debéis oponer a los ataques de la maldad' ".

Y sus ejemplos confirmaban lo que enseñaba en sus escritos y charlas. He aquí un caso que prueba cómo apreciaba humillarse como el divino Modelo.

Un día, en Monistrol, los misioneros se hallaban reunido: en el capítulo de faltas. Cuando le llegó su turno, el P. Coindre, el superior, hizo su acusación como cada cual y pidió a la asamblea una penitencia por sus transgresiones. Como todos quedaran callados ante la sincera humildad de su superior tomó la palabra y dijo: "Pues bien, ya que vosotros no queréis imponerme una penitencia, la que voy a hacer consistirá en besaros los pies". Y lo hizo inmediatamente, con toda humildad

26 SU DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN

Como todos los apóstoles de la caridad divina, el P. Coindre tuvo gran devoción al Sagrado Corazón. Estudió y asimiló la naturaleza y los caracteres del amor de Cristo. Amor manifestado sobre todo en los anonadamientos del Verbo encarnado, en las maravillas de la Eucaristía y en la inmolación del Calvario.

La contemplación de tan grandes misterios había extasiado su alma. Con el conocimiento adquirido llegaron a sus ojos las luces con las que le fue dado entrever las perfecciones y las riquezas atesoradas en el Corazón de Cristo. Estos contactos divinos le inspiraron hermosos sentimientos y generosos propósitos. Como secuela, su gran amor a la Iglesia y a la salvación de las almas. De donde salía la fuerza irresistible que le acompañaba en todo momento en medio de las múltiples ocupaciones; el gran amor que profesaba al divino Corazón que le dio los más eficaces medios para obtener éxito en todas sus empresas y para conquistar los corazones de los demás.

El P. Coindre se esforzó por penetrar en el Corazón de Cristo. Para él, era el camino que conduce a la salvación, la puerta que permite entrar en la contemplación del mismo Dios. Ofrecerle testimonios, imitarlo, extender su culto, constituyó el objetivo primordial de su piedad y el tema ordinario de sus sermones. Veía los sacramentos como la más admirable invención de la caridad de Jesucristo, la efusión de su Corazón, los maravillosos canales de la gracia.

Sentía irresistible inclinación a exaltar el augusto misterio de la Eucaristía, a publicar las bondades que Nuestro Señor nos ofrece en el sagrario, los grandes favores e inefables consuelos de su presencia en medio de las fatigas, sufrimientos y agitaciones de la vida.

He aquí algunos de los pensamientos extraídos de los sermones del P. Coindre:

¡Oh dulzura! ¡Oh caridad infinita de mi Dios! ¡Que os pueda dar a conocer y a saborear! ... Jesucristo tiene sed del amor de los hombres; quiere enriquecerlos con su plenitud, y si algo le falta, son corazones generosos... Nos empuja para que vayamos a Él. ¿Cómo no responder a tal invitación? ... El alma que la ha aceptado poseerá todos los bienes; ella lleva fuego para consumir toda aspiración terrena. ¡No, exclama fascinada esa alma, no, Dios mío, que no se esfuerzen por probarme que estás en el cielo pues ya aquí abajo contemplo tus esplendores; nado en un océano de delicias! ¡Oh, Salvador mío, luz de los espíritus, si tus rayos tienen tanto brillo bajo el ropaje del misterio cómo serán cuando pueda contemplarlos sin velos y sin nubes!

Lo dice el Espíritu Santo: "La vida del hombre en la tierra es un combate". El hombre necesita constantes esfuerzos para triunfar sobre si mismo, vencer sus apetitos, sus pasiones y el mundo y al "príncipe de este mundo" (Jn 14, 30). En Jesucristo, en su adorable Corazón, es donde encuentra refugio, las armas necesarias, y el valor preciso para lograr las victorias. Dice el P. Coindre:

Allí, establece su morada el alma del justo, es donde está como en ciudadela inexpugnable, como en plaza fuerte donde los tiros del enemigo no pueden alcanzarla. Entonces es más fuerte que el infierno, más fuerte que el mundo, pues se apoya sobre quien reina sobre el demonio y el mundo ... Desde la profundidad del corazón le salen estas consoladoras palabras: "Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?" (San Pablo). Diré al Señor: "Eres mi refugio y protector" (Sal 41, 12).

Si el divino Corazón es la fuente de toda gracia, es también la escuela y el modelo de la más alta santidad. Ahí es donde el P. Coindre tuvo la gracia de encontrar, con sabiduría, las virtudes que configuran al sacerdote y al apóstol. Al

contacto de las llamas con que se inflama el Corazón de Cristo, ¡cuántas preciosas llamas no se encendieron en el suyo! ¡Con qué audaz valentía se sentía atraído a los más diversos campos de apostolado! Su amor a Cristo lo llevó a hacerse manso y humilde como El. Y sobre todo a imitarlo. Devorado de sed insaciable por la salvación de las almas, su corazón parecía un santuario adornado con las más vigorosas virtudes.

A ejemplo de todos los amigos del Sagrado Corazón, sentía profundamente el deseo de reparación. Reparar los ultrajes cometidos a la Majestad divina, tal era el ideal de su gran corazón. Gustoso hubiera ofrecido su vida para expiar los crímenes del mundo. Durante el transcurso de sus misiones, era una obligación para su corazón amante de Cristo pronunciar desde lo más alto del púlpito reparaciones al Corazón de Jesús en las que ponía de manifiesto su viva y ardiente fe junto a su profunda humildad. He aquí un extracto de la que pronunció en la iglesia de La Guíllotiére durante una de las misiones, después de recordar las faltas de que habían podido ser culpables los fieles:

Señor, lleno de bondad, dignaos otorgar misericordia a todos cuantos han cometido iniquidades. Yo me entrego en su lugar. Castigadme a mí solamente, estoy en su puesto. Haced caer sobre este vuestro indigno ministro, que se ofrece como víctima, el peso de todos sus pecados y recibir el castigo por ellos merecidos. Moriría contento si cesaran de su maldad y se convirtieran.

Después, haciendo suyas las palabras del célebre misionero Bridaine, exclamaba con acentos de vivo dolor y arrepentimiento:

Pero, hermanos, cargado con el peso de vuestros pecados y con el de los míos, no soy digno de llevar esta santa vestidura, blanca como la nieve, símbolo de pureza y de inocencia.

Y al terminar:

Despojándome, Señor, de esta túnica blanca, con una cuerda al cuello, como criminal camino del suplicio, el cirio en la mano como moribundo que espera la hora postrera, me prostro a vuestros pies para pedir os perdón para mí y para mis hermanos. ¡Oh Jesús, mi Salvador, perdón y misericordia para vuestro pueblo!

En cuanto a la mansedumbre del P. Coindre, era tan admirable como su humildad; parecía en él fiel reflejo de la de Cristo. Las Religiosas de Jesús-María han conservado, a este respecto, preciosos recuerdos transmitidos oralmente por aquellas que habían tenido la inmensa dicha de conocerlo. "En sus relaciones con el prójimo, nos decía no ha mucho una de ellas, nuestro venerado Fundador era la afabilidad y mansedumbre personificadas que le ganaban todos los corazones". Es, igualmente, la opinión del Cardenal Donnet, que lo pinta como "ardiente misionero, manso como un cordero cuando se encontraba entre sus cohermanos e inferiores".

¿Y no fueron las obras que fundó como la quintaesencia de su amor al Corazón de Cristo? ¿No es evidente que bajo la advocación de ese divino Corazón las ha visto crecer, desarrollarse y engendrar frutos de vida eterna? A fin de darles estabilidad y fecundidad, las colocó, con maravillosa inspiración, bajo la protección especial del Sagrado Corazón. Decía a sus religiosos:

Vuestra bandera es el adorable Corazón de Jesús: jamás debéis abandonarla. El amor y los poderosos motivos de agradecimiento deben, constantemente, uniros a El por lazos tan fuertes y estrechos que nada haya en el mundo que sea capaz de romperlos.

27 SU DEVOCIÓN A LA VIRGEN

Nacido en Lyon, no lejos de la santa colina donde María despliega de modo maravilloso su especial protección sobre los habitantes de esta antigua y religiosa ciudad, el P. Coindre tuvo, desde muy joven, tan tierna devoción a la Madre celestial que no cesó de ampararlo bajo su tutela y de prodigarle sus favores. Cuando era niño consideraba un deber de agradecimiento y de amor, una dulce alegría, ofrecerle sus homenajes. Adolescente, en el seminario menor de L'Argentière; fue elegido por sus compañeros secretario de la congregación de la Santísima Virgen por ser uno de sus más fervorosos servidores. Más tarde, ya sacerdote, en todas partes donde actuó se proclamó heraldo de la Reina de los cielos, encomiando sus glorias, promoviendo en los pueblos tributos de piedad y devoción, solicitando su poderosa intercesión y los tesoros de la gracia de que era depositaria. Exclamaba:

¡Oh bienaventurada María, oh dulce Madre de Jesús, eres también Madre nuestra! A ti recurrimos con entera confianza; sé propicia a nuestros ruegos, a nuestras lágrimas; ayúdanos a llevar la pesada carga de la vida. A l peso de la corrupción que nos lleva al mal, opón tu poder y dignate sostener nuestro ánimo para que nuestras pobres almas tiendan siempre hacia el cielo.

!Cómo le gustaba proclamar las virtudes entrañables y las gloriosas prerrogativas de la Reina del cielo y de la tierra! ¡Qué inefables efusiones de piedad filial dirigía a la Madre de Dios! ¡Qué sublime admiración! Decías

Considerad todos los órdenes de bienaventurados; mirad si es posible hallar una criatura que pueda ser, no digo igualada, sino comparada a la Virgen María. No, ni la obediencia de los patriarcas, ni la fidelidad de los profetas, ni el celo infatigable de los Apóstoles, ni la constancia invencible de los mártires, ni la rigurosa penitencia de los anacoretas, ni la pureza intacta de las vírgenes, ni la inmensa variedad de virtudes que la gracia ha derramado en todos los predestinados, nada hay que pueda, en lo más mínimo, compararse a la bienaventurada Virgen María. ¿Quién podría exaltar dignamente su maternidad milagrosa, la alianza eterna que la unió con Dios, la plenitud de la gracia depositada en su alma, el conjunto de virtudes divinas que ella practicó, su profunda humildad dentro de su augusta e incomparable dignidad? (De uno de sus sermones)

No se contentó con multiplicar las alabanzas a esta buena Madre, con rendirle homenajes; procuraba además ganarle los corazones. Esta ansia por la salvación de las almas, que siempre le devoró, se manifestó desde los albores de su vida sacerdotal. Al nombre de Jesús y al de su augusta Madre, conjuraba a los pecadores a dejarse vencer por la gracia. "¡Cómo pudiera, exclamaba un día entusiasmado de celo, cómo pudiera conquistar sus almas y abandonarlas en los brazos de Jesús y de María!" Por ellas, hubiera entregado la vida con tal de encadenarlas para siempre al servicio de Dios "con sólida e incommovible perseverancia".

Animado por estos afectuosos sentimientos que desbordaban su alma, y después de haber experimentado los efectos de la poderosa protección de María, el piadoso Fundador se esforzó por inspirar a sus hermanos una tierna devoción hacia esta augusta Madre de misericordia. Para que siempre fuesen dignos de sus favores, les recomendaba que la honrasen constantemente, que le rezasen con fe y con confianza, que imitaran sus virtudes, que publicaran sus grandezas y favores, que propagaran su culto. Después del retiro que les dio en los Cartujos, en el momento de la fundación, en 1821, ¿por qué los condujo al santuario de Nuestra Señora de Fourvière? Sencillamente, para enseñarles que uno de los medios más eficaces para conservar la virtud y obtener la bendición del cielo sobre sus trabajos, es

recurrir a María con la más entera confianza. Queriendo recordarles que debían honrarla constantemente y considerarla su protectora, les prescribió el rezo diario del "Salve Regina" al final de la misa comunitaria.

Fieles a estas enseñanzas, los religiosos del P. Coindre, han conservado siempre tierna devoción a la Santísima Virgen. Con el adorable Corazón de Jesús, es su sólido apoyo y su dulce esperanza en medio de las borrascas y tormentas de la vida.

¡Dichosos si saben mantenerse caminando al amparo de las miradas de Jesús y de María hacia el puerto de la eterna bienaventuranza cuya ruta les mostró tan bien su Fundador.

28 CONSEJOS A LOS HERMANOS

Como ya hemos dicho en anteriores ocasiones, el P. Coindre nunca perdió de vista a los institutos que había engendrado para bien de la Iglesia y de la patria. Los progresos que realizaban eran el mejor premio a su constante solicitud; y para sostener y activar la entrega de sus miembros, empleaba cuantas habilidades le sugería su celo.

Recomendaba al director general: "Intensificar la formación de quienes están destinados a educar la juventud y formarles en la virtud" (carta del 10 de enero de 1822). El mismo, con enérgica constancia, les in duda a instruirse y a llegar a ser santos. Sus conferencias, sus entrevistas, las cartas que les enviaba tenían, en general, el objetivo de inspirarles el placer del estudio, el amor a la virtud y hacerles conocer la vida religiosa con sus deberes, prerrogativas y glorias. Un resumen de sus instrucciones, orales o escritas, podría ser:

Vuestra vocación es hermosa, sublime; es uno de los grandes favores que os ha hecho el Señor. ¡Cuánto debéis amarla y estimarla! ¡Guardadla como el más rico tesoro! ¿No es para vosotros una fuente inagotable de gracias? ¡Cuántos medios de salvación os ofrece! Os asocia a los trabajos de los Apóstoles, pues os llama para formar almas para el cielo.

Que brille en vosotros el esplendor de todas las virtudes: la fe viva y práctica, la confianza imperturbable y sin límites, la obediencia con sus sacrificios, la más profunda humildad, una pureza angelical. Que tales virtudes sean siempre el más bello ornato de vuestra vida y el más rico atavío de vuestra alma. De vuestra alma que debe permanecer pura como una azucena en medio de los senderos de la vida. Con el precioso don de la gracia, deben ser vuestra más preciosa herencia aquí y serán un día vuestros títulos de gloria para la eternidad. Unid a estas virtudes un soberano desprecio por el mundo pues, dice san Juan: "Quien ama al mundo no ama al Padre. El mundo pasa como sus ansias, pero quien hace la voluntad de Dios permanece eternamente" (1 Jn 2, 15.17).

Conservad sincero amor al prójimo, entregaos sin límites hacia los jóvenes que os son confiados. Haced todo con espíritu de fe y para expiar vuestros pecados. Pensad que estáis llamados ante todo para servir a los pobres; a servir, por tanto, a Cristo en su persona. Tenéis la tarea de Marta; cumplidla con fe y alegría por la gloria de Nuestro Señor. (Cf. Carta del 10 de enero de 1822.)

Instruir y educar a los niños, tal es uno de los grandes bienes de vuestra vocación: es el pensamiento que os debe sostener en vuestras penas. (Cf. Carta del 24 de abril de 1824.)

Manteneos unidos entre vosotros. Sed santos. No pongáis amor propio en vuestro trabajo. La división sería vuestra mayor desgracia. Un reino dividido contra sí mismo, dice Nuestro Señor, él mismo caerá. (Cf. Carta de enero de 1822.)

Santidad, actividad, trabajo: todo se encuentra ahí. (lb.)

¡Elevad el corazón! - "¡Sursum cordal" Pero no olvidéis que Dios precisa soldados que aguanten el peso de la fatiga y de la jornada. Quiere verlos con la espada en mano, siempre dispuestos a luchar por su gloria, deseosos de conquistarle las almas y de establecer en ellas su reinado. Es lo que sobre todo desea. ¡Qué hermosa recompensa tiene preparada para quienes le dan a conocer! Escuchad su promesa anunciada por uno de sus profetas: "Quienes instruyen a los demás brillarán como estrellas por toda la eternidad".

(Cf. Carta de mayo de 1823.)

Que nuestros hermanos amen la soledad; que no les guste exteriorizarse; que desconfíen de sí mismos pues nada hay tan presuntuoso como la ignorancia. (Cf, Carta de diciembre de 1824.)

El Señor os ha amado mucho, queridos Hermanos. Tras haberos hecho conocer el mundo y sus innumerables peligros, os ha apartado de él. Ciertamente que en la vida religiosa tendréis miserias, pero, ¡ánimo! cada cual tiene las suyas: aprovechemos para hacer la voluntad de Dios.

Amo a mis hermanos con viva ternura, con la mayor preocupación. Tengo firme confianza de que con actividad, interés y protección divina, tendrán éxito. Que sean santos y trabajadores: la obra no perecerá. Por lo demás, vendería todo cuanto poseo antes de verlos dispersarse. Que se hagan dignos de la gran obra que han emprendido, y me verán abriendo siempre la marcha con la más pesada carga. ¡Que la gracia de Dios esté siempre con vosotros! ¡Animo y confianza! Tal es mi divisa.

(Cf. Carta de enero de 1822.)

Si se habla mal de nosotros, de nadie lo hagamos nosotros; si nos menosprecian, respetemos a todos, y acordémonos que Dios nos mostrará su amor si nos da ocasión de practicar la máxima de la "Imitación de Cristo": "Gustad ser despreciados y tenidos por nada". Acordémonos que los Apóstoles se marchaban llenos de alegría, lo dice la Escritura, cuando habían sido juzgados dignos de desprecio por el nombre de Cristo (Hch 5, 40-41).

Los novicios exigen un cuidado especial y mucha atención; que manifiesten filial apertura de corazón. Infórmese de lo que han sido, de lo que aspiran a ser y de sus aptitudes. Inspíreles hábitos de desprendimiento, obediencia y humildad. Converse con ellos con frecuencia para que se repongan, para darles ánimo. Se tendrán los hombres que se han formado. (Cfr, Carta de noviembre de 1821.)

El honor, la fidelidad y el agradecimiento deben preocupar a los hermanos. Que siempre sean dignos del Sagrado Corazón por su santa vida; que luchen bajo su bandera y nunca la abandonen. (Cf. Carta de junio de 1823.)

Vigilad con sumo cuidado la educación de quienes deben enseñar, para que su saber, sus virtudes y sus buenas formas les pongan en condiciones de cumplir dignamente su labor. Tened siempre con ellos una mezcla de dulzura y firmeza que les haga querer la Regla y vuestra autoridad. Atemperad la severidad con la mansedumbre, pero sin exceso alguno.

(Cf. Carta de marzo de 1826.)

Proseguid la obra que el Señor os ha hecho comenzar. No es el orgullo, ni el interés, ni el propio placer lo que os mueve, lo que os hace continuar: es el deseo de ser útil al prójimo, a la religión y de hacer penitencia por los propios pecados. ¡Eso! ¿Qué más necesitáis? No tengáis, ante el Señor, otro deseo que el de agradarle, sin necesidad de tener éxitos: seréis así grandes santos. (Cf. Carta de diciembre de 1823.)

Entre nuestros hermanos las costumbres son puras, la fe viva y el desinterés absoluto: cosas mucho más raras de lo que uno piensa. Lo demás, hay que incentivarlo y hacerlo amar tanto por su celo en practicarlo como con saludables advertencias.

*Escribe a los hermanos de *** con bondad pero con energía, sobre el tema de su culpable negligencia en guardar la Regla y sobre las dañinas consecuencias que de ello se derivan a los ojos de la ciudad y de la congregación a la que sirven. (Cf. Carta del 3 de mayo de 1826.)*

Es de temer que nuestros establecimientos no puedan mantenerse por falta de dinero; pero lo que hay que impedir sobre todo, es que caigan por falta de ciencia y virtud por parte de los que los dirigen. (lb.)

El Hno. N ••• necesita leer y releer las Reglas de conducta que he enviado a las religiosas de Fourvière, y que también son para los directores. Tú medítalas también y trata de ponerlas en práctica; cuanta más experiencia tengas, tanto más comprenderás su sabiduría. (lb.)

El P. Coindre todavía daba excelentes consejos sobre la línea de conducta que debían tener los hermanos directores en el ejercicio de sus funciones. Así se expresaba:

Exigid de los hermanos exactitud en el cumplimiento de las Reglas que les he dado. Que las lean y mediten con mucho cuidado. Que todos, según sus posibilidades, pongan el más vivo interés por la obra; que os hagan saber lo que decae, lo que falte en el cumplimiento del deber. Con sabiduría poned remedio a todo, llegad a todo, en la medida de lo posible, con gran condescendencia, dulzura y caridad. (cr. Carta del la de enero de 1822.)

Animo pese al aburrimiento. Cuento contigo como conmigo. Aprecio tu celo. Confío en que, pase lo que pase, llegues a satisfacer siempre mis esperanzas. Sirvamos a Dios donde nos ha colocado. Sirvámosle con fidelidad hasta el fin, hasta el último suspiro. Que lo que a otros pueda hacer vacilar no sea capaz de debilitar nuestro ánimo. Mantenerse: tal es una de tus primeras tareas. sé en tu tareas otro yo mismo. (lb.)

Según las circunstancias, haz lo que san Pablo aconsejaba a Timoteo: "Reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina" (2 Tm 4, 2). El hombre es como un pobre reloj al que hay que dar cuerda cada día con cierta habilidad.

(Cf. Carta de diciembre de 1823.)

En cuanto a los hermanos jóvenes, inspírales celo por las almas y amor a las virtudes religiosas. No conviene que los hermanos se sientan libres para sus trabajos particulares, pues se pondrán enseguida con total independencia, lo que hará un gran mal a la congregación e incluso a su propia santificación y a la parroquia donde trabajan. Por lo demás, prueba la experiencia, que los hermanos que abandonan el espíritu de su vocación no tardan en abandonar la vida religiosa, estando en el mundo, a menudo, pierden incluso el pensar y el sentir cristiano. ¡La de ejemplos que te podría citar!

(Cf. Carta del 26 de marzo de 1826.)

No te atormentes: los superiores no pueden no tener problemas. Ciertamente es pesada nuestra carga, pero hay que saber llevarla. Más pesada era la cruz del Salvador; hay que sufrir con Él para entrar en la gloria. (lb.)

Recomienda a los maestros y a los vigilantes, que observen con escrupulosa exactitud las Reglas que se refieren a sus empleos. Exígeles que tengan siempre puesta su atención en los alumnos, día y noche. Pero que ellos se mantengan y avancen en el espíritu de paz interior, humildad y serenidad para dirigir a los niños.

(Cf. Carta de septiembre de 1823.)

Que la limpieza brille en los hermanos, en sus alumnos, en cada sala de la casa, etc. El mundo, que sólo juzga por lo exterior, para nada tendrá en cuenta lo interior, si aquello no se encuentra perfectamente. (Cf. Carta de junio de 1823.)

Inspira a los hermanos un gran amor hacia su vocación; resáltales el menor bien que puedan hacer, para que lo aprecien y estimen más.

Manda con firmeza, pero sin acritud; con bondad pero sin debilidad. Confianza y un poco de temor, tales son las dos riendas para conducir tu carro. Nunca pidas a los hombres más de lo que puedan, y utiliza lo que tienen de bueno lo más posible.

(Cfr. Carta del 3 de mayo de 1823.)

Que tus hermanos estén en absoluta dependencia de Dios, de su santa voluntad, en los diversos trabajos y en todas las pruebas de este mundo, (Cfr, Carta de enero de 1823.)

Sed un astro bienhechor, que todo lo vivifica con su calor y con su luz. Esos niños, esos pueblos que os rodean, deben florecer iluminados por el resplandor de vuestros ejemplos. (Instrucción)

Que nada sea capaz de derribar vuestro ánimo. Cuando seáis golpeados por el látigo de la calumnia, recordad a Cristo que no entró en su gloria hasta haber recibido humillaciones y sufrido por vosotros la muerte más cruel.

No cedáis ante la violencia de las tentaciones; acordaos de las promesas que habéis hecho el Señor, y servidle con toda fidelidad hasta el último suspiro.

Así será, queridos Hermanos, si empleáis los medios siguientes: la meditación, la oración, la confesión, la Eucaristía, la devoción a la Santísima Virgen y la imitación del adorable Corazón de Jesús. (Instrucción)

Así es como el piadoso Fundador se esforzó por iniciar a los hermanos en los secretos de la vida religiosa y en el camino que él les señaló a seguir para alcanzar el doble objetivo de su vocación. Si le gustaba llamarse su amigo y padre, también le gustaba prodigarles los tesoros de afecto, sabiduría y entrega que su corazón guardaba para su bien. Si se sentía feliz llevándolos de los pensamientos de las cosas terrenas a las realidades eternas, no lo estaba menos ayudándoles y animándoles en la lucha por alcanzar la virtud.